PATRICIA
HORTIGÜELA
LA SOMBRA
DEL PASADO

LA SOMBRA DEL PASADO

Patricia Hortigüela Arceo

1ª Edición Agosto 2019

Título: La sombra del pasado
Diseño portada y maquetación: Javier Lorenzo
ISBN: 9781687015068
Corrección: Gestión Falsaria
www.editorial-falsaria.com

Queda rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dedico este libro a:

Mi madre, porque siempre me animas a continuar escribiendo.

A Javi, por tu apoyo incondicional.

A mis pequeños:

Inés, por tu radiante felicidad que hace que ningún día sea igual,

y Raúl, por tu inocencia y por tu gran sonrisa que iluminas a todos.

Sin vosotros, no sería posible esta novela.

Descripción

Una vida llena de miedo y dolor era todo lo que ella conocía. El terror era su pan de cada día hasta que consiguió el valor necesario para marcharse y alejarse de la persona que la maltrataba, anhelando una vida mejor.

Si no hubiera sido por el accidente, sus caminos nunca se habrían entrelazado. Joaquín, veterinario de profesión y acostumbrado a una vida tranquila y pacífica. Claudia, una joven temerosa y con un oscuro pasado que la atormenta y persigue.

Él intentará ayudarla abriéndola a un nuevo mundo que ella jamás imaginó que podría existir. Pero ¿se dejará ayudar o acabará huyendo? La sombra del pasado se cierne sobre ellos y su felicidad.

I

Cuando me levanté esa mañana no me imaginaba que iba a ser un día tan extraño. Ahora me encontraba en un atasco sin saber bien a dónde dirigirme. Solo buscaba huir rápidamente. Había conseguido guardar algunas cosas en una pequeña maleta, lo imprescindible. El atasco estaba consiguiendo ponerme muy nerviosa. Cuando estaba quieta, mi cabeza no paraba de dar vueltas y eso no era bueno, ya que podía arrepentirme y regresar. Había decidido irme y no quería ni debía regresar. Esta última vez había sido la gota que había colmado el vaso. No iba a permitirle que volviera a tratarme así, no me lo merecía. Deseaba escapar de ese círculo vicioso y malicioso en el que me encontraba.

Los coches de delante no avanzaban debido a algún suceso que desde mi posición no llegaba a distinguir. El tiempo iba empeorando, había empezado a nevar con fuerza y si no nos movíamos pronto la carretera iba a estar intransitable. Además, los coches no paraban de tocar el claxon y eso me desquiciaba. Busqué en la guantera, recordaba tener un mapa de carreteras. Después de sacar los papeles del coche, un paquete de clínex y unos cedés antiguos encontré el libro de mapas. Hubiera preferido usar el GPS del móvil, pero tenía poca batería y quería mantenerla, por si acaso. Me costó un poco situarme en el mapa, indagué hasta encontrar una carretera alternativa. Había decidido ir hacia el norte porque siempre me había gustado el mar y me parecía un buen lugar donde empezar de nuevo, además de que estaba lejos de mi anterior residencia. Solo quería alejarme de él todo lo que pudiera y lo más rápidamente posible.

Tuve que hacer unas cuantas maniobras y hasta cometer alguna infracción para conseguir llegar a la carretera que quería. Se trataba de una carretera comarcal poco transitada y mal asfaltada, pero por lo menos me estaba moviendo de nuevo. Continué por ella atravesando pequeños pueblos cada vez más aislados los unos de los otros. El paisaje era hermoso incluso cubierto por la nieve. No estaba muy acostumbrada a conducir con nieve. En Madrid, de donde era, el clima era muy bueno y pocas veces nevaba.

Ojeaba de vez en cuando el mapa para orientarme un poco, pero no estaba muy segura de que fuera por buen camino. Me estaba dejando guiar por la carretera. Conduje por lo que parecía un puerto, tuve que reducir para subir lentamente. El tiempo iba empeorando. La carretera era cada vez más empinada pero ya no podía hacer otra cosa, no había sitio para dar la vuelta. Coroné y empezó el descenso. El coche se aceleraba por su propio peso y tenía que frenar lentamente para evitar

que me derrapara por la nieve cuajándose en el asfalto. Tuve miedo, debía ir con cuidado si no quería salirme y caer por el desfiladero. Iba concentrada en la carretera, en las curvas y en frenar el coche para no embalarme demasiado, cuando el sonido del móvil me sobresaltó. Por la melodía, sabía de sobra quién me llamaba; era él. Había regresado a casa y se había dado cuenta de que no estaba. Un gran miedo me invadió porque estaría furioso. El estómago se me encogió como otras muchas veces me había sucedido cuando él se enfadaba conmigo. Con el tiempo había empezado a conocerlo muy bien y cuando se enfurecía se volvía peligroso, irascible y violento. Cualquier cosa, por nimia que fuera, era suficiente para que saltara y empezara una discusión, en las cuales yo siempre salía perdiendo por más que me disculpara.

El móvil no paraba de sonar, estaba empezando a dudar si cogerlo o no, pero no debía hacerlo porque él me convencería para regresar y ya estaba harta de esa relación tan dañina. Subí la música para así dejar de escuchar el móvil, pero era imposible; en cuanto acaba la melodía, volvía a empezar. Se notaba que estaba desesperado por hablar conmigo. Un sonido de mensaje me indicó que había dejado algo en el buzón de voz. Al rato, otro mensaje más. Como pude, toqué la tecla para oír los mensajes: «¿Dónde estás? Acabo de regresar y veo que te has ido». Otro mensaje: «¿Cómo no vuelvas, te vas a acordar?». Y luego, más mensajes, cada uno más subido de tono: «Maldita desagradecida, te voy a dar una cuando te coja que se te van a quitar las ganas de moverte por mucho tiempo».

Un escalofrío me sacudió el cuerpo. Si me cogía, me lo haría pagar; de eso estaba segura. Sabía que debía dejar de escuchar esos mensajes del buzón de voz, pero no podía. «Espero que vuelvas en seguida y no me hagas salir a buscarte o te arrepentirás». Empezaron a temblarme las manos solo de imaginarme lo que me haría si volvía o si me encontraba. La sola idea me dejaba sin respiración. Rompí a llorar de puro miedo. Las lágrimas me brotaban sin control. Me costaba ver bien la carretera entre la nieve y el llanto.

Decidí dejar de oír sus mensajes o no conseguiría calmarme. Al dejar el móvil, cogí sin querer una llamada suya. En cuanto me di cuenta de lo que había hecho, empecé a temblar, me faltaban las fuerzas. No era capaz de colgarle, por lo que le escuché decir a gritos:

—¿Por qué te has ido? Más te vale que vuelvas. ¿Dónde está mi cena? Te voy a tener que dejar las cosas claras sobre quién manda en esta casa. ¿Por qué no me hablas, maldita estúpida?

—Yo… —fue lo único que conseguí que me saliera por la boca.

Quería decirle tantas cosas, pero no me salía la voz como en las otras veces me había sucedido cuando hablaba o intentaba hablar con él. El miedo me paralizaba.

—Yo, yo… ¿solo sabes decir eso? Si es que eres tan idiota que no

vales para nada. Si no fuera por mí, nadie estaría contigo —atacó.

Mi voz interior intentaba coger fuerzas y gritarle que no iba a regresar, que no quería volver a verlo y que me estaba yendo muy lejos de su lado, pero no salía nada de mi boca.

—Más te vale que estés viniendo para acá —amenazó.

No respondí.

—No encontrarás a nadie que te soporte y menos que te quiera, así que deja de hacer el idiota y vuelve a casa —ordenó.

—No —conseguí decir muy bajito.

—¿Acaso has dicho algo? Como tenga que ir a buscarte te romperé todos los huesos del cuerpo —amenazó.

Su amenaza me hizo estremecer hasta el punto de que moví el volante sin querer y perdí el control del coche. Hice una maniobra un poco brusca al intentar recuperarlo y conseguí lo opuesto, perdí la adherencia a la calzada y derrapé. Perdí el control. El coche patinaba en la calzada llena de nieve y se embalaba sin poder impedirlo. Frené fuertemente en un intento por detenerlo, pero las ruedas resbalaron y provocaron que el coche se fuera de culo hacia la derecha. Di un volantazo en la otra dirección para evitar que se cruzara en la carretera. Comencé a ir de un lado a otro sin conseguir controlarlo, ni parar. Una curva cerrada apareció delante de mí y supe que no podría tomarla. Seguía deslizándome por la calzada sin adherencia y a bastante velocidad. Cuando llegué a la curva, intenté girar dando otro volantazo, pero el coche torció sin control, girándose y cambiando de sentido, ahora iba de culo descendiendo. Golpeé el quitamiedos y después caí marcha atrás por la ladera. No podía ver por dónde iba, solo notaba los golpes, los envites y el ruido de ramas chocando con la carrocería. Veía cómo la carretera por donde me había caído se alejaba de mí y cómo los árboles me rodeaban en mi descontrolada caída. Estaba asustadísima, pensé que me iba a matar. Qué triste final para mi vida, era la única idea que me surcaba la cabeza. Moriría en esa carretera y nadie me encontraría ni me echaría en falta. Cerré los ojos esperando el triste desenlace.

No puedo asegurar cuánto tiempo estuve cayendo puesto que a mí me pareció una eternidad. Un fuerte golpe detuvo el coche, oí ruidos de cristales rotos y la carrocería abollándose. El cinturón me agarró fuertemente al asiento y saltó el airbag que me golpeó duramente en la cara y los brazos. La luna del coche se desquebrajó y todo se volvió oscuridad.

—Es la última vez que se repite esto, no te pueden volver a expulsar —recriminó Joaquín.

—No ha sido culpa mía, estaban pegando a Juan y yo solo lo defendí —respondió Tomy, su sobrino.

—Sabes que no me gusta que te metas en peleas, debías haber intentado ayudarle sin violencia.

—Te prometo que para la próxima lo tendré en cuenta—respondió Tomy, sonriendo.

—Alguien iba demasiado rápido en la curva —comentó Joaquín al llegar a la curva de la carretera. Se veía que el quitamiedos había sido arrancado.

—Se habrán llevado un gran susto —opinó Tomy.

—Parece que las marcas de las ruedas son recientes, voy a parar y asegurarme que no hay nadie herido. Tú quédate en el coche y ten el teléfono a mano por si hay que llamar a emergencias —manifestó.

—Pero puedo ayudarte —suplicó Tomy.

—Quédate en el coche y obedece —ordenó Joaquín.

—Vale.

Joaquín salió del coche y se acercó a la curva, tuvo que inclinarse bastante para ver bien por la linde. Le pareció distinguir un coche entre la maleza y los árboles. Rápidamente buscó el mejor sitio por donde descender con cuidado, ya que la pendiente era pronunciada y resbaladiza debido a la nieve. Fue bajando hasta llegar a un abollado Opel Corsa negro. El coche estaba de morros, por lo que había caído hacia atrás. Joaquín pensó que eso podía haber salvado a los ocupantes. La luna del coche estaba desquebrajada, así que se acercó a la puerta del piloto para poder comprobar si había alguien en el interior. Entonces vio a una chica que parecía estar inconsciente, golpeó el cristal para ver si reaccionaba, pero no hubo respuesta. Joaquín se imaginó lo peor. Intentó abrir la puerta, pero estaba atascada; por ahí era imposible. Se dirigió a la puerta del copiloto y esta sí se abrió, aunque con dificultad. Echó un rápido vistazo al interior y pudo comprobar que dentro del vehículo solo estaba la chica. Tenía que sacarla de allí.

Antes de entrar en el coche, Joaquín comprobó que el vehículo estaba atascado y que no iba a seguir descendiendo por la ladera porque un gran árbol lo había detenido. Se acercó a la joven y la llamó suavemente para ver si se despertaba, pero no hubo respuesta. Se sentó en el asiento del copiloto y revisó por encima sus heridas. Tenía un golpe en la cabeza por el que sangraba y algunos cortes superficiales, pero no parecía algo grave; seguramente gracias a que llevaba puesto el cinturón de seguridad. Se lo desabrochó y suavemente la sacó del asiento colocándosela en su regazo. No pesaba gran cosa, así que le fue fácil moverla. Al tenerla tan cerca, aprovechó para observarla detenidamente. Tenía el cabello castaño claro y por los hombros, unos labios carnosos y la tez con un color rosado. Era una joven hermosa, no le cabía duda de ello. Con la mano la limpió unos pequeños trozos de cristal que tenía en la cara y cuando lo estaba

haciendo la joven abrió los ojos. Unos ojos verdes impresionantes lo miraron.

Al ver a ese hombre tan cerca de mí me asusté, aunque al tiempo su dulce mirada me tranquilizó. No sabía muy bien por qué, pero sentía que no iba a hacerme daño. Intenté moverme y el dolor me paralizó. Entonces caí en la cuenta de que había tenido un accidente y que ese hombre me estaba ayudando.

—Por favor, no me lleves a un hospital —supliqué. Si iba a uno mirarían mis contactos y lo llamarían a él. Entonces sabría dónde encontrarme y nada habría valido la pena.

—Tendría que ir a que le revisaran —opinó él.

—No hace falta —lloriqueé.

Creo que él percibió mi desesperación y aunque yo sabía que no lo comprendía no insistió más.

—Está bien, no iremos al hospital —aceptó Joaquín.

—Gracias —respondí aliviada.

—Será mejor que salgamos del coche —sugirió.

La idea de salir del coche me pareció bien, todo dentro de él me recordaba al accidente. Lo único bueno es que no me encontraba tan mal. Tenía el cuerpo dolorido, pero no tenía nada roto. Además, estando en los brazos de ese hombre incluso me sentía a gusto. Su cercanía en vez de ponerme nerviosa me provocaba el efecto contrario. La verdad es que si hubiera podido me habría quedado así un rato largo. Me imaginaba que esa satisfacción también se debía a estar lejos de Mateo y de su asfixiante control; hacía mucho tiempo que no me sentía un poco libre.

Joaquín salió con cuidado del coche conmigo en brazos. Una vez fuera, me dejó suavemente. Cuando posé los pies en el suelo perdí un poco el equilibrio, pero él me sujetó para que no me callera. Sus manos agarrándome fuertemente desprendían una seguridad que me hacían sentir muy rara y a la vez tranquila. No me sujetaban de forma posesiva ni intentaban hacerme daño; al contrario, lo hacían para ayudarme. Era tan diferente a la forma cómo me agarraba Mateo.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó preocupado.

Asentí con la cabeza. Vi entontes cómo estaba el coche o mejor dicho lo que quedaba de él. Estaba destrozado, parecía mentira que hubiera sobrevivido al accidente puesto que estaba irreconocible. La parte de atrás estaba hundida y no se distinguían los asientos traseros porque habían desaparecido en un amasijo de hierros. Si en vez de caer hacia atrás hubiera caído con el morro por delante, no lo estaría contando. Un horrible escalofrío me sacudió, podía haber muerto. Había huido para vivir y casi me mato yo sola. La asimilación de ese hecho me conmocionó y exploté. No pude aguantar más toda la

tensión, el miedo y la adrenalina que tenía. Rompí a llorar como una niña y no podía parar, mi cuerpo se agitaba con cada lloro.

Joaquín al verme tan desconsolada creo que hizo lo único que se le ocurrió para calmarme. Me abrazó. Un abrazo fuerte e intenso hasta que mis lloros empezaron a menguar. Cuando me agarró sentí toda su fuerza y su calor. Escuché el latido de su corazón y sentí su suave respiración que me acariciaba la cabeza. Ese dulce abrazo hizo que mi miedo desapareciera y poco a poco conseguí calmarme. Una vez que me recompuse, el olor de su fragancia me penetró. Olía a hombre, junto a algo que parecía animal, pero lejos de desagradarme me encantó, era reconfortante y muy varonil. El calor que su cercanía desprendía me hizo dejar de temblar, ya no tenía frío ni tampoco miedo, aunque debía tenerlo, no solo por el accidente sino porque era un desconocido el que me abrazaba, pero no lo tenía. Ese hombre me hacía sentir bien incluso después de un accidente y no sabía cómo lo conseguía. Había dejado de llorar y me sentía totalmente recompuesta.

—Tío Joaquín, ¿llamo a emergencias? —preguntó alguien desde arriba.

Levanté la mirada hacía donde venía la voz y pude ver lo lejos que se encontraba la carretera y por donde había caído. Me estremecí solo al recordarlo y entonces él me apretó más fuertemente para tranquilizarme y sirvió.

—No hace falta Tomy, está bien. Ahora subimos —respondió.

Su voz era tan viril, lo miré a la cara. Entonces me di cuenta de lo guapo que era. Tenía el cabello corto y de color castaño oscuro. Unos grandes ojos marrones y unas bonitas facciones, su nariz y sus labios tenían el tamaño perfecto y eran muy masculinas. Como seguía abrazándome, pude comprobar que su cuerpo estaba musculado y que tenía un porte atlético; además, era más alto que yo. Fui entonces consciente de la cercanía de su cuerpo con el mío y empecé a acalorarme solo de pensar en ello. No había estado tan cerca de ningún hombre a excepción de Mateo y él no me hacía sentir nada de eso. Jamás me había agarrado con tanto cariño.

—¿Cree que será capaz de subir por la ladera? —preguntó mientras me separaba de su dulce abrazo.

Salí de mi ensimismamiento y miré la cuesta; dije sí con la cabeza.

—De todas formas, la ayudaré —manifestó.

Me colocó la mano en la espalda y me empujó suavemente para que iniciara el ascenso. Poco a poco fuimos subiendo por la resbaladiza ladera. Era muy empinada y nos costaba ascender. Mis zapatillas casi sin suela no eran el mejor calzado para esa tarea y provocaban que me resbalara continuamente. Aunque él siempre me ayudaba para que no me cayera, sujetándome por la espalda. Nos agarrábamos a las ramas

para ir subiendo. Nos tocó un tramo que era muy empinado y complicado. Él se adelantó y una vez que estuvo bien sujeto me dijo:

—Agárrese a esas ramas e intente llegar hasta mi mano.

Asentí y cogí las ramas que me indicaba. Con la otra mano agarré otra rama que estaba más arriba y, al soltarme para intentar ascender, el pie derecho me resbaló y caí al suelo. Para frenar el golpe puse la mano derecha y me hice daño en la muñeca. Además, por culpa de la acumulación de la nieve descendí un buen trozo de ladera.

—¡Mierda! —blasfemó él.

Me levanté todo lo rápido que pude y me disculpé por la torpeza:

—Lo siento mucho.

Joaquín no pudo evitar que la joven se cayera, no pudo agarrarla desde su posición y solo vio cómo se resbalaba. Bajó rápidamente hasta ella, que ya estaba levantándose del suelo.

—¿Está bien? —preguntó preocupado.

—Sí, es que soy muy torpe, perdona —me justifiqué de nuevo.

—No tiene por qué disculparse, es culpa mía por no haberle ayudado mejor. Soy yo el que lo siente —se disculpó Joaquín.

Me sorprendió su respuesta y no supe qué contestar. Mateo jamás me habría dicho eso, me habría chillado e insultado por mi torpeza. Ese hombre a todas luces era muy diferente.

—Deme la mano y no la soltaré —prometió mirándome fijamente a los ojos.

Yo lo miré atónita y supe que lo decía de verdad, la honestidad de sus ojos me lo dejaba claro. No lo dudé ni un instante, podía fiarme de él. Así que le di mi mano izquierda y me dejé guiar, a sabiendas de que no me soltaría. Ya no hubo más incidentes y subimos hasta la carretera. Al llegar arriba, vi a un muchacho joven que estaba al lado de un coche.

—Dices que está bien, pero tiene muy mal aspecto —opinó al verme.

—No seas desagradable, Tomás —contestó enfadado, al tiempo que me soltaba la mano y se dirigía a su coche—. Perdón —se disculpó mirándome.

—Seguramente tengas razón y tenga una pinta horrible —dije para quitar miga al asunto.

El joven asintió y me sonrió. Era un muchacho guapo tenía el pelo negro y la tez morena. Tendría unos 12 años más o menos y una mirada vivaz. Me revisaba de arriba a abajo inspeccionándome. Yo me miré y pude darme cuenta de por qué me observaba así: tenía la ropa manchada y empapada debido a la caída. Solo llevaba puesta una camisa de manga larga y unos vaqueros azules que difícilmente podrían verse con tanta suciedad y barro. Mis manos estaban sucias y me imaginaba que también tendría la cara igual. Debía de tener un

aspecto espantoso. Me sacudí un poco la suciedad de la ropa y de las manos, pero fue inútil. Empecé a sentir frío, había anochecido y la nieve era ya muy compacta. No estaba segura de cuánto tiempo había estado en el coche puesto que era de día cuando estaba conduciendo, pero la verdad es que tampoco me importaba demasiado.

—Juraría que llevaba una manta en el maletero —dijo el hombre.

—Apuesto lo que quieras a que la usaste con algún animal —indicó el muchacho.

—¡Mierda! Es cierto —respondió.

Se quitó su cazadora, se acercó a mí situándose delante y me la colocó en los hombros. Se aseguró de que no se me cayera y me dijo:

—Así entrará en calor.

Su mirada era tan intensa y a la vez tan tranquila que me embelesaba.

—Gracias, pero tú tendrás frío —opiné.

—No se preocupe por mí, usted necesita entrar en calor más que yo —contestó.

Le sonreí como agradecimiento. Qué hombre tan detallista, pensé. Mateo jamás hubiera hecho eso por mí.

—Habrá que llamar a la Guardia Civil –comentó mientras buscaba el móvil en sus pantalones vaqueros.

—Preferiría que no —intervine.

Me miró extrañado y entrecerró los ojos frunciendo las cejas de una forma encantadora.

—Es lo normal en estos casos, se da parte y si pueden sacarán el coche.

—No me importa el coche.

—Seguramente tampoco te iba a servir de mucho después del accidente —intervino el muchacho.

El hombre me observada sorprendido por mi negativa de avisar a la Guardia Civil. La verdad es que no quería dar parte alguno, pero por cómo me miraba intuía que ese hombre no lo iba a dejar pasar. Lo que menos quería era que Mateo se enterara de mi accidente y de dónde me encontraba porque me haría regresar. Un escalofrío de miedo me recorrió todo el cuerpo. Me abrigué más con la cazadora que me había prestado, intentando entrar en calor y que el miedo desapareciera. No quería volver a ver a Mateo, la sola idea me aterrorizaba. Cerré los ojos para coger fuerzas. Existía la posibilidad de que, como el coche era mío, igual no tendría por qué enterarse de nada. Rogaba a Dios que así fuera porque si el hombre insistía mucho o llamaba a la Guardia Civil, no me quedaría más remedio que dar parte. —Podemos dejarlo para otro momento, no me veo con ganas —dije intentando que dejara el tema.

—Está bien —aceptó. Le sonreí con gratitud.

—¿Quiere que la llevemos a algún sitio o que llamemos a alguien para que venga a buscarla? —me preguntó.

—No, gracias —respondí.

—Pero ¿qué va a hacer? No se puede quedar aquí. Y si no quiere que llamemos a alguien, díganos a dónde acercarla –insistió.

—Puede tutearme, me sentiría mejor —intenté cambiar de tema.

—Está bien —contestó.

—¿A dónde quieres que te llevemos? —volvió a formular la misma pregunta.

—No iba a ningún sitio en concreto —respondí sinceramente.

—¿No tienes familia o algún amigo que pueda venir a recogerte? —preguntó intrigado el muchacho.

—Supongo que ya no —contesté sin pensar.

Gracias a Mateo no me quedaba nadie a quien poder recurrir. Yo no tenía familia y hacía tiempo que tampoco amigos, los pocos con los que contaba se habían distanciado por el carácter de él hasta el punto de perder su amistad. Ahora estaba sola.

—Es de noche y va a bajar más la temperatura, debemos llevarte a algún sitio —insistió el hombre.

Miré por la cuesta a donde estaba mi coche. Podría quedarme en él esa noche y pensar en lo que hacer por la mañana. La idea no era tan mala, pero él pareció leerme el pensamiento porque al rato añadió:

—No puedes dormir en el coche.

Yo volví mi mirada hacia él con sorpresa, ¿cómo lo había averiguado? Me encogí de hombros e intenté pensar en qué hacer, tenía poco dinero y no quería gastarlo en pensiones. Había planeado dormir en el coche hasta encontrar un sitio y un trabajo, pero ahora todo se había ido al garete. Requería tiempo para meditar esta nueva situación y en lo que iba a hacer. Para ello necesitaba estar sola.

—Muchas gracias por vuestra ayuda, podéis marcharos ya —agradecí.

—¿Y qué vas a hacer? —insistió.

—Llamaré a alguien —mentí.

Él me miró escudriñando mi respuesta. Yo intenté parecer lo más creíble posible; aunque sabía que nunca había sido buena mintiendo, esperaba que esta vez fuera convincente y no viera lo desvalida que me encontraba.

—Si quieres, te puedes quedar con nosotros esta noche —se ofreció.

—¿De verdad? —pregunté sorprendida. Él no me conocía de nada y me estaba ofreciendo su casa. Eso demostraba que era muy buena persona.

—¡Sí! —respondió.

—No hace falta, además no me importa pasar la noche en el coche —contesté la verdad sin pensar. Cuando me di cuenta de las palabras

que acababa de decir me arrepentí al instante. Nunca había tenido malicia, pero en ese momento me arrepentí de no haberla cultivado más.

—No voy a permitir que te quedes aquí sola, y sé que no vas a llamar a nadie, por lo que voy a bajar a recuperar lo que pueda de tus pertenencias y te vendrás con nosotros sin replicar nada —zanjó.

—Pero… —intenté protestar.

No quería molestar a nadie y menos a ese buen hombre con mis problemas.

—No hay más que hablar —sentenció, al tiempo que se alejaba de mí.

—Cuando se pone así ya no se puede dialogar con él —reveló el muchacho.

—Gracias —contesté para, por lo menos, intentar agradecerle el detalle.

—Entrad en el coche que ahora vuelvo –ordenó tajante.

Se marchó a por mis cosas y los dos nos metimos en el todoterreno. Me senté en la parte de atrás y en seguida noté el calor de la calefacción del coche. Estaba congelada. Con el calorcito empecé a sentirme el cuerpo; tenía las manos y la cara helada, casi ni las sentía. El muchacho permanecía callado y en sus cosas.

Creo que a Joaquín le debió costar un montón recuperar mi maleta por todo lo que tardaba y recordando lo mal que había quedado mi coche. Necesitaba que consiguiera recuperar todas mis pertenencias, mi documentación, mi cartera, el móvil y mi ropa. Intentaba mantenerme despierta pero cada vez me costaba más, la suave música del coche hacía que me adormeciera. Los ojos me pesaban cada vez más y notaba como el sueño me iba venciendo. Oí como se abría el maletero del coche y supe que Joaquín había regresado, respiré aliviada y cerré los ojos.

—Creo que esta dormida —indicó Tomy.

—Estará agotada por todo lo sucedido —respondió Joaquín.

Oí como se colocaba el cinturón y emprendíamos la marcha En poco más de una hora llegamos. No quería tener que dar explicaciones a Joaquín, por lo que decidí hacerme la dormida. Detuvieron el coche, miré por el rabillo del ojo y vi que nos habíamos parado delante de una casa. En cuanto el motor dejo de oírse, escuché como Tomy bajaba corriendo. Joaquín intentó despertarme hablándome, pero no me inmuté. Salió del coche, abrió la puerta y me cogió en brazos. Me sorprendió sentir sus manos, aunque en vez de asustarme por ese detalle, me acomodé mejor en sus brazos allí me encontraba segura. Escuché la voz de un hombre que parecía mayor:

—¿Me puedes explicar esto?

—Luego te lo cuento todo —le dijo Joaquín al tiempo que entraba a la casa.

—Estoy impaciente por oírlo —contestó.

—¿Lucy está durmiendo? —preguntó Joaquín.

—Sí, estuvo esperándoos, pero al final la venció el sueño —informó Antonio.

Joaquín subió unas escaleras, me dejó en una cama y me tapó con una manta.

Oí como hablaban en la habitación mientras pensaban que estaba dormida.

—Estoy esperando.

Joaquín, empezó a hablar:

—Cuando volvíamos de hablar con el director nos dimos cuenta de que en una curva faltaban los quitamiedos. Bajé a comprobar si había sucedido algo y allí encontré un coche que se había salido de la carretera y descendido por la ladera. Dentro estaba la joven sana y salva, solo con unos cuantos rasguños. La ayudé a salir y aquí estamos.

.

—Sé lo que estás pensando papá —advirtió Joaquín.

—¿Por qué la has traído aquí? —preguntó abiertamente el hombre mayor que en realidad era su padre.

—No tiene a donde ir y no ha querido que llamemos a nadie —respondió.

—Es un poco raro —indicó.

—Lo sé, cuando le dije que iba a llamar a la Guardia Civil para dar parte, me suplicó que no lo hiciera; tenías que haber visto el miedo que reflejaban sus ojos. Además, tenía la intención de quedarse a dormir en el coche y yo no iba a permitírselo —explicó Joaquín.

—Me parece que has actuado bien, pero todo esto es muy extraño y solo espero que no nos acarreé problemas —manifestó su padre.

—Yo también —contestó Joaquín preocupado.

—Es tarde y estoy cansado, buenas noches —se despidió y se marchó.

Joaquín se quedó un rato más en la habitación, después se despidió y se marchó:

—Buenas noches, te deseo dulces sueños.

Estaba intranquila, no paraba de dar vueltas en la cama, tenía mucho frio. Me desperté para intentar encontrar algo con lo que abrigarme cuando oí pasos fuera de la habitación. Me recosté de nuevo y esperé. La puerta se abrió despacio y unos pasos se acercaron hacía mí.

Noté una mano en la frente. Mi cuerpo empezó a tiritar de todo el frío que sentía.

—¡Estás helada! —exclamó Joaquín.

Se movió de mi lado y rebuscó por los cajones. Sacó algo de ellos y se acercó de nuevo a mí. Empezó a desnudarme y yo no hice nada para evitarlo. Estaba entre asustada e intrigada. Primero me quitó la cazadora, después la camisa que estaba empapada y pegada a mi cuerpo. Me colocó la camisa como pudo y me abrochó los botones. Cuando por fin acabo, me desabrochó el botón del pantalón y empezó a deslizarlo hacia abajo. Como estaba mojado, era más complicado quitarlo. Creo que esta tarea estaba siendo más difícil de lo que había pensado en un primer momento. Suspiró y tiró rápidamente para acabar de sacar los pantalones, pero no pudo, ya que no me había quitado las zapatillas.

—¡Mierda! —exclamó furioso.

Tiró de las zapatillas y me las quitó sin desabrochar los lazos. Acabó de sacar el pantalón y lo lanzó al suelo. Después me tapó de nuevo con la manta y salió de la habitación Me quedé pensando detenidamente todo lo que había sucedido, mi forma de actuar y lo que había sentido cuando él me estaba tocando. Su intención había sido buena de eso estaba segura.

II

Pasé la noche intranquila, dando vueltas de un lado para otro. No paraba de tener malos sueños que me azoraban y perturbaban. Cuando por fin la luz del día me despertó, me di cuenta de que no había descansado casi nada . Abrí los ojos despacio, ya que los sentía pesados. Una vez que enfoqué mi mirada, comprobé detenida mente la habitación en la que me encontraba. Esta tenía muebles robustos y de estilo campestre.

Me levanté de la cama y me tambaleé un poco al ponerme en pie. Recordé que llevaba puesta la camisa de Joaquín. Vi una puerta en un extremo de la habitación y me dirigí a ella; al abrirla vi que era un servicio. Entré, oriné y me duché. El agua me vino genial. Me puse de nuevo la camisa de hombre. Cuando salí a la habitación, en el suelo encontré mi ropa sucia y todavía mojada. En ese estado no podía ponérmela, tendría que lavarla si quería volver a usarla. Como la camisa me quedaba larga y me tapaba lo suficiente no me importó quedarme con ella puesta hasta que pudiera vestirme con la ropa de mi maleta.

Me asomé por la ventana y vi todo rodeado por árboles. Debíamos de estar en mitad del bosque. Se percibía por todas partes que era un sitio tranquilo. Me gustaba, era hermoso. Me coloqué las zapatillas y salí en busca de algo que comer.

Al salir al pasillo observé que había más habitaciones a los lados. Todo estaba bañado por la claridad que entraba por un gran ventanal. Vi las escaleras al fondo y me dirigí a ellas. No estaba muy segura de qué hora era, puesto que no tenía reloj ni teléfono donde poder verlo. Así que bajé con cuidado para no hacer mucho ruido; no quería despertar a nadie. Al descender por las escaleras llegué al salón. Era una estancia grande y con ventanas amplias, por lo que era fácil moverse con la luz que entraba por ellas. Había una chimenea presidiendo el salón, rodeada por un sofá y un par de butacas. En otra pared había una gran biblioteca repleta de libros. Había algún que otro mueble esparcido por la habitación que combinaba a la perfección. Era una estancia acogedora y típica de las casas rurales. Una vez inspeccionado el salón busqué la cocina, y no tarde en encontrarla, puesto que ambas salas estaban conectadas por una puerta. Entré sin pensar en la cocina y me encontré con el hombre y un señor mayor que estaban desayunando. Me quedé parada sin saber qué hacer ni qué decir. No esperaba ver a nadie.

Cuando Joaquín se giró para servir más revuelto a su padre se encontró con la joven parada en medio de la cocina. Al verla allí, solo

vestida con la camisa y el cabello mojado goteándola por los hombros, se quedó ensimismado mirándola. A ella pareció incomodarla un poco su mirada porque rápidamente bajó sus ojos verdes hasta sus pies, pero antes pudo ver cómo se sonrojaba un poco.

—¿Me vas a servir un poco de revuelto o tengo que cogerlo yo mismo? —interrumpió Antonio. Él también se había dado cuenta de la incomodidad de la joven.

—Sí, perdona —se disculpó Joaquín al tiempo que volvía la mirada a su padre y le servía el desayuno.

—Será mejor que me vaya —dije suavemente para no molestar. No había pensado que estarían desayunando, además no iba vestida apropiadamente para estar delante de unos desconocidos. Me giré y emprendí el camino hacia el salón.

—¡No!, no te marches por favor, desayuna con nosotros —exclamó el hombre.

Su voz me sobresaltó y me detuve. Estaba de espaldas a él sin saber muy bien qué hacer, pero la verdad es que tenía mucha hambre. El día anterior solo había desayunado y me empezaba a doler el estómago por lo vacío que lo tenía. Me pudieron las ganas de comer y decidí desayunar con ellos.

Me acerqué a la isla de la cocina donde estaba el señor mayor y me senté a su lado.

—Seguro que tienes hambre — dijo el hombre joven.

Asentí levemente con la cabeza y le sonreí. En seguida me puso un plato con un revuelto de huevos, tres tiras de beicon frito, luego un zumo y un café.

—Espero que todo te guste, si no también tenemos cereales y galletas —informó.

—Todo me gusta, gracias —dije y me puse a devorar la comida.

—Parece que sí que tiene hambre —comentó el anciano.

Yo caí en la cuenta de mis modales y comí más despacio, saboreándolo todo.

—No te ofendas por mi comentario, muchacha, si lo decía porque da gusto verte comer —añadió el anciano.

Lo observé para ver si su comentario era bueno o malo y me percaté de que parecía un buen hombre. Su mirada era sincera, por lo que pensé que no lo decía con maldad alguna.

—Si quieres más solo tienes que pedirlo —comentó el hombre joven.

La verdad es que me había quedado saciada y no necesitaba más. Tomé el zumo y esperé a que el café estuviera menos caliente para poder beberlo.

—Llevo yo a Lucy al colegio y me encargo de que Tomy no se aburra —informó el anciano al que parecía su hijo.

Éste se dio cuenta de que estaba escuchando su conversación disimuladamente mientras miraba mi café. En ese momento creo que se dio cuenta de que no nos habíamos presentado formalmente.

—Con todo el jaleo de ayer no nos presentamos como es debido, yo soy Joaquín y este es mi padre Antonio. El joven de ayer es mi sobrino Tomás y en un rato conocerás a su hermana, la pequeña de la casa, Lucía —explicó Joaquín.

—Yo me llamo Claudia —me presenté.

Joaquín hizo un leve gesto con la cabeza y se hizo el silencio de nuevo. Nos quedamos mirándonos sin decir nada más y me sentí incomoda, por lo que bajé la mirada al café.

Antonio carraspeó y:

—Voy a despertar a los dormilones para que desayunen —se levantó y se marchó.

El silencio entre los dos era extraño, además notaba su mirada clavada en mí. Pero no sabía qué decir, lo que menos quería era que me interrogara y tener que contar mi vida. Lo mejor era que me marchara de esa casa cuanto antes, aunque no me apetecía nada. Todavía no había pensado qué iba a hacer ahora que ya no tenía un coche. ¿Cómo me iba a desplazar? Tenía poco dinero y este percance empeoraba mucho mi situación, pero era una persona adulta y debía continuar. Lo mejor era alejarme más y poner toda la distancia posible entre Mateo y yo. Aunque para ello tendría que irme de ese lugar tan bonito. Lo primero de todo para poder marcharme era encontrar mis cosas y después pensar a dónde dirigirme.

—No he visto mi maleta en la habitación y necesito ropa limpia que ponerme —comenté suavemente sin levantar la mirada de la taza de café. Me era fácil hablar con ese hombre, no me inspiraba miedo como Mateo.

—Está en mi coche, ahora mismo te la traigo —contestó y salió de la cocina.

Yo bebí apresuradamente todo el café y lo seguí. Como dejó la puerta de la casa entreabierta salí por ella a la calle. Una brisa helada me golpeó la cara. Miles de olores me invadieron: a hierba mojada, a pinos y también a animales. Me gustaba esa mezcla de fragancias. Para mí, ese olor era el de la libertad y por un momento me sentí tan bien. Estaba lejos de Mateo y ya no me haría más daño. Lo había conseguido, me había alejado de él y de su control. Sonreí de pura satisfacción.

Observé detenidamente a mí alrededor, se podía respirar la paz por todos los lados. Había nieve cubriendo los árboles y el suelo. La estampa era preciosa como la de una postal de invierno. Además, no me molestaba nada el frío; al contrario, ahora me daba cuenta de cuánto calor desprendía mi cuerpo y me sentía viva, como no lo había

estado en mucho tiempo.

—Aquí tienes tu maleta con tus cosas —me interrumpió Joaquín.

—Gracias —le sonreí y le agarré la maleta.

La maleta estaba rota, la examiné y comprobé que la estructura estaba partida y ahora no servía para rodar. Tendría que usar otra cosa para trasportar mis pertenencias.

—Es mejor que entres hace frío para estar así —sugirió Joaquín mirándome.

Claro que hacía frío y más con solo una camisa puesta, pero no me importaba nada.

—Gracias por todo —le dije, entré a la casa y corrí hasta la habitación.

Él se quedó plantado en la puerta mientras subía por las escaleras. Cuando llegué al dormitorio en el que había pasado la noche abrí la maleta. Allí estaba mi bolso y mis cosas. Lo saqué todo. Como la había preparado precipitadamente no recordaba qué había guardado. Tenía tres conjuntos de ropa interior, dos pantalones, dos jerséis, dos camisetas, una cazadora y un pequeño neceser con lo básico. La verdad es que mi equipaje era ligero. No había cogido ningún otro calzado más que las zapatillas que llevaba puestas y eso era un fallo, tampoco había guardado un pijama. Pero como no había vuelta atrás tendría que apañármelas con lo que tenía. Envolví la ropa sucia con cuidado porque tenía intención de lavarla en cuanto pudiera y no quería dejármela olvidada allí. Me vestí y me peiné un poco. Al mirarme en el espejo vi que tenía la cara magullada por el accidente. La herida de la cabeza tenía sangre seca, tenía que limpiarla para que no se infectara. Lo único bueno es que el golpe del ojo se camuflaba con las nuevas heridas y parecía que todo había sido por el accidente. Así sería más fácil de ocultar si alguien preguntaba. Me dolía un poco el pecho al respirar, pero no me preocupaba demasiado, había estado peor otras veces. Al mirarme a los ojos a través del espejo no pude evitar llorar, pero a la vez reír. Era la primera vez que podía decir de verdad que había tenido un accidente. Me dio una risa loca.

—Mírate —dije a mi yo del espejo—. Tienes mejor aspecto después de haber tenido un horrible accidente que cuando él te pegaba.

Además, ahora ya no tenía que disimularlo para que nadie dijera nada o quedarme sin salir de casa hasta que las heridas cicatrizaran. No necesitaría mis pinturas para tapar las magulladuras.

—Ya no —dije para convencerme.

Alguien tocó en la puerta. Me sequé las lágrimas con las manos y fui abrir. Al otro lado estaba Joaquín con un pequeño botiquín como si hubiera escuchado mis plegarias. No pude evitar sonreír, aunque él tenía semblante serio.

—Hay que desinfectar esas heridas —informó.

Asentí con la cabeza y le hice paso para que entrara. Él se dirigió a la cama y me miró para que lo acompañara. Yo obedecí y me senté a su lado. Empezó a sacar las cosas del botiquín y a dejarlas esparcidas por la cama. Yo observaba lo bien que se desenvolvía, se notaba que sabía perfectamente lo que había que hacer. Cogió una gasa, la impregnó en algo que parecía suero y me advirtió:

—Esto te va a doler.

Y era cierto, dolía, pero no abrí la boca para quejarme. Había aprendido tiempo atrás que era mejor no quejarse del dolor porque siempre podía empeorar. Al limpiarme la herida de la frente y tocármela empecé a sangrar de nuevo. Él puso más gasas para detener la hemorragia. Sentía la zona dolorida y me dolía por la presión. Apreté la mandíbula para soportar mejor el dolor.

—Vas a necesitar puntos o no se cerrará bien —opinó.

La idea de ir a un hospital me asustaba, nunca me habían gustado y solo había ido en casos muy extremos porque los médicos hacían demasiadas preguntas. La verdad es que no quería ir a un hospital por nada del mundo.

—Creo que no hará falta, al final cicatrizará sola —respondí para quitar miga al asunto.

Joaquín me clavó una dura mirada de desaprobación, pero yo no me achanté. No le tenía miedo, a él no. Así que no bajé mis ojos. Noté como al final él cedía a mi mirada y la suavizaba.

—Si no quieres ir a urgencias para que te cosan, yo te puedo poner unos puntos de aproximación —sugirió Joaquín.

Me sorprendió su proposición, pero la verdad es que era la mejor opción si no quería ir al hospital.

—Lo prefiero —contesté.

—Está bien, aunque sería mejor que te cosieran para que no te quede cicatriz —manifestó.

Como vio que yo no decía nada y que no iba a cambiar de tema cedió en su empeño. Me mantuvo las gasas hasta que la hemorragia se detuvo, después desinfectó la herida con cuidado. Una vez que estuvo seguro de que no iba a sangrar más, sacó de su botiquín los puntos de aproximación, yo los conocía de otras veces. Colocó las manos en mi cabeza y sentí cómo unía los bordes de la herida, después puso los puntos de aproximación. Con tanto toqueteo, la zona me dolía un montón, pero no me queje nada.

—He terminado —indicó.

—Gracias —le agradecí.

—Si te duele la cabeza te puedo dar algo para la molestia —comentó.

No, expresé con un gesto. Prefería descansar un poco para que el dolor menguara por sí solo. Joaquín recogió todo de la cama y se

levantó. Yo no me moví.

—Tengo que ir a un par de sitios, pero regresaré en unas horas, cuando vuelva podemos ir a la Guardia Civil a dar parte de tu accidente —propuso.

La idea de ir a la Guardia Civil me asustó y creo que él notó mi reacción, aunque no comentó nada. Asentí con la cabeza para que se marchara porque sabía que, si no, no lo haría. No podía postergar por mucho tiempo el asunto, él insistía que diera parte y yo no quería. Lo mejor era que me marchara lo antes posible de su casa y así no tener que dar explicaciones.

Creo que él se estaba dando cuenta de que algo me asustaba y me imagino que en ese momento fue cuando empezó a sospechar que estaba huyendo. Al mirarme tan de cerca para curarme la herida, su expresión cambió al percatarse de que el pómulo de mi ojo izquierdo estaba magullado e hinchado y no había sido producido por el accidente de coche, si no que era más antiguo. Además también había descubierto pequeñas cicatrices que tenía por la cara ya cerradas y que eran de golpes anteriores. Vi en su mirada que en ese momento empezaba a hacerse una leve idea del motivo de mi huida y que deseaba que confiara en él.

Nos miramos durante un rato sin decir nada, se notaba la tensión en el ambiente. Joaquín fue el que rompió el silencio.

—Siéntete como en tu casa —dijo y salió de la habitación.

Era tan buena persona que me sentía mal por tener que marcharme sin despedirme, pero debía hacerlo. Busqué en el armario y encontré una mochila que tomé prestada. Esperaba que esa acción no le molestara mucho cuando se diera cuenta. Guardé todas mis cosas en la mochila de Joaquín, ya que no podía llevarme mi maleta rota. Me asomé por la ventana para intentar averiguar si él se había marchado. Como había un pequeño balcón abrí la ventana y salí para observar mejor. No tardé en oír el motor de dos coches: en un todoterreno grande vi montarse a Joaquín, así que supuse que en el otro irían Antonio y los niños. En teoría estaba sola en la casa.

Aun así, por precaución esperé un tiempo, después salí del dormitorio con la mochila puesta. Bajé a la cocina y busqué algo de comida que poder llevarme. Encontré un poco de pan, un trozo de chorizo y también unas galletas. Guardé todo en la mochila y salí de la casa. Me daba pena marcharme, me sentía a gusto allí, pero tenía que hacerlo, me repetí. Miré una última vez a la casa y salí. Una vez fuera, no estaba muy segura de por dónde debía ir, por lo que seguí la carretera; con suerte encontraría alguna señal que me guiara.

Caminé durante varias horas y no encontré ninguna señal que me indicará hacia dónde me dirigía, pero como seguía la carretera tampoco me había perdido ni desviado. Empecé a tener mucho calor y

me desabroché la cazadora para intentar refrescarme un poco. Debía de hacer un grado o dos como mucho, pero yo tenía calor. Seguí andando y todo lo que veía igual me parecía igual, árboles y más arboles rodeando la carretera.

Comencé a sentirme realmente mal, estaba fatigada y tenía la cabeza abotagada. Busqué un sitio donde poder sentarme un rato a descansar y recuperar fuerzas. Vi una piedra a pocos metros de donde me encontraba, la limpié un poco con la mano para quitar la nieve y me senté. En cuanto apoyé el culo en la fría piedra supe que no había sido buena idea detenerme. Sentí como mis fuerzas me abandonaban y ya no me veía capaz de volver a levantarme. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y me dejó tiritando. Las manos me empezaron a temblar y de repente tenía mucho frío. Mi cuerpo radiaba de calor, pero a la vez estaba helada. Por más tiempo que esperaba sentada mi malestar no mejoraba, sino al contrario: empeoraba. La cabeza me daba vueltas y tenía mucho sueño. Me estaba costando mantenerme despierta. Cogí un poco de nieve y me la restregué por la cara para intentar desperezarme un poco, pero fue inútil. ¿Y ahora qué iba a hacer? Esa pregunta atormentaba mi pensamiento. Estaba demasiado mal para volver sobre mis pasos a casa de Joaquín y estaba muy lejos de cualquier sitio. Solo se me ocurría una cosa para poder salir de allí, pedir ayuda. Busqué en la mochila mi bolso. Lo encontré fácilmente, rebusqué en su interior en busca de mi móvil y me sorprendió no encontrarlo. Saqué el bolso de la mochila para poder buscar mejor, nada. Me estaba poniendo muy nerviosa. Vacié todo el contenido del bolso en la nieve y allí no estaba el móvil. Rebusqué por la mochila pensando que igual se había caído dentro pero no lo encontraba por ninguna parte. Me detuve y pensé dónde podía haberlo dejado. Cuando había salido de casa de Mateo lo tenía, en el viaje también porque recordaba que me había llamado y después no recordaba haberlo vuelto a ver. Cuando desperté en casa de Joaquín no lo tenía. Lo habría perdido en el accidente y hasta ahora no había reparado en su ausencia.

—¡Mierda! —exclamé enfadada.

No tenía teléfono, ni forma de avisar a nadie. Además, en todo el tiempo que llevaba caminando no me había cruzado con ninguna persona ni vehículo, por lo que me imaginaba que esa carretera no era muy transitada. Nadie podía ayudarme por lo que tenía que ser fuerte. Intenté aclarar mis pensamientos, algo que cada vez me costaba más. Podía intentar volver o continuar hacia no sabía muy bien dónde. Teniendo en cuenta todo lo que había caminado alejándome de la casa de Joaquín, pensé que estaría más cerca de un pueblo, además no me veía capaz de caminar otras tres horas de regreso. Deseaba de todo corazón que hubiera algo o alguien cerca.

Recogí el contenido de mi bolso y lo guardé todo en la mochila. Con gran esfuerzo me levanté, me coloqué la mochila y continué andando. Iba muy despacio porque me costaba una barbaridad dar los pasos. Cuanto más caminaba, más mareada me sentía. Las náuseas cada vez eran más fuertes hasta que una arcada hizo que mi estómago se vaciara por completo. Menos mal que me pude apoyar en un árbol mientras vomitada porque sentía que las fuerzas me fallaban. Cuando acabé, cogí un poco de nieve limpia y la chupé para quitarme el mal sabor de boca. Todo mi cuerpo pedía a gritos que me parara, pero no podía, debía continuar.

Me separé del árbol y continúe tambaleándome a duras penas.

—Un paso más —me decía a mí misma dándome fuerzas.

Los ojos me pesaban, el dolor de cabeza era intenso y las fuerzas me abandonaban con cada paso. Trastabillé un poco por la nieve y perdí el equilibrio. Como estaba tan cansada no pude evitar caerme al suelo. Allí tirada en la nieve me sentía bien, estaba tan exhausta que mi cuerpo no me respondía. Empecé a sentir la humedad en la ropa, debía levantarme del suelo como fuera. No sé de dónde saqué ese empujón, pero conseguí ponerme de pie. Estaba contenta por mi pequeña hazaña y sonreí por ello. Adelanté el pie derecho y al hacer lo mismo con el izquierdo todo se puso negro.

—Despierta! —oí gritar—. ¡Por favor, despierta!

Poco a poco fui abriendo los ojos, aunque me costaba despegar los párpados. Cuando al final lo conseguí, me sorprendió muchísimo encontrarme la cara de Joaquín.

—Menos mal. –Suspiró aliviado.

—¿Dónde estoy? —pregunté intentando retomar mis pensamientos.

—Estás en el suelo, has perdido el conocimiento —explicó.

Ahora lo recordaba todo. Todavía me sentía mal, pero estaba aliviada por saber que él estaba a mi lado.

—Eres mi salvador –dije sin pensar.

En sus ojos vi sorpresa y pena. Intenté incorporarme, él me ayudó a sentarme. Me encontraba rodeada por sus brazos, pero no me molestó en absoluto, sino al contrario: hacía que me sintiera mejor y eso que estaba realmente mal.

—¿Recuerdas qué te ha pasado? —preguntó.

—No me encuentro bien –contesté.

Me colocó su suave mano en el carrillo derecho. Sentir su tacto en mi cara hizo que por un instante cerrara los ojos para disfrutarlo.

—¡Estas ardiendo! —exclamó sorprendido. Su fuerte voz hizo que espabilara—. Hay que llevarte a casa y darte algo para bajar esa fiebre –comentó más para él que para mí.

Con su ayuda me levanté del suelo. Como todavía estaba aturdida,

Joaquín me sujetaba por el brazo. Al mirar al suelo comprobé que estaba allí mi mochila, él debía de habérmela quitado. Rápidamente se agachó a por ella, la recogió y se la colocó ágilmente en su espalda. Yo miré a mi alrededor y vi el todoterreno de Joaquín mal parado y con las luces de emergencia encendidas.

—Vamos a casa —ordenó.

Caminé hacia el coche guiada por el brazo por el que me tenía sujeta. Iba despacio, estaba exhausta y la vista se me empezaba a nublar otra vez. Casi no podía ver el coche y eso que sabía que estaba delante de mí. Los ojos se me cerraban, parecía que los pies me pesaban un quintal y el cuerpo no me respondía como debía. Conseguí avanzar lentamente y con mucho esfuerzo hasta que ya no pude más. Mi cuerpo dejo de moverse y mis rodillas se me doblaron hasta hacerme caer sin control. Sentí cómo Joaquín me sujetaba antes de tocar el suelo, eso fue lo último que percibí antes de caer en una inconsciencia total.

Unos sueños raros y repetitivos no me dejaban descansar. Eran pesadillas, pero no conseguía despertar de ellas y se repetían una y otra vez en un bucle sin fin. En ellas Mateo me encontraba y por más que intentaba escapar de su lado siempre me atrapaba. Además, Joaquín también aparecía, pero no me salvaba de Mateo y eso me dolía y entristecía. Nadie me ayudaba, estaba sola. Al final de la pesadilla siempre me encontraba en una habitación oscura y fría en la que mi carcelero era Mateo. Me encerraba en ella y me atormentaba con su risa, a sabiendas de que nadie me rescataría y que sería siempre para él. Rompí a llorar de tristeza. Todo era muy real.

—Debes tomar esto o la fiebre no te bajará. –Escuché una voz que me hablaba.

La voz me despertó de la pesadilla, pero en seguida mi cuerpo se atolondró de nuevo y el sopor me ganó.

—Estoy muy cansada —susurré y caí otra vez en mis azorados sueños.

Sentía que me agarraban por los brazos y me inmovilizaban. Luchaba en mis sueños por liberarme de ellos.

Por más que corría siempre acababa en la oscura habitación encarcelada por Mateo. Lloraba de frustración, no conseguía alejarme de él. En todos los sitios aparecía él. Suplicaba a Joaquín que me ayudará, pero él siempre dejaba que Mateo me arrastrara lejos, sin hacer nada, por más que le suplicaba ayuda.

—¡Por favor, ayúdame! —grité con todas mis fuerzas.

Al abrir los ojos pude distinguir a Joaquín al lado de la cama. Me sentía realmente mal y no solo por la pesadilla. Joaquín se acercó más a mí, se notaba que quería consolarme. Me colocó la mano en la frente

y por su expresión supe que debía tener mucha fiebre. Recordaba que me había dado algún medicamente para bajármela, pero lo había vomitado.

La fiebre todavía no había bajado y si seguía así me tendría que llevar al hospital. Debía conseguir que me bajara la fiebre, intente destaparme incluso quitarme la ropa, pero me fallaban las fuerzas. Joaquín debió intuir mis intenciones y se le ocurrió una idea. Se quitó el jersey, la camisa, el pantalón y los calcetines. Yo no estaba muy segura de lo que iba a hacer. Se acercó a mí y me desnudó, dejándome solo en ropa interior. Yo le deje porque lo único que quería era mejorar. Me agarró por la espalda y los pies y me levantó de la cama. El contacto de su piel con la mía me hizo ver lo elevada que tenía la temperatura. Me llevó en brazos hasta el baño. Abrió la puerta de la ducha, se metió dentro conmigo y dio al agua fría. El contacto del agua helada en su cuerpo lo hizo estremecerse de frío, pero no se quejó, ni se movió. Intentó acercarme todo lo que pudo al agua para que me refrescara. Me revolví un poco entre sus brazos al sentir el agua helada y no pude evitar abrí los ojos. Por un instante nuestras miradas se cruzaron. Se me quedo mirando como si esperara que le dijera algo, que le gritara o me asustara de la situación, pero no hice nada. Simplemente cerré los ojos y me acomodé en su pecho. Estuvimos un rato más a remojo hasta que supuso que me había bajado algo la fiebre. Salió de la ducha, agarró como pudo una toalla y se dirigió a la cama. Lanzó la toalla a la cama y me colocó encima. Me secó lo mejor que pudo, incluido el pelo. Buscó por la habitación y encontró doblada en la cómoda la camisa que me había prestado. La cogió y me vistió con ella, aunque antes me quitó la ropa interior mojada. Lo hizo lo más rápido posible e intentando no mirar. Después se secó él, se vistió y me puso el termómetro. Había conseguido que me bajara unos grados la temperatura y la verdad es que me sentía algo mejor. La cabeza ya no la tenía tan abotagada. Al rato se marchó para dejarme descansar, aunque no lo conseguía. Había momentos en los que ardía de calor y otros en los que tenía mucho frío. No conseguía mantenerme despierta mucho tiempo, los ojos me pesaban y me encontraba muy cansada. Así que me daba la vuelta y me dejaba llevar por el sueño y el sopor.

Perdí la noción del tiempo, no sabía si era de día o de noche. Alguna vez veía a Joaquín a mi lado intentando darme cosas, pero no podía prestarle demasiada atención porque en seguida me dormía. Después de mucho dormir comencé a sentirme mejor.

Un día abrí los ojos, por lo menos conseguí mantenerlos abiertos para ver que era de día. Aunque había dormido mucho, me encontraba tremendamente agotada. Me incorporé un poco en la cama. Observé a mi alrededor: había una luz encendida en la mesilla

de noche y todo parecía tranquilo. Tenía la cabeza todavía un poco abotagada. Me pasé la mano por la frente y noté que no tenía fiebre. La garganta me dolía y la sentía seca, pero por lo demás me encontraba algo mejor. Intenté recordar cuánto tiempo había estado enferma, pero no estaba segura. Venían pequeños recuerdos a mi cabeza: la carretera nevada, los brazos de Joaquín, Mateo persiguiéndome, pero eso era una pesadilla. Todo se mezclaba en mi cabeza y me hacía dudar entre qué había sucedido y qué era un sueño. Era mejor que no le diera vueltas, ya que todo era muy confuso todavía.

La puerta se abrió y por ella entró Joaquín. Me alegré ya que, aunque sabía que había soñado que él no me ayudaba y me abandonaba, deseaba con todas mis fuerzas verlo.

—¡Estás despierta! —exclamó alegremente.

Una gran sonrisa le iluminó la cara y por primera vez vi que le salía un hoyuelo en la mejilla derecha que le quedaba muy bien.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó.

—Mejor —respondí con una voz ronca que me hizo llevarme la mano a la garganta por el malestar que me produjo.

Él se dio cuenta y en seguida fue al baño y me trajo un vaso de agua. Se sentó a mi lado en la cama y me lo ofreció. Yo cogí el vaso y nuestras manos se tocaron. Le miré a los ojos, que me mantuvieron la mirada; por un instante recordé que había estado en sus brazos y el contacto de su piel en mi cara. Ese pensamiento me hizo ruborizarme.

Creo que Joaquín pensó que me había vuelto la fiebre porque me colocó la mano en la frente comprobando la temperatura. Agaché la mirada para dejar de sonrojarme.

—Me has tenido muy preocupado, no conseguía que te bajara la fiebre —desveló.

Subí los ojos hasta él. Era tan buena persona… Había estado preocupado por mí, eso me llegó al alma. Él, que apenas sabía nada de mí. Además, se le notaba que tenía ojeras y su aspecto un poco desaliñado demostraba que no había descansado bien, y yo debía de ser la causa. Podía haberme llevado a urgencias y olvidarse de mí, pero me había cuidado. Siempre estaría en deuda con él por todo, desde rescatarme del accidente hasta cuidarme después. Nadie nunca había hecho tanto por mí.

—Gracias —le agradecí con un hilo de voz.

Sus ojos eran intensos y parecía que intentaban ver dentro de mí, pero yo notaba su mirada distinta. Ahora me observaba con tristeza y compasión. Nunca me había gustado dar pena y no quería que Joaquín me mirara así.

—¿Quién es Mateo? —preguntó de sopetón.

Su respuesta me pilló por sorpresa y me desconcertó. ¿Cómo podía

saber él ese nombre? Igual me había encontrado y estaba esperándome abajo. La idea me heló la sangre y me puse muy nerviosa. Intenté levantarme de la cama. Como Joaquín estaba sentado en ella pillando las sabanas con su peso y no podía salir por su lado, me moví y saqué los pies por el otro extremo de la cama. Me levanté y, al apoyar el peso sobre mis piernas, estas no me aguantaron y caí al suelo. La impotencia me hizo llorar, intenté levantarme, pero el cuerpo no me respondía. Empecé a temblar de miedo. Todo lo que había hecho era en vano, me había encontrado y me lo haría pagar.

Joaquín intentó agarrarme para evitar mi caída, pero no pudo reaccionar a tiempo, solo pudo ver cómo me caía al suelo, Estaba muy nerviosa y atemorizada. Joaquín no podía comprender que me sucedida y me miraba tristemente. Él no conocía a Mateo ni se imaginaba como de cruel y malvado era, sino estaba convencida de que me entendería. Se acercó a mí con preocupación, y me abrazó intentando consolarme.

Para mí era como si mi pesadilla hubiera cobrado vida y solo pensar que Mateo me había encontrado, hacía que me bloqueara de puro terror. Me venía a la cabeza la imagen de la habitación oscura y la impotencia de no poder escapar.

—No dejes que me lleve —supliqué tapándome la cara con las manos.

Él me abrazó más fuertemente y me acercó a su pecho.

—Tranquila, estás a salvo —susurró a su oído.

Sus palabras me calmaron un poco. Su fragancia, el calor de su cuerpo y el latido de su corazón fueron relajándome hasta que deje de temblar. Me separé de él y lo miré para ver si me decía la verdad.

Él me devolvió la mirada y me prometió:

—No dejaré que te pase nada malo.

No sé si fue el tono o como lo dijo, pero le creí. Sabía que me protegería, la determinación de su mirada lo dejaba claro, pero no era justo para él, meterse en un asunto como ese. Él no se merecía más preocupaciones y complicaciones, aunque a la vez deseaba con todo mi ser que me ayudará a empezar una nueva vida lejos de Mateo. Pero él no debía cargar conmigo solo por ser un buen hombre y haberse cruzado en mi camino. Aun así, le estaba agradecida por su ofrecimiento.

Alguien llamó a la puerta, me asusté un poco temerosa de ver aparecer a Mateo. Joaquín me ayudó a levantarme del suelo y a sentarme en la cama. Seguía nerviosa así que Joaquín se colocó a mi lado. Le agradecí el detalle.

Al rato abrieron la puerta; era Antonio.

—Venía a ver cómo se encuentra —dijo.

—Mejor, la ha bajado la fiebre—respondió Joaquín.

Yo asentí para que viera que era cierto; además, ahora estaba más tranquila al ver que era Antonio el que llamaba. Mi miedo fue desvaneciéndose.

—¿Igual le apetece comer algo? —preguntó Antonio.

Su sugerencia me recordó que tenía el estómago vacío y la verdad es que sí que me apetecía comer. Mi apetito había regresado.

—¿Crees que tolerarás un caldo? —preguntó Joaquín.

—¡Sí! —exclamé con voz ronca.

—Parece que nuestra invitada tiene apetito —opinó Antonio. Joaquín asintió a modo de confirmación—. Ahora mismo te traigo uno recién hecho. —Y salió de la habitación.

Nos volvimos a quedar solos y había algo de tensión en el ambiente. Yo me recosté en la cama y atusaba las mantas para evitar mirar a Joaquín. Sentía sus ojos clavados en mí y eso me hacía sentir un poco incómoda.

Rompió el silencio diciendo:

—Hoy estaré fuera toda la mañana, pero en cuanto regrese vendré a verte.

Me dio mucha pena saber que se marchaba y me dejaba sola. No sabía bien por qué, pero me reconfortaba tenerlo cerca. Debí de poner cara triste porque al instante añadió:

—Mi padre estará en casa, para lo que necesites solo tienes que llamarlo.

Se notaba que él también estaba afligido por dejarme, pero debía continuar con su vida, ya la había pausado demasiado por mi culpa.

Aunque esas palabras debían reconfortarme, seguía estando triste por no verlo durante tantas horas. Asentí con la cabeza, ya que no me veía con fuerzas para despedirme de él sin llorar. Me daba cuenta de que me estaba comportando como una niñata, pero es que él me había tratado con mucho amor y cariño, como nunca me habían tratado antes, por lo que mis sentimientos se estaban enmarañando. Sentía por él un gran agradecimiento y afecto, además de una necesidad de estar a su lado y de dejarme cuidar. Por una vez quería ser egoísta y que me cuidaran, pero todo eso que sentía no era bueno para él ni para mí. No podía colgarme a él como si fuera mi salvavidas, debía buscar mi sitio y no volver a depender de nadie.

Llamaron a la puerta y entró Antonio con el caldo.

—Espero que te guste y, si quieres más, solo tienes que pedirlo —comentó al tiempo que me lo dejaba en la mesilla. Después salió sin decir nada más.

Joaquín aprovechó para alejarse de mi lado y se quedó cerca de la puerta quieto, observándome. Al rato se puso a rebuscar por la mesa de escritorio y me acercó tres libros.

—He pensado que igual te gustaría distraerte algo leyendo, he

escogido estos libros pensando que alguno podría gustarte —comentó al tiempo que me los entregaba.

Los cogí y los examiné: uno era de ficción, otro histórico y otro de asesinatos.

—Gracias —dije.

Se dirigió hacia la puerta y antes de salir añadió:

—Espero verte aquí cuando regrese.

Y cerró la puerta. Me quedé pensando en sus palabras. ¿Por qué había dicho eso? ¿A dónde pensaba que iba a ir? Entonces caí en ello. La última vez que me había dejado fue cuando me marché y me encontró en la carretera. Seguro que no quería volver a rescatarme o es que quizá deseaba encontrarme en su casa porque también me estaba cogiendo cariño. Deseché rápidamente el último pensamiento. Qué iba a querer de mí si era tan poca cosa y él tan guapo y fuerte. Me daba pena pensar así, pero debía ser realista: él me ayudaba porque se había comprometido y se veía en la obligación, por nada más.

El olor del caldo me hizo dejar de pensar. Cogí el plato y devoré todo el contenido sin pausa alguna. Le sentó bien a mi estómago. Después me recosté en la cama, cogí el libro de ficción y empecé a ojearlo. No llegué a leer muchas páginas debido a que en seguida me dormí.

Me moví y me desperté. Todavía era de día, así que no debía haber dormido mucho. Me senté en la cama y al mirar en la mesilla encontré otro plato de caldo. Lo cogí y lo comí todo. Ahora que empezaba a comer y beber me sentía con más fuerzas y con ganas de ir al servicio. Me estaba meando. Saqué los pies de la cama, los apoyé en el suelo e intenté con cuidado ponerme de pie. Sentía las piernas débiles, no las veía con fuerza para sujetarme hasta el servicio. ¿Cuánto tiempo había estado enferma? Debía preguntar a Joaquín la respuesta porque no tenía ni idea, pero a la vez me veía demasiado débil para llevar pocos días.

Me quedé pensando en cómo ir al servicio. Podría ir apoyándome en la pared o arrastrándome por el suelo. Mientras debatía la mejor opción, llamaron a la puerta.

Entró Joaquín y mi corazón dio un brinco de alegría al verlo. Había vuelto de trabajar y había ido a verme como me había prometido. Estaba contenta y no podía parar de sonreírle.

—¿Qué tal has pasado el día? —me preguntó.

—Bien, se me ha pasado volando la mañana, ¿y tú qué tal? —indagué para mantener una conversación.

—La verdad es que ha sido un poco agotador —respondió al tiempo que se apoyaba despreocupadamente en la cómoda—. He tenido que vacunar a un montón de ganado —continúo contando.

—¿Eres veterinario? —pregunté intrigada.

—Sí —respondió.

Me daba cuenta de que no sabía nada de él, ni siquiera a qué se dedicaba, ni cuántos años tenía, ni si tenía pareja, y la verdad es que estaba muy interesada en saber más cosas sobre él.

—Seguro que te gusta tu trabajo —indiqué.

—Me encanta, de todas formas, me venía de familia. Mi padre era veterinario, aunque ahora está jubilado, y mi hermana también lo era —contó, al tiempo que al hablar de su hermana noté como su semblante cambiaba. Se había entristecido y no sabía a qué se debía. Se calló durante un instante y al mirarme, continuó hablando—. Nos criamos rodeados de animales, así que era normal que nos gustaran.

—Debes de tener buenos recuerdos de tu infancia —manifesté.

—La verdad es que sí, siempre nacía algún animal nuevo, incluso algunas veces teníamos que criarlos con biberón. Fue una buena etapa de mi vida —desveló.

—Eres afortunado por haber tenido una infancia tan fantástica —dije sin pensar.

Al tiempo me vino a mi cabeza el recuerdo de la mía, que había sido muy diferente. Mi padre había muerto siendo yo un bebé y mi madre, que era joven, había estado con muchos hombres. Hasta que un día encontró a uno y se marchó con él, dejándome sola con dieciséis años. Nunca volví a saber nada de ella. Así que Joaquín era afortunado por haber podido disfrutar de una familia y poder tener recuerdos tan bonitos de la infancia.

Él me miraba entre intrigado y triste, pero no intentó indagar nada y se lo agradecí. No me apetecía contar mi dura niñez.

—No todo fue feliz. Durante el año sabático que me tomé después de diplomarme, tuve que regresar a casa: mi hermana sufrió un derramé y quedó en coma, estuvo así durante algunas semanas hasta que… murió —contó.

—¡Cuánto lo siento! —exclamé apenada.

—Hace ya mucho tiempo de eso, desde entonces vivó con mi padre para ayudarlo con la educación de mis sobrinos que por aquel entonces eran muy pequeños —desveló.

—Solo conozco a Tomás, pero se ve que es un buen chico —hablé.

—Hemos tenido suerte, son dos buenos chicos y estamos orgullosos de ellos —manifestó.

Nos quedamos en silencio, sin saber qué más decir. Yo no quería parecer indiscreta preguntándole cosas y él debía de pensar lo mismo. El silencio se estaba volviendo algo embarazoso. Yo miraba a mis pies, que colgaban de la cama.

Él rompió el tenso silencio hablando:

—¿Querías ir a algún sitio cuando he entrado?

—Sí, digo no. —Su pregunta me descolocó, no quería decirle que me estaba meando.

Se sonrió ante mi respuesta. Se acercó despacio hacia mí y me ofreció su mano. No pude negarme, al mirarle a los ojos supe que intuía lo que yo necesitaba y como era un caballero no dijo nada. Con su ayuda me puse en pie. Mientras con la izquierda me sujetaba la mano, pasó la derecha por mi espalda. Así nos dirigimos hacia el baño. Abrió la puerta y me dejó apoyada en el marco.

—Si necesitas algo, estoy aquí fuera —comentó.

Asentí con la cabeza, entré y cerré la puerta. Me sujeté al lavabo para no caerme. Me sentía un poco mareada, cerré los ojos para ver si se me pasaba. Al abrirlos vi mi reflejo en el espejo. Tenía un aspecto horrible. Estaba pálida, tenía moratones por la cara, la frente, el ojo y la barbilla. El corte de la frente se estaba cerrando y dejaba entrever una postilla marrón. Además, tenía ojeras y los labios agrietados. Instintivamente pasé mi mano por ellos, se me estaban despellejando. Paseé mi lengua húmeda, intentando hidratarlos un poco. Ver mi reflejo así me daba cosa, pero a la vez estaba contenta. Era libre, así que todo había merecido la pena. Me lavé la cara, me intenté peinar un poco con la mano. Encontré crema hidratante y me eché por la cara y los labios. Era de hombre, pero me daba igual. Como ya no podía hacer más por mi penoso aspecto, con cuidado me dirigí al baño. Después de desahogarme, fui a la puerta y la abrí. No muy lejos estaba Joaquín. En cuanto me vio se acercó a ayudarme.

—Dentro de poco te sentirás con fuerzas para hacer lo que quieras —contó.

—¿Cuánto tiempo he estado enferma? —pregunté.

—Tres días –respondió.

Así que hoy era viernes. Había estado tres días sin moverme de la cama, por eso me sentía tan atrofiada y cansada. Una vez en la cama me recosté. Tenía que recuperarme, ya que estaba abusando de la hospitalidad de Joaquín y no era justo.

—Te dejaré que descanses y luego pasaré a verte —dijo.

—De acuerdo —contesté.

Iba a intentar dormir para que mi cuerpo fuera ganando fuerzas.

—Hasta luego —se despidió y se marchó.

Me costó coger el sueño pensando en que iba a hacer una vez estuviera recuperada. ¿A dónde iba a ir? Al final el cansancio me venció, aunque estuve muy inquieta por los sueños. Abrí los ojos asustada. Al comprobar que seguía en casa de Joaquín me relajé un poco.

—¿Estabas teniendo una pesadilla? —Una voz me sobresaltó.

Cuando dirigí la mirada hacia donde provenía, encontré a una niña pequeña de unos seis años con el pelo castaño recogido en una coleta

de caballo. Estaba sentada a los pies de la cama, observándome con mirada audaz.

—No, solo era un sueño un poco raro —contesté para no asustarla diciéndole que era una pesadilla. Me incorporé y me senté en la cama.

Ella me miraba como inspeccionándome.

—¿Ya estás buena? —preguntó.

—Me encuentro mejor —dije.

—Llevas mucho tiempo en la cama, yo nunca he estado tanto tiempo durmiendo, debías de estar muy cansada — la pequeña.

—Sí lo estaba —manifesté. No sabía muy bien cómo dirigirme a ella.

—Me alegro de que ya estés bien, así podemos jugar, ¿quieres? Yo tengo muchos juguetes y muñecas y te las dejo. Jugamos a lo que quieras —dijo despreocupadamente.

—Me encantará jugar contigo —respondí.

Me regaló una gran sonrisa y me gustó hacerla feliz con tan poca cosa. Ahora que la miraba bien, me daba cuenta de que era una niña muy guapa. Además, se veía que era muy espabilada.

—Ahora tengo que hacer la tarea; si acabo pronto y me dejan, subiré para jugar contigo antes de irme a la cama —explicó.

—Vale —respondí.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? Yo me llamo Lucía, pero en casa me llaman Lucy —contó.

—Encantada de conocerte, Lucía, yo soy Claudia —le dije.

—Como somos amigas, me puedes llamar Lucy —indicó.

Me alegraba que me considerara una amiga con solo hablar unos minutos, se veía que era una niña muy cariñosa.

Llamaron a la puerta y entró Tomás.

—¿Qué haces aquí Lucy? —preguntó enfadado su hermano.

—Estoy hablando con mi amiga Claudia, que estaba solita y he venido a distraerla— manifestó.

Su hermano se quedó un poco impactado con la respuesta de la pequeña, pero al tiempo reaccionó.

—El tío ha dicho que no la molestemos y le has desobedecido —advirtió.

La pobre Lucía se entristeció al pensar que su tío se iba a enfadar con ella. No quería que la riñeran por haber ido a visitarme, además me había hecho pasar un buen rato.

—Pero no me ha molestado, al contrario, me ha alegrado el día así que debería premiarla por ello —intervine.

Lucía se entusiasmó con lo que yo había sugerido, mientras Tomás me miró con recelo. Al rato su semblante cambió al ver cómo su hermana se alegraba. Se notaba que la quería mucho y no quería verla triste.

—Ya veremos a ver qué opina el tío de eso —.

—Yo hablaré con él —indiqué a Tomás.

Este hizo un gesto con los hombros, como dándome a entender que hiciera lo que quisiera.

—Será mejor que vayamos a hacer la tarea —recordó a su hermana.

—¡Sí! —exclamó Lucía y se aproximó a mí. Me indicó con su dedo que me acercara a ella, así que agaché la cabeza y me dio un cariñoso beso en la mejilla.

Me pilló por sorpresa su expresión de afecto y me quedé con la mano en el carrillo donde me había plantado el beso. Que niña más dulce, me había ganado el corazón.

—Adiós —se despidió al tiempo que salía alegremente de la habitación.

No tardó mucho tiempo después en aparecer Antonio con un rico arroz para que cenara.

—Espero que te guste —comentó al tiempo que me dejaba la bandeja en la mesilla.

—Tiene una pinta buenísima, muchas gracias —agradecí.

—De nada —contestó mientras recogía el plato del caldo de la comida.

—Espero que pases buena noche —se despidió.

—Igualmente —contesté.

Al ver el arroz me entraron ganas de devorarlo y lo hice. Me encontraba cada vez mejor y tenía buen apetito, por lo que recuperaría las fuerzas pronto. Era de noche y deseaba que Joaquín se pasará a despedirse antes de que se acostará. Tenía ganas de verlo, era mi contacto con el exterior y además lo necesitaba. Esperé todo el tiempo que pude hasta que el sueño me venció y me dormí sin poder verlo.

Esa noche soñé con él. Hasta sentí sus labios en mi frente. Era como si me hubiera besado y me había encantado. Su olor impregnaba el ambiente y me reconfortaba. Dormí toda la noche sin pesadillas.

III

El sol de la mañana me despertó. Me estiré todo lo que pude en la cama. Había descansado como nunca y me encontraba reconfortada. Me senté y observé la hermosa habitación. Bebí un poco de agua del vaso que tenía en la mesilla y comprobé que no estaba el plato del arroz de la noche anterior. Pensé que se lo habría llevado Antonio durante la noche.

Me propuse levantarme, asearme y cambiarme de ropa. Llevaba puesta la camisa desde hacía ya demasiado tiempo. Ahora solo olía a mí en vez de a Joaquín. Con cuidado me levanté de la cama y me dirigí al baño. Todavía sentía las piernas un poco flojas, pero por lo menos me sujetaban. Entré al servicio sin problemas. Me dirigí al retrete y me desahogué. Después encendí la ducha. El agua salió fría, moví el termostato y puse agua caliente. Una vez que empezó a salir templada, me desnudé y me metí. Sentir el agua corriendo por todo mi cuerpo me encantó y me relajó. Cerré los ojos y por un instante tuve una visión de Joaquín y yo en la ducha. Era extraño. Parecía como un recuerdo, pero debía de ser un sueño. Estuve a remojo no sé cuánto tiempo, pero creo que bastante porque tenía las yemas de los dedos reblandecidas. Salí y me sequé con la primera toalla que cogí. Había empavonado el espejo, por lo que pasé la mano por él para limpiarlo. Al verme en el reflejo comprobé que tenía mejor aspecto que el día anterior: ahora por lo menos estaba sonrojada, aunque solo fuera por el agua caliente. Me sequé el pelo lo mejor que pude con la toalla. Me la coloqué alrededor del cuerpo y me dirigí a la habitación. Al abrir la puerta sentí el contraste del aire frío de la habitación con el microclima del baño y eso me provocó un escalofrió en el cuerpo que me puso la piel de gallina.

Busqué en la mochila algo limpio que ponerme. Escogí un sujetador y una braguita a juego de color negro. También un pantalón marrón, una camiseta y un jersey rosa palo. En mi neceser encontré un peine y me desenredé el pelo. Usé desodorante y un poco de colonia. Guardé la ropa sucia en la mochila. Me acerqué a la ventana para admirar el paisaje. Tenía ganas de salir de la habitación, bueno, mejor dicho, necesitaba salir de esas cuatro paredes.

Llamarón a la puerta y entró Joaquín. Se sorprendió al no verme en la cama y me imagino que también por verme vestida y aseada.

—Veo que hoy te encuentras mejor —manifestó.

—Hoy tengo ganas de moverme y no pasarme el día en la cama —le dije.

—¿Quieres bajar a desayunar con nosotros? —preguntó.

—¡Me encantaría! —grité de alegría.

—Genial, pues vamos —respondió y salió de la habitación.

Yo lo seguí. Me tuve que apoyar en la barandilla de las escaleras para no caerme.

—¿Necesitas que te ayude a bajar? —se ofreció Joaquín.

Pero yo no quería que viera que no estaba tan recuperada como intentaba aparentar. Así que me hice la valiente.

—No hace falta, gracias —dije.

Él asintió con la cabeza y esperó pacientemente a que acabara mi lento descenso. Una vez que bajé el último escalón me alegré por haberlo conseguido. Me lo había propuesto y lo había logrado. Sabía que era una tontería, pero para mí era una pequeña victoria. Había estado a punto de caerme por las escaleras dos veces, pero al final lo había conseguido. Si me proponía de verdad las cosas, podría conseguir lo que quisiera. Ahora me daba cuenta.

Joaquín, me miraba con una media sonrisa en la cara como si supiese la hazaña que había sido para mí, me gustó la sensación de que alguien se alegrase por mí.

Fuimos los dos juntos a la cocina. Allí estaba Antonio desayunando solo.

—¡Que aproveche! —dije.

—Gracias, veo que te encuentras mejor y me alegro —contestó.

—Sí, además tengo mucho apetito —hablé.

—Puedes comer todo lo que quieras —añadió Antonio.

Ese hombre me caía bien, aunque no era de grandes conversaciones, se notaba que se preocupaba por todos.

Me senté donde me indicó Joaquín. En seguida me sirvió un tazón de leche, galletas, tostadas e, incluso, me trajo cereales. Fui comiendo todo lo que me apetecía. Una vez que acabé me recogió la taza y los cubiertos para meterlos en el lavavajillas.

Antonio se marchó a hacer alguna cosa y Joaquín se puso a preparar el desayuno para los niños. Yo había acabado de desayunar y estaba parada sin saber muy bien qué hacer, pero como no quería estorbar, me levanté y fui al salón. La verdad es que me apetecía tomar el aire fresco. Me dirigí a la puerta de la calle, la abrí y salí al exterior.

El aire frío me encantó. Cerré los ojos y aspiré profundamente. El olor del mañana mezclado con el aroma de los árboles me envolvió. Los rayos del sol me acariciaban suavemente la cara. Volví a abrir los ojos. Todo me fascinaba y me relajaba, desde los árboles iluminados por la luz de la mañana hasta el sonido de los cantos de los pájaros. Me sentía tan a gusto que quería disfrutar un poco más de esa estupenda sensación. Vi a mi lado una silla y me senté. Recreándome con toda la belleza que me rodeaba. Ese sitio era fantástico y conseguía hacer que desconectara, dejándome llevar por la paz del

lugar. Ahora entendía por qué les gustaba vivir tan alejados y solos. Esa tranquilidad no la podían conseguir rodeados de casas y con el tráfico de los coches sonando. Ese entorno era silvestre y puro, y ese era un encanto que pocos sitios poseían.

Sentí algo sobre los hombros y, cuando miré, vi una manta. Joaquín acababa de ponérmela por encima para que no me enfriara. Le sonreí para agradecerle el detalle. Él me devolvió la sonrisa y pude ver el hoyuelo de su mejilla derecha. ¡Qué guapo era! Nos mantuvimos la mirada durante un instante sin romper ninguno el contacto, hasta que el ruido del interior de la casa hizo que Joaquín girara la cara. Parecía que los niños se habían despertado y habían bajado a desayunar.

Lo vi alejarse y entrar en la casa. Estuve observando la puerta para ver si volvía a aparecer. Después de un rato esperando como una tonta, volví la mirada al paisaje. Caí en la cuenta de que estaba empezando a ver a Joaquín de otra manera. Me di cuenta de que me encantaba tenerlo a mi lado y que con él cerca me sentía segura y tranquila. Además de que su intensa mirada me paralizaba el corazón.

Intenté eliminar esos pensamientos de mi cabeza, no podía encapricharme de él, yo no era lo suficientemente buena para Joaquín. Pensar así me entristeció, pero tenía que ser realista. Decidí seguir disfrutando del paisaje sin pensar en nada. Escuché unos golpecillos, miré hacia el lugar desde el que provenían. Era Lucía haciéndome señas desde la ventana del salón. Me indicaba con su pequeña mano que entrara y la obedecí. Entré en la casa y me dirigí a la alfombra donde ella me esperaba. Me ordenó que me sentará a su lado y así lo hice. La alfombra era de pelo largo y muy mullida. Lucía se acercó a un baúl que estaba a su lado y empezó a sacar juguetes de su interior. Muñecas, cacharritos y algo de ropita. En seguida me dio indicaciones de cómo jugar y yo la escuché atentamente. Después empezamos a jugar juntas. La verdad es que estaba disfrutando con ella y el tiempo pasó volando, cuando miré el reloj de encima de la chimenea vi que era la una. Todavía era pronto para comer así que continuamos jugando.

Tomás bajó de arriba con un balón y le preguntó a su hermana:

—¿Quieres que salgamos a jugar fuera a la pelota?

—No, estoy jugando con mi amiga —respondió.

No le hizo mucha gracia la respuesta de su hermana, pero asintió con los hombros y se marchó a la calle. No estuvo mucho tiempo jugando fuera y al rato entró.

Lucía era muy habladora, me contaba cosas del colegio, de sus amigas y de cualquier pensamiento que se le pasara por la cabeza. Me dijo que esa tarde tenía el cumpleaños de su amiga Sara y que iba a haber tarta y globos, y que se lo iba a pasar muy bien. Yo estaba segura de que era cierto, parecía muy extrovertida y que para ella era

muy fácil hacer amigas y pasárselo bien.

Todos en la casa estaban ocupados haciendo cosas, yo los veía bajar y subir atareados. Me sentía un poco culpable por no estar ayudando y pasarme la mañana jugando con Lucía, pero no estaba muy segura de en qué podría ayudar.

Antonio salió de la cocina y llamó a Tomás para que bajará a poner la mesa. Este obedeció en el acto y sin rechistar lo más mínimo. Se veía que estaba bien educado y era obediente.

Después de que Tomás hubo ayudado en la cocina, dijo a Lucía:

—Vete recogiendo que vamos a comer.

Como Lucía se lo estaba pasando muy bien le costó un poco obedecer, pero yo le insistí y la ayudé. Guardamos todo en el gran baúl. Después fuimos al baño que había en la planta de abajo a lavarnos las manos para comer.

Cuando entramos en la cocina todo estaba preparado en la mesa.

—Sentaos —ordenó Joaquín desde los fuegos de la cocina.

Todos obedecimos, yo esperé a que todos se sentaran y ocupé el sitio que quedó libre. Antonio y Joaquín presidían la mesa uno en frente del otro. A los lados de Antonio estaban, a su derecha, Lucía y, a su izquierda, Tomás. Yo me senté entre Lucía y Joaquín.

Este sirvió la comida. Había patatas con chorizo y tenían una pinta riquísima. Después repartió unos filetes de ternera exquisitos y muy tiernos. De postre sacaron fruta. Comí de todo y acabé saciada.

—Lucía será mejor que vayas a echarte una siesta o luego no aguantaras en la fiesta —recomendó Joaquín a su sobrina.

Esta asintió y se marchó acompañada por su hermano. Ayudé a recoger las cosas de la mesa. No podía evitar bostezar. Estaba cansada, me había pasado la mañana jugando con Lucía y me había agotado. Joaquín me agarró suavemente el brazo derecho y yo le miré.

—¿Por qué no te vas a acostar un poco? Se te ve cansada —me propuso.

Y como era cierto, no rechiste. Además, habíamos recogido toda la mesa, así que asentí y me marché al dormitorio. Cuando estaba subiendo las escaleras los pies me pesaban. Entré en el dormitorio, me dirigí a la cama y me desplomé encima de ella. No tardé nada en dormirme.

Cambié de posición en la cama y me desperté. Abrí los ojos y miré a la calle, todavía era de día, por lo que no debía de haber dormido mucho. Me desperecé un poco ya que estaba aún cansada pero no quería pasarme la tarde durmiendo. Me obligué a levantarme de la cama. Fui al baño a refrescarme la cara. Después cogí mi cazadora y bajé al salón. No escuché nada de ruido y cuando bajé no vi a nadie, ni en el salón, ni en la cocina. Miré el reloj y eran las seis y veinte, por lo que deduje que Lucía estaría en el cumpleaños. Me senté en el

salón, pero al ver todo tan tranquilo sin el alboroto de Lucía me entristecí. Me empezaba a dar cuenta de que no me gustaba estar sola y era raro, porque antes sí que disfrutaba con mi soledad. Incluso deseaba que Mateo se marchara y me dejara sola en casa. Pero ahora era distinto y no entendía muy bien a qué se debía.

Pensé que salir a dar un paseo por el bosque me sentaría bien. Lucía me había contado esa mañana que había un río cerca de la casa y que ella iba a allí con su familia a jugar en el agua. Me había explicado un poco hacia donde estaba, así que no debía de ser muy difícil encontrarlo. Me coloqué la cazadora y salí a pasear por el bosque. Me había contado que era saliendo de la casa a la izquierda y hacia allí me dirigí. Me adentré en el bosque y continué recto. Anduve un rato y no daba con el río. Empecé a dudar de que hubiera sido una buena idea adentrarme en el bosque guiada por las indicaciones de una niña de seis años. Además, estaba empezando a anochecer y podía perderme. Di la vuelta y deshice mis propios pasos. Un ruido detrás de mí me alertó. Me giré para ver si veía algo. La luz empezaba a ser cada vez más escasa y no distinguía bien las cosas. Debía darme prisa en volver, así que emprendí la vuelta a paso más rápido. Escuché otro ruido de ramas rotas detrás de mí, seguido de otro. Miré de soslayo por encima de mi hombro derecho y me pareció ver una sombra. Había alguien allí. ¡Mateo me había encontrado! La sola idea me aterrorizó. Salí corriendo como una posesa. ¡Me iba a atrapar! ¡Me llevaría de vuelta con él! Las ideas se me arremolinaban en la cabeza. Si me cogía estaba muerta. Había encontrado otro tipo de vida, sin miedo, sin dolor, incluso con amor y no quería desprenderme de ella. No quería volver con Mateo.

Corría con todas mis fuerzas y oía el ruido de ramas cada vez más cercano. Algo me estaba persiguiendo, de eso estaba segura. Solo podía ser que Mateo que me hubiera encontrado. Me había amenazado muchas veces con que nunca me dejaría escapar y sabía que cumpliría su palabra. Giré la cara para intentar verlo, pero solo vi sombras. Esa pequeña distracción hizo que no viera la rama delante de mí, que me golpeó en el costado derecho. Un gran dolor me atravesó, pero no podía detenerme o me atraparía. Corrí hasta que vi el claro y las luces de la casa. Si llegaba allí, estaba a salvo o por lo menos eso esperaba. Salí precipitadamente del bosque y allí delante a pocos metros estaba Joaquín. Me lancé a sus brazos sin pensarlo dos veces.

—¡Me persigue! —grité.

Joaquín me agarró fuertemente y yo me sujeté a él como si de un salvavidas se tratara. Estaba temblando de miedo y de la adrenalina de la carrera.

—Tranquila no te persigue nadie —intentó confortarme.

—Sí, es él —le dije.

Joaquín me miró entre intrigado y preocupado.

—Voy a echar un vistazo, espera aquí —indicó al verme tan asustada.

Yo obedecí y esperé a su regreso en el mismo sitio donde me había dejado.

Poco a poco fui recuperando el aliento. Mientras, miraba por donde había desaparecido Joaquín. En seguida reapareció del bosque. Yo seguía temblando de miedo. Se acercó y me colocó el brazo por encima de mis hombros. Yo me acurruqué en su costado, así caminamos hasta la casa.

—Habrá sido un animal salvaje, hay que tener cuidado, por aquí hay muchos —advirtió.

No estaba muy convencida de su respuesta, pero prefería mil veces que me hubiera perseguido un animal salvaje a Mateo. Cuando llegamos al porche, se separó de mí y se colocó delante. Nos quedamos allí quietos esperando a que yo me calmara para entrar. Joaquín colocó sus manos en mis brazos y las movió suavemente para que con la fricción entrara en calor.

—Solo ha sido un pequeño susto —intentó tranquilizarme.

Pero yo no podía parar de temblar. Tenía las manos apretadas una con la otra de lo nerviosa que me sentía. Joaquín me levantó la barbilla con la mano derecha. Nuestras miradas se cruzaron. Notaba que estaba preocupado por la expresión de sus ojos. Seguro que pensaba que era una estúpida y yo no quería que pensara eso de mí. Así que volví a bajar la mirada a mis manos. Joaquín volvió a levantarme la barbilla, pero esta vez no quitó su mano para evitar que bajara de nuevo. Su mirada esta vez era intensa y había algo distinto en ella, un brillo diferente. Vi cómo se acercaba lentamente a mí y no me moví. Estaba atrapada en su mirada. Cuando me quise dar, cuenta sus labios estaban a solo unos centímetros de los míos. Instintivamente los separé y él me besó. Sus labios eran muy suaves y su beso muy tierno. Se separó un instante de mis labios para ver mi reacción y después me volvió a besar. Yo acepté sus besos con un ansia que desconocía. Él encendía una pasión que no sabía que pudiera existir. Con su mano izquierda me acercó a él. Nuestros cuerpos estaban pegados el uno contra el otro. Podía sentir los latidos de su corazón, o igual eran los míos, que latían como un caballo desbocado. Nuestros besos cada vez se volvían más intensos.

—¡Tío! —alguien llamó desde la puerta de la casa.

Instintivamente me separé de él y me di la vuelta. Joaquín ni se movió. Al mirar de reojo vi a Tomás en la puerta de la casa observándonos. No habíamos escuchado que se había abierto de lo concentrados que estábamos. Yo me sentía acalorada y mi respiración estaba acelerada. Miré hacia el bosque intentando sosegarme un poco

y recobrar la compostura.

—¿Qué? —contestó Joaquín en un tono un poco frío.

—Me prometiste ayudarme con el trabajo de clase —explicó Tomás.

—Y tenía que ser ahora –contestó.

—Siempre dices que no dejemos para mañana lo que debemos hacer hoy —manifestó su sobrino.

—Me alegro mucho de que recuerdes mis refranes, pero eres un poco inoportuno –replicó Joaquín. Tomás sonrió sabía de sobra que nos había interrumpido y le hacía gracia—. Ahora entro —contestó Joaquín a su sobrino.

Este se metió dentro de casa sin rechistar nada más.

—Siento mucho… —empezó a decir Joaquín.

Rápidamente lo interrumpí, no quería que se disculpara por haberme besado, ya que a mí me había encantado.

—No hace falta que te disculpes —intervine sin dejarle hablar.

Al tiempo me alejé de él y me dirigí a la puerta de la casa, la abrí y la voz de Joaquín me detuvo.

—¡Espera! Creo que tenemos que hablar —dijo al ver mi expresión de preocupación.

Yo no quería que me dijera que se arrepentía de haberme besado y que había sido un error. No podía oír esas palabras. Ese beso, que para él seguramente no significaba nada, para mí había sido todo.

—Tengo que irme, es lo mejor —contesté y salí disparada al dormitorio.

No me detuve hasta que cerré la puerta de la habitación. Sabía que había dejado a Joaquín plantado en la calle, pero no tenía el valor de hablar con él.

La cabeza me daba vueltas, el corazón me latía como si se me fuera a salir del pecho. Me toqué la cara, estaba convencida de que tenía coloretes, me sentía las mejillas encendidas. No podía parar de recordar ese maravilloso momento. Me había gustado tanto… Sabía que una parte de mí había cambiado con ese beso. Mateo siempre me decía que yo no valía para nada y que nadie me querría jamás, pero no era cierto. Me podían amar y ese beso lo demostraba. Había llegado a la triste conclusión de que siempre estaría sola, ya que nadie podría aguantarme, ni quererme jamás. Mateo me lo había repetido tantas veces que yo lo creía, pero ahora me daba cuenta de que igual no era cierto. A lo mejor no era tan desgraciada como Mateo me decía. Joaquín era un hombre guapísimo, además de buena persona, y él me había besado. ¿Igual podría encontrar el amor y ser feliz al lado de un hombre? Ese beso me había dado una confianza que no tenía y que no buscaba. Por eso siempre recordaría ese primer beso de libertad y por ende a Joaquín.

Todo lo que estaba viviendo desde que había escapado eran

experiencias nuevas o por lo menos no recordaba haberme sentido así jamás. Comenzaba a encarrilar mi vida. Poco a poco sentía que me estaba encontrando a mí misma. Había tenido mucho valor al alejarme de mi maltratador y eso que no me veía capaz de hacerlo, pero lo había logrado. Había huido de él y de sus maltratos. Ahora además me daba cuenta de que todo lo que decía de mí podía ser mentira y de que existía la posibilidad de ser feliz lejos de él. Reí de felicidad. Fui a la cama y me tiré de espaldas en ella. Miré al techo y dejé que mi cabeza pensara en todas las cosas que Mateo había dicho de mí y que igual tampoco eran ciertas. No sé el tiempo que estuve cavilando, pero bastante. Me había dicho tantas cosas malas que había una lista muy grande. Que era horrorosamente fea e idiota, que no valía para nada, que tenía muy mal físico, que era estúpida, etc. ¡Dios mío! Cuantas cosas me había dicho. Menospreciándome siempre, y había llegado a creérmelo todo. Pero no podía ser tan horrorosamente fea si Joaquín me había besado… Cerré los ojos recordando ese maravilloso momento.

Llamarón a la puerta y apareció Tomás.

—Esta la cena preparada —informó.

—Gracias, ahora bajo –contesté desde la cama.

Tomás cerró la puerta y se marchó. Me levanté y fui al servicio. Me lavé la cara para refrescarme. Estaba contenta y animada, hacía mucho tiempo que no me sentía así. Incluso en la imagen que reflejaba el espejo veía a una mujer un poco distinta. Empezaba a sentir una seguridad y confianza que nunca había tenido y eso empezaba a notarse en mi aspecto exterior. Además, estaba dichosa y eso se percibía también.

Bajé rápidamente a la cocina. En la mesa estaban sentados todos menos Lucía. Me imaginé que habría acabado cansada de la fiesta de cumpleaños y que estaría acostada. Me coloqué en el mismo sitio que había ocupado por la mañana. La cena estaba servida: había ensalada, tortilla de patata, embutido y queso. En cuanto me senté empezaron a cenar. Todo estaba muy rico. Notaba que Joaquín me miraba de forma diferente y eso me hacía sentir incómoda. Su intensa mirada me hacía recordar el beso y no podía evitar sonrojarme. No quería que nadie supiera que nos habíamos besado, no fuera que pensaran mal de mí. Aunque deducía que Tomás nos había visto, esperaba que no comentara nada al respecto. Bajé la mirada a mi plato y solo lanzaba rápidos vistazos para no cruzarme con los penetrantes ojos de Joaquín. Durante la cena Tomás contó algo, pero yo no presté atención. La cena se me hizo un poco rara y larga. Cuando todos acabaron ayudé a recoger la mesa y en cuanto pude me escaqueé al dormitorio.

Esa noche soñé con la libertad, siendo feliz al lado de un hombre al

que no conseguía ver el rostro. Fue una noche estupenda.

—¡Vamos, despierta ya!

Una voz me despertó. Encima de la cama de pie estaba Lucía hablándome.

—Hola —saludé.

—Tienes que levantarte porque vamos a casa de Luis y Marta a montar a caballo –informó toda emocionada.

No tenía la menor idea de lo que hablaba, pero estaba tan eufórica que no quería molestarla preguntando. Así que la obedecí y me levanté de la cama.

—¿Estas son tus cosas? Qué pocas tienes —preguntó mientras miraba en mi bolsa.

—Me visto y ahora bajo —dije para que se quedará tranquila, ya que no paraba de moverse por la habitación.

—Pero tienes que darte prisa, desayunamos y nos vamos. Verás que bien nos lo pasamos —hablaba alegremente.

Dio un par de vueltas por la habitación y se marchó. Aproveché para ir al servicio y me aseé un poco porque no quería hacerla esperar. Después me vestí con unas mallas elásticas muy cómodas, una básica y un jersey gris. Cuando estuve lista cogí la cazadora y bajé a desayunar.

En la cocina estaban desayunando Joaquín, Tomás y Lucía. Me senté y cogí un poco de café y una tostada. La única que hablaba era Lucía contando todo lo que iba a hacer.

—Pienso montarme en Rayo, aunque me da un poco de miedo, mejor igual me montó en Rubí, que me gusta mucho, aunque ¿crees que podré ir sola cabalgando? —preguntó a Joaquín.

—Todavía eres muy pequeña para eso —respondió.

—¡Pero Tomy va solo! —insistió.

—Él es mayor y ya sabe controlar al caballo; tú dentro de poco podrás, pero por ahora debes tener paciencia —explicó Joaquín.

Parece que la respuesta no la convenció del todo, pero la hizo callar durante unos instantes. Acabamos y recogimos el desayuno Joaquín y yo.

—Id a por vuestras cosas que nos vamos —manifestó Joaquín a sus sobrinos.

Tomás hizo un gesto con la cabeza y se dispuso a salir cuando su hermana se paró en seco en la puerta.

—Claudia también viene, así que tiene que ir a por sus cosas —comentó a su tío.

Como no sabía muy bien dónde iban a ir y además no me habían invitado, fui yo la que respondí:

—Yo os esperaré en casa.

—Pero tienes que venir porque te lo vas a pasar muy bien. Vamos a

montar a caballo, además Marta hace unas tartas riquísimas —replicó Lucía un poco defraudada por mi respuesta.

No sabía qué más decirle, la pobre me miraba con unos ojillos que me partían el alma.

—Si te apetece venir con nosotros… —me invitó formalmente Joaquín.

Yo lo miré, no quería que se viera forzado a llevarme, pero en sus ojos no vi obligación si no ofrecimiento.

—Pero no sé si debo… —le dije a él en bajito.

—Estaremos encantados de que nos acompañes —respondió.

Dudé un instante. No estaba muy segura de lo que era correcto hacer. Por un lado, me apetecía ir y pasar un buen rato, pero por otro no debía encariñarme mucho con ellos puesto que tendría que acabar marchándome y sería aún más difícil si hacia cosas con ellos y les cogía más cariño. Lucía me agarró de la mano y tiró de mí. Estaba tan contenta de que los acompañara que no quería defraudarla.

—Iré —cedí al final.

—¡Bien! —gritó de alegría Lucía, me soltó la mano y salió corriendo de la cocina.

Observé a Joaquín para ver qué le había parecido mi respuesta. Él estaba ligeramente sonriendo, por lo que deduje que le parecía bien que los acompañara.

—Pasaremos todo el día en casa de unos amigos así que lleva todo lo que puedas necesitar —informó.

La verdad es que no sabía qué podría necesitar, además no me quedaba ropa limpia que poder llevar. Eso me recordaba que tenía que pedir a Joaquín que me dejara hacer una lavadora con mis cosas. Cuando volviéramos se lo diría, no podía postergar más el asunto.

—No necesito preparar nada —confesé.

Él asintió con la cabeza y, una vez que acabo de recoger todo, me dijo:

—Voy a ir a coger unas cosas, estate preparada que saldremos en cinco minutos.

—Vale —contesté.

Me quedé sola en la cocina sin saber qué hacer, aunque no tuve que esperar demasiado hasta que apareció Lucía corriendo.

—Estoy lista —dijo.

—Yo también —contesté.

Ella me sonrió y me dio la mano para que la siguiera. Me llevó hasta la puerta de la calle, donde había dejado una mochila muy colorida que era obvio que era la suya. Allí nos paramos y, como no me soltó la mano, no me separé de su lado. Esperamos a que los demás aparecieran. Joaquín vino primero cargando un maletín y una bolsa. Se acercó a nosotras y comentó:

—¡Qué rápidas son estas chicas!

Las dos sonreímos por su apreciación. Después recogió la bolsa de Lucía y sacó todo al coche. Esperamos allí a que bajara Tomás.

Joaquín entró y al ver que todavía no estábamos todos, lo llamó:

—¡Tomy!

Él aludido bajó con una mochila pequeña al hombro. Empecé a dudar de si debía llevar algo, aunque no sabía muy bien que íbamos a hacer, porque viendo lo preparados que estaban los demás igual sí que necesitaría ropa.

—Perfecto, ya estamos todos, vamos —intervino Joaquín.

Lucía tiró de mí hasta el coche y ya no me parecía bien subir a por mis cosas y hacerlos esperar por mi culpa. Recé para no tener que necesitar ropa de cambio en esa salida.

Lucía me soltó para poder subirse al coche. Como yo no sabía dónde sentarme esperé a ver dónde se colocaban los demás. Tomy se sentó detrás con su hermana y como quedaba hueco entre ellos fui a sentarme allí, pero Joaquín al verme me dijo:

—Ponte delante.

Obedecí y me senté en el asiento del copiloto. Cuando todos estuvimos bien atados, emprendimos el camino. En la radio sonaba una agradable música, por lo que todos íbamos callados escuchándola y no me veía capaz de romper el silencio preguntando a dónde íbamos. Así que me mantuve todo el camino callada y disfrutando del paisaje.

El viaje se hizo un poco largo. Dejamos la carretera convencional y emprendimos el trayecto por una carretera sin asfaltar, aunque mejor dicho era un camino de tierra y piedras. Seguramente yo con mi corsita no hubiera podido recorrer ni diez metros por el mal estado del camino, pero como Joaquín disponía de un todoterreno no tenía problema alguno en transitar por él. El trayecto por el camino fue más lento. Cuando al final llegamos a una cerca, Joaquín bajó del coche y la abrió. Después pasamos con el vehículo y tuvo que bajar de nuevo a cerrarla. Habíamos entrado en una finca particular que estaba vallada. Continuamos por el camino de acceso hasta llegar hasta una casa de piedra que tenía al lado un establo. Un montón de perros que estaban sueltos nos dieron la bienvenida ladrando y corriendo alrededor del coche.

Joaquín detuvo el coche al lado de un pequeño tejadillo donde había aparcados otros dos vehículos. De la casa salió una mujer de unos treinta años, rubia, con el pelo recogido en una coleta. Se acercó al coche saludando alegremente con la mano. Yo tenía un poco de miedo de salir del vehículo con tanto perro alrededor ladrando, pero a Joaquín y a los niños no parecieron asustarlos. En cuanto el coche estuvo bien detenido se desabrocharon los cinturones y abrieron las

puertas. Lucía salió corriendo y fue a saludar a la mujer. Tomás y Joaquín la siguieron. Como yo no quería ser menos, también bajé, pero no muy convencida. Los perros estaban entretenidos saludando a los niños y reclamando su atención, por lo que no me prestaron ninguna a mí. Me acerqué despacio hacía Joaquín y los demás, ya que estaban saludándose efusivamente y no quería estropear el momento, por lo que me mantuve a una cierta distancia. La mujer abrazó a Lucía y la besó, al tiempo que le preguntaba cosas y la niña le respondía. Después se acercó Tomás y también la abrazó afectuosamente y la besó. Ella también le dijo algo a Tomás que le hizo sonreír. Al final fue Joaquín y la rodeó con sus brazos y la besó. Se veía que se tenían mucho cariño, y no entendía muy bien porqué, pero me fastidiaba un poco. Cuando acabaron de saludarse la mujer se percató de mi presencia y preguntó sorprendida:

—¿Y tú quién eres?

Fue tan directa que me dejo sin palabras. ¿Qué le iba a decir? Que era una ocupa de la casa de Joaquín y que llevaba una semana gorroneando su hospitalidad sin contar nada de mi vida y sin aportar nada. Pensaría, sin lugar a dudas, que era una aprovechada y seguro que convencería a Joaquín para que me echara sin consideraciones. Me quedé helada y callada sin saber que contestar.

Joaquín debió de ver mi desazón porque fue él quien respondió:

—Es Claudia, una amiga de la familia.

La mujer me miró de arriba abajo como inspeccionándome, pero al final dijo:

—Soy Marta, mucho gusto. —Y me alargó la mano para que se la cogiera.

Yo le di mi mano a modo de saludo. Sentía que me miraba con desconfianza y recelo, pero no preguntó nada más.

—Vayamos a ver a Luis, que esta con los caballos —sugirió.

—¡Sí! —gritó alegremente Lucía.

Todos la seguimos hasta el gran establo. Tenía dos portones grandes de madera abiertos de par en par. Entramos y había caballos en sus rediles a los dos lados del pasillo. Blancos, marrones, negros y con manchas, todos eran distintos y muy bonitos. Nos dirigimos hasta la mitad del establo, donde había un hombre con un imponente caballo negro.

—Ya habéis llegado —dijo.

—Hola —saludamos todos.

Los muchachos se acercaron a saludarlo y Joaquín y yo nos quedamos a un lado mirando.

—Pero ¡qué grandes estáis! —opinó.

—Un poco —contestó Lucía.

—¿Le pasa algo a Thor? —preguntó preocupado Tomás acariciando

al caballo.

—Se hizo daño el otro día en una competición, espero que no sea nada y se recupere pronto —contó.

El caballo negro era enorme, incluso más alto que Luis. Tenía un porte, un pelaje y unas dimensiones que eran espectaculares. Aunque tampoco sabía yo mucho sobre caballos, se veía que lo cuidaban mucho y estaba casi segura de que era de pura raza.

—Bueno, será mejor que nos pongámonos a trabajar a ver qué le sucede a este precioso caballo —propuso Joaquín al tiempo que se acercaba y acariciaba el hocico del animal.

—Nosotros, si os parece bien, vamos a cabalgar por los alrededores y así pasamos la mañana mientras estos trabajan —sugirió Marta.

—¡Sí! —respondió Lucía emocionada con la sugerencia.

—Tened mucho cuidado —advirtió Joaquín. Parecía que se lo decía en especial a los muchachos, pero su mirada iba a mí. La verdad es que yo no tenía intención de montar.

—Vamos a preparar a los caballos —ordenó Marta.

Como Joaquín y Luís estaban trabajando y no quería estorbarles, acompañé a los muchachos y a Marta, todavía tenía la sensación de no saber muy bien cual era mi sitio.

Esta empezó a sacar caballos de sus rediles y a atarlos en una pared. Sacó un caballo marrón claro con el pelo rubio, después otro blanco y se detuvo en la puerta de otro caballo.

—¿Queréis cada uno un caballo o vais juntos? —preguntó mirándonos a Tomás y a mí.

Yo iba a decir que no quería montar, pero fue Tomás el primero en hablar:

—Soy mayor para ir con paquete.

No sé si fue como lo dijo o el enfado de su voz, pero me hizo sentir mal. Sabía que no le gustaba mucho mi presencia en su casa y ahora parecía que también lo molestaba estar ahí conmigo.

—Entonces uno para cada uno —resolvió Marta.

—No hace falta, yo no voy a cabalgar, gracias —dije.

—Pero tienes que venir, ya verás qué bien te lo pasas —interrumpió Lucía entristecida con mi respuesta.

—Es muy fácil, hasta un niño puede hacerlo —comentó Marta.

Sus palabras no me consolaron nada, al contario, me sentaron mal: parecía que en vez de ayudar me estaba llamando tonta.

—Gracias, pero no, prefiero quedarme aquí esperando —contesté.

—Si tú no vas a cabalgar, yo tampoco, porque no quiero que te quedes sola —intervino Lucía apenada.

Estaba tan triste… y yo no quería que se quedará sin cabalgar por mi culpa, así que tuve que ceder.

—Iré —cedí.

—¡Bien! —gritó Lucía eufórica.

—¿Has cabalgado alguna vez? —preguntó Marta mientras preparaba los caballos.

—Sí —respondí. Había montado una vez en una excursión del colegio a una granja escuela, aunque había sido a un pony y yo debía de tener unos diez años. No estaba segura de saber muy bien cómo se hacía, pero teniendo en cuenta que decía Marta que era fácil deduje que podría hacerlo.

Cuando los caballos estuvieron ensillados, Marta dio uno a Tomás y con los otros dos salió del establo. Tomás la siguió con el caballo y después fuimos Lucía y yo.

—Hola, Estela, vamos a pasear un rato — Lucía al caballo marrón.

—Légolas está impaciente por comenzar —manifestó Tomás al caballo blanco.

Acaricié a este último y también al negro, que por lo que parecía iba a ser el que yo llevaría.

—Tu caballo se llama Dante —contó Lucía.

—Hola, Dante —lo saludé.

Joaquín salió del establo y se acercó al vernos.

—Veo que ya estáis casi listos —comentó.

—¿Me subes? —preguntó Lucía a su tío.

—Claro —respondió.

Marta se subió ágilmente al caballo marrón y Joaquín colocó a Lucía delante de ella. Tomás necesitó un poco de ayuda, aunque no la quería. Yo miré el estribo del caballo que parecía estar a demasiada altura para poder poner el pie en él. Joaquín se acercó al verme tan indecisa.

Me puso sus manos con los dedos entrelazados y yo lo usé para impulsarme al caballo. Gracias a él fue fácil subir. Ahora que estaba encima del caballo pude darme cuenta de lo alto que era y lo lejos que parecía estar el suelo desde su grupa. Esperaba no caerme del caballo y averiguarlo.

Joaquín me observaba con preocupación.

—¿Estás segura de que quieres ir a cabalgar? —preguntó preocupado al ver la indecisión y el miedo en mi mirada.

La verdad es que no quería ir en absoluto, pero tampoco quería defraudar a Lucía, la miré de soslayó y vi lo contenta que estaba, no podía rajarme ahora. No me quedaba otra que ir a cabalgar con ellos. Aunque ahora desde la altura del caballo me daba cuenta de que era una muy mala idea.

—Aunque estás casi recuperada igual sería mejor que no cabalgaras, puedes quedarte con nosotros —sugirió Joaquín.

Sí que me veía con fuerzas de sobra para dar un paseo en caballo, solo esperaba que fuera un paseo tranquilo.

Negué levemente en respuesta a Joaquín. Este no se quedó muy convencido, pero no dijo nada más.

—Pasadlo bien entonces —dijo en alto para todos.

—Y, sobre todo, tened cuidado —comentó mirándome a los ojos.

Marta empezó a cabalgar y Tomás la siguió. Yo no estaba muy segura de lo que tenía que hacer para conseguir que el caballo anduviera, pero antes de que pudiera espolearlo, empezó a cabalgar y siguió al de Tomás. Estaba contenta de no tener que hacer nada y de que él solo lo hiciera todo.

Marta se giró para comprobar que la seguíamos.

—Muy bien, Tomás, mantén el ritmo, que Dante te seguirá —explicó.

Cabalgamos siguiendo un camino de piedras hasta que nos alejamos de la casa, después nos adentramos por el bosque. Íbamos despacio por lo que podíamos disfrutar del paisaje y del paseo. Al final, la experiencia estaba siendo bonita y me estaba gustando. El tiempo pasaba volando mientras cabalgábamos. Marta conversaba con Lucía de vez en cuando, mientras que Tomás y yo íbamos en silencio. Tanta tranquilidad y paz me gustaba, y me daba cuenta de qué bonito era ese estilo de vida. Yo, que era de una gran ciudad y que había ido muy pocas veces al campo, no estaba acostumbrada al silencio y a la tranquilidad, pero estaba segura de que podría acostumbrarme a vivir en un sitio así. Mi cabeza divagaba con esos pensamientos hasta que la voz de Tomás me interrumpió.

—Creo que va siendo hora de ver cómo corren estos caballos —sugirió.

—Estamos dando un paseo tranquilamente —respondió Marta.

—Esto es un rollo, hay que ir más rápido —insistió Tomás al tiempo que hacía que su caballo empezara a trotar.

—¡Tomás, no! —gritó Marta al verlo salir corriendo a todo galope.

Mi caballo, al ver que Légolas se alejaba corriendo, empezó a correr para seguirlo. Me agarré fuertemente a las correas para no caerme, pero me costaba mantenerme en la silla debido al trote alocado de Dante. Intenté recuperar el control del caballo con las riendas, pero no me hacía caso y corría cada vez más deprisa. Oía a Marta decir algo, pero no la entendía. Estaba asustada, nunca había galopado tan rápido y tenía miedo de perder el equilibrio y caerme.

Tomás corría como si alguien lo persiguiese y por lo tanto mi caballo iba igual de veloz. Lo único bueno es que el mío iba ganando y cada vez había menos distancia entre él y yo, incluso llegué a oírle decir:

—¡Veamos cómo saltas este arroyo!

Vi cómo Tomás y su caballo Légolas saltaban un arroyo sin problemas, pero cuando llegó mi caballo y saltó, perdí definitivamente

el equilibrio y caí de espaldas. Me detuvo una superficie dura que me golpeó en la espalda y la cabeza. Por un momento todo fue dolor, después sentí el agua helada por todo mi cuerpo. Miré hacia arriba y vi el cielo azul, estaba tan despejado y tranquilo que, por un instante, me olvidé de todo. El agua me iba empapando la ropa y el pelo, pero en ese momento nada me importaba.

Una cara se cruzó en mi visión: era Marta, que me decía algo que no oía. Me levanté un poco para sacar el agua de mis oídos y prestarle atención.

—Claudia, ¿te encuentras bien? ¿Te puedes mover? —me preguntó preocupada.

—Estoy bien —respondí instintivamente.

—Te has dado un buen golpe, ¿seguro que te encuentras bien? Ha sido muy fuerte. Podemos pedir ayuda —sugirió.

—No hace falta —dije al tiempo que me levantaba del suelo. Al hacerlo me di cuenta de que sentía dolorido el cuerpo por la caída.

Tomás y Lucía me estaban observando desde sus caballos con caras de susto. No quería que se preocuparan por mí, así que me aguanté el dolor como pude e intente que no se me notara. Por la expresión de Tomás deduje que se sentía culpable por el accidente, pero no estaba segura de qué decirle.

—¿Te has hecho daño? —preguntó tristemente Lucía.

—No, solo ha sido una caída tonta y es porque soy muy torpe —respondí para tranquilizarla y para que Tomás no se sintiera mal.

—Estás toda mojada —comentó Lucía.

Era cierto, estaba totalmente empapada desde la cabeza hasta los pies, pero no podía hacer nada al respecto, por lo que era mejor no darle importancia.

—No pasa nada, me secaré de regreso —indiqué.

Aunque mi respuesta no pareció convencer del todo a Lucía, que me miraba como dudando de que me fuera a secar de camino a la casa, y tenía razón. Hacía malo y estábamos lejos, así que iba a pasar mucho frío hasta llegar allí. Ahora me daba cuenta de por qué los muchachos traían ropa de cambio, era por si ocurría un accidente y se ensuciaban o mojaban. La pena es que yo no había traído nada de ropa que ponerme, por lo que no sabía qué iba hacer al llegar a la casa. Me tendría que acercar al fuego si quería secarme y entrar en calor.

—¿Te duele algo en particular? —preguntó Marta, que no paraba de revisarme con la mirada.

La verdad es que me dolía todo el cuerpo y un montón la espalda, pero no pensaba quejarme, había aprendido a no hacerlo, porque Mateo no lo soportaba y si lo hacía me castigaba por ello. Por lo que aprendí a aguantar en silencio el dolor.

—No —respondí intentando sonreír para tranquilizar a todos, pero

no me debió de salir muy bien porque todos me miraron con cara rara.

Tomás me acercó a Dante, que se había alejado del susto. Yo fui despacio hacía él y le susurré «no es culpa tuya», al tiempo que le acariciaba el hocico.

—¿Puedes cabalgar o llamó a Luis para que venga a buscarte? —preguntó Marta.

La verdad es que hubiera preferido ir en coche y no tener que volver a montar en caballo, pero no quería molestar a Joaquín y a Luis por mi torpeza. Ellos estaban trabajando y no era justo interrumpirlos por eso.

—Puedo cabalgar —dije.

—Como quieras —respondió no muy convencida por mi respuesta.

Me ayudó a subir al caballo y después se montó en el suyo. En cuanto puse mis nalgas en la silla todo el dolor se intensificó. Sentía pinchazos en la espalda que me recorrían desde el coxis hasta la nuca. No estaba segura de que fuera capaz de aguantar ese insoportable dolor mucho tiempo. Cerré los ojos fuertemente para evitar que se me salieran las lágrimas. Me hubiera gustado alejarme de ellos y llorar para desahogarme un poco, pero no podía, debía ser fuerte. Respiré hondo e intenté pensar en otra cosa.

Emprendimos el camino de regreso a la casa a un buen paso. Tomás iba con la cabeza gacha y lanzándome miradas de soslayo para comprobar que los seguía. Yo iba aguantando como podía. Estaba helada, la ropa se me pegaba al cuerpo y el aire frío que soplaba no ayudaba nada, por lo que no podía parar de tiritar. El camino de regreso se me estaba haciendo eterno. Las manos se me empezaban a entumecer y me costaba mucho sujetar las riendas del caballo. La muñeca izquierda se estaba amoratando e hinchando un poco. Debía de haberla apoyado mal en la caída y ahora se estaba resintiendo por el golpe. Solo esperaba que se curara sola, debía tener cuidado de que nadie se diera cuenta.

Después de lo que pareció una eternidad llegamos al camino de piedras y sentí un gran alivio, estábamos cerca de la casa. Aceleramos un poco el paso y no tardamos en ver el establo y la casa a lo lejos. Cuando llegamos, Luis salía del establo y se acercó a ayudarnos.

—¿Qué tal ha ido el paseo? —preguntó alegremente.

—Pues mal, Dante saltó un arroyo y tiró a Claudia —respondió Marta al tiempo que bajaba ágilmente del caballo.

Luis se quedó sorprendido por la respuesta y me buscó con la mirada. Al verme se le cambió la cara y fue corriendo hacia mí.

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupado.

—Sí —dije casi tartamudeando por el frío que tenía.

Me ayudó a desmontar del caballo y una vez en el suelo me quedé paralizada, no sabía qué hacer, ni a dónde ir para entrar en calor. En

seguida se me acercó Marta y me dijo:

—Será mejor que vengas a casa, tienes que entrar en calor o enfermarás.

Asentí y la seguí. Lucía y Tomás fueron ayudados por Luis a bajar de los caballos y después nos siguieron. Cuando estábamos cruzando por la puerta del establo Joaquín nos vio y nos preguntó:

—Hola, chicos, ¿cómo lo habéis pasado?

—Claudia se ha caído del caballo y se ha hecho daño —contó Lucía corriendo hacia su tío. Joaquín la agarró y la levantó en brazos.

—¿Qué dices? —interrogó a Lucía al tiempo que se dirigía con ella en brazos hacía nosotros. Yo no quería que me viera así y aceleré el paso hacia la casa. Marta, al ver que yo iba más rápido, apremió también su paso.

Tomás se detuvo a la altura del establo esperando a su tío, aunque se le veía cabizbajo. No miré más hacia atrás porque estaba segura de que si veía a Joaquín rompería a llorar. Tenía muchas ganas, estaba muy cansada, dolorida y helada para aguantar más tiempo. Además, cuando estaba cerca de él no conseguía ser tan fuerte como era delante de otras personas, él conseguía que me derrumbara y no quería hacerlo. Aunque una parte de mí deseaba que me abrazara fuertemente y me consolara, era mejor alejarme y recuperarme un poco antes de verlo.

—Claudia. —Oí que me llamaba.

Su voz, tan fuerte y viril, me detuvo en secó. No quería y no podía verlo en ese momento, no quería que se diera cuenta de lo tan hecha polvo que estaba, pero tampoco podía huir como un animal asustado. Marta me miraba mientras me debatía entre lo que hacer.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Joaquín muy cerca de nosotras. Debía de estar casi detrás de mí. Marta se giró y:

—El caballo saltó y Claudia se cayó a un arroyo.

—¿Estás bien Claudia? ¿Te duele algo? ¿Por qué demonios saltó el caballo un arroyo? —atacó a preguntas.

Marta no supo a qué responder primero y, como yo seguía sin moverme de espaldas a Joaquín, no sabía qué hacer. Él me agarró del brazo y me hizo girar. Yo agaché la mirada para no cruzarme con sus penetrantes ojos y además me tapé con la mano derecha la muñeca izquierda para que no viera lo hinchada que estaba.

—¿Te has hecho daño? —preguntó esta vez con un tono de voz más suave.

—¡No! —respondí.

Sabía que mi respuesta no lo iba a convencer. Lo miré un poco de soslayo, estaba preocupado por mí, se notaba.

—Será mejor que te revise por si tienes algo —sugirió. Levanté la mirada para suplicarle que esperara un poco; si me tocaba, rompería a

llorar. Necesitaba estar a solas para desahogarme. Joaquín parecía no percatarse de mi malestar y fue Marta la que intervino sugiriendo:

—Necesita primero entrar en calor, es mejor que se dé una ducha antes de que la revises.

Joaquín dudo un instante, pero no se opuso y se lo agradecí con una leve sonrisa. Giré y, acompañada de Marta, fui a la casa. Entramos y subimos a la parte de arriba. Estaba tan mal que ni cotilleé la casa, solo quería entrar en calor y la idea de la ducha me agradaba. Cuando estuvimos en la parte de arriba, Marta me indicó una puerta, era un baño.

—Aquí tienes toallas limpias y voy a traerte algo de ropa para que puedas cambiarte, ahora mismo vuelvo. —Y se marchó dejándome allí parada.

Miré un poco el baño, que era muy espacioso: había una ducha muy bonita, un lavabo y el retrete. Luego un mueble antiguo de donde había sacado las toallas y algún adorno por las paredes. Marta regresó en seguida y me prestó ropa limpia.

—Te he cogido unas mallas, una camiseta, una sudadera y una muda limpia —comentó.

Yo me quedé mirando la ropa: era muy maja prestándomela sin conocerme.

—No te he traído un sujetador porque no te van a valer los míos, lo siento —se justificó señalando sus pechos.

No me había dado cuenta de que no había sujetador; de todas formas, le agradecí el detalle.

—Muchas gracias por todo.

—Es lo menos que puedo hacer, siento tanto que te cayeras del caballo… Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que pedírmelo —explicó.

Asentí con la cabeza y se marchó. Me quité la cazadora y la dejé en el suelo, en un lado, porque no quería ensuciar mucho. Después me desnudé y me metí en la ducha. El agua caliente me reconfortó un montón. En seguida entré en calor. Cogí prestado un poco de jabón para lavarme el pelo. Cuando terminé, salí con más fuerzas de la ducha. Aun así, me dolía un montón la espalda y la mano izquierda no podía moverla de lo inflamada que se había puesto. Me vestí con la ropa que me había prestado Marta y me quedé sin sujetador, ya que el mío seguía mojado. Recogí la ropa del suelo y salí del baño. De una habitación cercana salió Marta y me quitó mi ropa mojada.

—La voy a lavar ahora mismo y la pondré en la secadora, para cuando os vayáis estará seca —dijo y se marchó velozmente por las escaleras.

—Gracias —le agradecí el detalle mientras se alejaba.

—¿Has entrado en calor? —La voz me sobresaltó.

Me giré, allí estaba Joaquín en la puerta de la habitación de donde había salido Marta.

—Sí —respondí tapándome un poco la muñeca izquierda con el puño de la sudadera.

—Por favor, ven aquí —me pidió.

Lo miré sorprendida por su petición. Mi primer impulso fue huir, pero sabía que él no me iba a hacer daño, así que obedecí y me dirigí hacía él.

—Entra —indicó.

Seguí su orden y entré en una habitación que parecía de invitados, ya que no había nada personal adornándola.

Cerró la puerta tras de mí y por un momento me asusté. Lo miré con ansiedad, pero él no estaba enfadado; al contrario, parecía preocupado.

—Quiero comprobar que estás bien: las caídas de caballo son muy malas y puede que con el calor del momento no te hayas dado cuenta y tengas algo roto —explicó.

Asentí, sabía que si no lo dejaba revisarme no se quedaría tranquilo. Se me acercó despacio y me colocó las manos en el cuello. Me hizo unos movimientos de un lado para otro y de adelante hacía atrás. Después se puso detrás de mí y me pidió:

—¿Puedes quitarte la sudadera?

Me la quité sin rechistar, aunque no estaba cómoda, ya que no llevaba sujetador y la camiseta que me había prestado Marta me estaba un poco justa: se me marcaba todo. Me puso las manos en la espalda y me fue palmando de un lado a otro. Había sitios donde me tocaba que me dolían al contacto. Intentaba no decir nada, pero sin querer me movía al sentir la presión de sus dedos. Me levantó lentamente la camiseta. Me asusté al darme cuenta y paró.

—Solo quiero comprobar si tienes magullada la espalda —explicó.

No sabía qué debía hacer. Él solo quería ayudarme y sabía de sobra que podía confiar plenamente en él. Me agarré como pude la camiseta, ya que la muñeca me dolía mucho, y me la quité. La respiración de Joaquín se aceleró un poco y la mía también. Oculté mi desnudez con las manos y con la ayuda de la tela de la camiseta.

Sentí las manos calientes de Joaquín recorriéndome la espalda y esa sensación me gustó. Sus dedos eran suaves y me acariciaban lentamente, por un instante me olvidé del dolor.

Tampoco me sentía incomoda por mi desnudez, al contrario: era tan íntima la situación que me estaba excitando. Su respiración era acelerada y mi corazón empezó a latir rápidamente. Cerré los ojos para disfrutar más de las suaves caricias. Nunca había estado así con nadie a parte de Mateo y me agradaba sentir esa intimidad de pareja. Estaba muy a gusto, hasta que tocó un sitio que me hizo quejarme de

dolor haciendo que todo ese momento mágico e íntimo se esfumara de golpe.

—Te van a salir unos buenos moratones en la espalda, pero no parece que tengas nada roto —comentó seriamente.

Era tan profesional… Yo estaba disfrutando de sus caricias por mi piel y él me estaba revisando como un médico. Una punzada de decepción me invadió. Se veía que para él esto había sido distinto que para mí. Pero ¿cómo no iba a ser así? Yo era muy poca cosa para Joaquín y a veces lo olvidaba y luego era peor porque recordarlo me entristecía. Cada día que pasaba me daba cuenta de que me gustaba más su compañía y buscaba agradarlo, pero parecía que él me veía solo como una amiga y no como una mujer.

—Si tomas un paracetamol o ibuprofeno, te dolerá menos la espalda —agregó.

No respondí, estaba triste. Deseaba que me abrazara y me besara.

—¿Puedo vestirme ya? —pregunté rompiendo el incómodo silencio.

—Sí, claro, he acabado —contestó Joaquín alejándose un poco de ella para darle espacio.

Intenté ponerme la camiseta sin moverme demasiado y al hacerlo me hice daño en la muñeca. Por lo que la cara me cambió por el dolor y me detuve para coger aire. Cada vez me dolía más y me era más difícil moverla. Volví a intentar ponerme la camiseta y Joaquín me vio entonces la muñeca izquierda inflamada.

—Pero ¿cómo tienes esa mano? —preguntó—. Déjame verla.

Yo no quería que me revisara más, solo deseaba irme y estar sola.

—Está bien, no le pasa nada —respondí al tiempo que intentaba huir de la habitación y ponerme la camiseta.

—Espera —gritó.

Me paré cerca de la puerta para acabar de meter la cabeza por la camiseta y lo conseguí, aunque con esfuerzo. Me la coloqué bien y supliqué:

—Solo quiero irme.

Joaquín se me acercó y me acarició la espalda cariñosamente. Él sabía de sobra cómo convencerme. Ese pequeño gesto hizo que mi obstinación se esfumara, al fin y al cabo, él no tenía la culpa de nada, solo quería ayudarme y yo no podía enfadarme porque no sintiera lo mismo que yo.

—Ven —susurró dulcemente.

Me giré y le miré a los ojos. Había algo diferente en ellos, pero no sabía qué era. Me fue guiando con su mano hasta la cama. Hizo que me sentará y se colocó en frente. Me pidió la mano con un gesto, yo le di la derecha. Él sonrió con malicia: sabía de sobra que esa no era la mano. Acercó su mano y me agarró delicadamente la izquierda. La

revisó e intentó moverme la muñeca y, al hacerlo, me quejé por el dolor:

—Ah.

—Parece que te has hecho un esguince y, por como lo tienes, yo diría que es de segundo grado —comentó. Yo lo miré sorprendida por su diagnóstico tan preciso—. Igual no sabes qué significa lo que acabo de decir; es que tienes los ligamentos de la muñeca parcialmente rotos. No necesitas una operación, pero tendrás que estar un tiempo sin mover la muñeca —informó como todo un médico.

Eso era una faena, estar sin mover la mano izquierda; pero, si no quedaba de otra, me aguantaría.

—Hay que ponerte hielo para bajarte la inflamación y después vendarte la muñeca para que no la muevas y así se reducirá la hinchazón —reveló.

—No creo que sea para tanto, seguro que se cura sola —intervine.

Me miró sorprendido por mi comentario, pero solo añadió:

—Espera aquí que voy a por hielo y unas vendas. —Iba a replicar, pero no me dejo—. Ahora vengo.

Se marchó y aproveché para ponerme la sudadera. La verdad es que la mano me dolía cada vez que la movía y la tenía tan hinchada que progresivamente era más difícil hacer cualquier cosa con ella, pero seguía pensado que no era para tanto. Me levanté y me dirigí a la puerta para irme, pero cuando la abrí Joaquín ya estaba de vuelta. Mierda, pero cuánto había tardado en ponerme la sudadera que él ya había vuelto con él hielo y la venda.

—¿Ibas a algún sitio? —preguntó con guasa.

No repliqué porque me había pillado y no podía alegar nada. Nos sentamos de nuevo en la cama, me arremangó la sudadera y me puso hielo en la muñeca.

—Tendrás que ponerte hielo dos o tres veces al día durante una semana por lo menos —comentó.

Asentí para que se quedará tranquilo, ya que la verdad no tenía mucha intención de hacerlo.

Tanto frío en la muñeca me dio un escalofrío y los pezones se me erizaron, menos mal que me había puesto la sudadera porque, si no, hubiera sido una situación muy incómoda. Solo de pensarlo me sonrojé. Joaquín, que me miraba, se percató de mi sofoco porque me dijo al tiempo que me ponía la mano en la frente:

—Estás un poco colorada, ¿no tendrás fiebre? —Casi me parto de risa en su cara, estaba sonrojada por otra cosa y no porque estuviera enferma, pero claro él no podía saberlo—. No parece que tengas fiebre –comentó al final quitándome la mano de la frente.

—Creo que no —respondí riéndome un poco.

Él me miraba como si fuera una loca, no entendía por qué me

estaba riendo y yo no pensaba contárselo. Cuando se me pasó la broma y me puse sería otra vez, le dije para apremiarlo:

—Me gustaría bajar con todos.

No me gustaba cómo me trataba Joaquín, de una forma tan profesional y distante, me recordaba a los médicos que me habían tratado alguna vez. De esa forma tan fría e impersonal, como si no me conociera. Me sentía muy incómoda en ese momento.

—De acuerdo, voy a inmovilizarte la muñeca con este vendaje para limitar los movimientos y así dar reposo a los ligamentos lesionados —explicó mientras procedía a vendarme la muñeca.

Cuando termino, me puso un cabestrillo con un pañuelo y me colocó el brazo en alto.

—Debes llevarlo así durante dos semanas, e intenta mover los dedos de vez en cuanto para activar la circulación. Además, tienes que tomar un ibuprofeno para la inflamación cada ocho horas —prescribió.

La verdad es que con el cabestrillo iba a ser difícil hacer cosas, pero no quedaba de otra.

—Gracias —agradecí por la revisión médica.

Me levanté de la cama y me dispuse a salir.

—¿Te pasa algo? —preguntó Joaquín.

Ese hombre estaba empezando a conocerme muy bien, además no era justo para él que yo lo tratara de una forma tan distante.

—Nunca me han gustado los médicos —confesé y salí de la habitación dejándolo allí plantado.

Necesitaba relajarme y, como no sabía a dónde ir, fui al baño en el que me había duchado. Entré en él y cerré con llave. Cogí aire. Me sentía triste por cómo lo había tratado, a él, que siempre había sido bueno conmigo, pero los médicos me ponían nerviosa. Además, para mí, sentir sus dedos en mi piel había sido algo maravilloso, pero parecía que para él solo era una enferma más. Me estaba haciendo falsas ilusiones con nuestra relación y debía empezar a ser realista; igual él no sentía nada por mí y solo me apreciaba, nada más. Incluso quizás me tenía lástima.

En mi cabeza todo era confuso, solo había tenido una relación y la verdad es que no podía tomarla de ejemplo. Para él igual solo era una mujer más, porque estaba convencida de que había habido muchas en su vida. En cambio, para mí era algo único e increíble.

No pude aguantar más y las lágrimas salieron de mis ojos sin poder evitarlo. Me costaba mantener la compostura. Debía ser más distante con la relación con Joaquín si no quería acabar enamorándome de él y sufriendo. Estuve en el baño el tiempo necesario para recomponerme. Me eché un poco de agua con la mano y salí. Bajé las escaleras y allí en el salón encontré a los muchachos y a Luis preparando la mesa para comer. Me dirigí hacia ellos y pregunté:

—¿Puedo ayudar en algo?

—Está todo listo, solo hay que sentarse —respondió Luis.

Los muchachos obedecieron y se sentaron. Lucía me indicó una silla a su lado y allí me coloqué. Al rato aparecieron Joaquín y Marta con la comida. Había pollo asado y ensalada.

Luis presidió la mesa y Joaquín se sentó enfrente de él. Marta empezó a servir el pollo y después se sentó. Cuando todos tuvimos el plato lleno, empezamos a comer. Joaquín entabló conversación con Luis sobre un tema de caballos, los demás escuchábamos sin intervenir. Entre conversación y conversación la velada fue tranquila y amena. Yo no tenía muchas ganas de hablar por lo que solo escuchaba sin más. La espalda cada vez me dolía más y la muñeca también, por lo que no tenía mucho ánimo para nada. Joaquín me dio un ibuprofeno para que me tomara después de la comida y lo hice.

La comida se alargó un poco con los cafés y el postre. Cuando quisimos acabar eran ya las cinco y media de la tarde. Los muchachos se habían ido hacía un rato al sofá a ver la televisión y a mí me habría encantado acompañarlos, pero hubiera sido descortés dejar a los adultos plantados en la mesa. Al acabar decidieron salir a jugar al jardín por sugerencia de Lucía.

Así que todos ayudamos a recoger la mesa llevando las cosas a la cocina. Allí había una puerta que daba a un pequeño jardín que no se veía desde la parte delantera de la casa. Era un rincón muy acogedor y bien cuidado. En el porche había unas sillas y una mesa de madera rodeadas de algunas macetas con plantas. En el jardín había más plantas mezcladas con algún pequeño arbusto, lo que daba a todo un toque muy silvestre pero cuidado. «En primavera debe de ponerse precioso ese jardín», pensé para mí.

Los demás bajaron a un trozo de césped para jugar a la pelota. Como yo no quería jugar, además de que no me veía con fuerzas después de la caída, me senté para verlos. Marta sí que fue a jugar un poco con todos, pero al rato se excusó y vino a mi lado.

—¡Qué cansado es esto de jugar! —comentó tirándose en la silla de al lado.

Yo le sonreí como respuesta.

Las dos observábamos cómo jugaban los demás. Joaquín iba con Lucía y en el otro equipo Luis y Tomás. Yo no sabía muy bien a qué estaban jugando, no entendía del todo las reglas porque de repente podían coger el balón con las manos y otras veces lo golpeaban con el pie. La verdad es que se veía que disfrutaban jugando a su modo y eso en el fondo era lo que importaba.

—¿Hace mucho que conoces a Joaquín? —me preguntó Marta.

Su pregunta me descolocó, no quería mentirle y tampoco contarle todo, por lo que respondí:

—Se puede decir que no.

Pareció que mi respuesta la había convencido, puesto que no insistió para saber el tiempo exacto.

—Yo lo conozco desde el colegio, estudiamos todos juntos —contó.

—Entonces sois amigos desde hace mucho tiempo —comenté.

—Muchos años, aunque nunca hubiéramos imaginado que íbamos a acabar todos aquí. Teníamos los tres muchos sueños y todos eran fuera de este pueblo. Pero la vida da muchas vueltas y al final acabamos los tres volviendo —desveló Marta.

—Se os ve muy felices aquí —comenté.

—La verdad es que lo somos, pero no era nuestro primer sueño montar este negocio. Nosotros igual que Joaquín nos fuimos a una gran ciudad. Buscábamos el cambio de tanta monotonía y teníamos muchos sueños e ilusiones. Estuvimos unos años intentando adaptarnos a la vida allí, pero no conseguíamos ser felices. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que ese no era nuestro sitio, la ciudad no estaba hecha para nosotros. El estilo de vida de las grandes ciudades con tanto trajín, ruido, contaminación y tráfico nos provocaba mucho estrés. Por lo que decidimos regresar y compramos las tierras a mi padre para montar este negocio —contó.

—Aun así, fuisteis muy valientes —opiné.

—En esta vida hay que ser valiente e intentar las cosas. A nosotros nos valió para darnos cuenta de lo que realmente queríamos. Siempre habíamos adorado a los caballos y todo su mundo. Así que cuando montamos la caballeriza, aunque al principio costó mucho dinero y esfuerzo, pronto todo mereció la pena. Criamos unos caballos magníficos. Además, ahora también hacemos rutas para la gente a parte de las competiciones y exposiciones en las que participamos —explicó.

—Al final también cumplisteis vuestro sueño —añadí.

—Completamente, incluso mejorado —contestó.

Se veía que Marta era un mujer valiente y fuerte. Ojalá pudiera ser yo como ella. Al mirarla se veía que no tenía miedo a nada. No como yo, que me daba miedo todo, incluso relacionarme con más personas. Debía intentar parecerme a ella, o por lo menos a su fuerza interior.

—Chicas, ¿por qué no nos traéis algo para beber? —preguntó Luis desde el jardín.

—Tengo sed —añadió Lucía.

—Ahora mismo traigo una limonada para todos —respondió Marta, al tiempo que se levantaba en dirección a la cocina.

Todos dejaron de jugar y se acercaron al porche. Lucía se me recostó en las piernas y me dijo:

—Estoy cansada de tanto correr —dijo, al tiempo que sacaba la lengua en una mueca muy graciosa.

—Veo que es cierto —le dije acariciándole la mejilla.

Esa niña era adorable y me había ganado el corazón con su desparpajo y su alegría. En un arrebato le di un beso en la cabeza. Lucía ni se percató y me arrepentí al momento. No podía tomarme esas confianzas con ella porque igual a los demás no les parecía bien. Levanté la mirada hacia Joaquín y pude ver que había presenciado toda la escena, aunque en su expresión no había enfado y en un momento se me disipó el malestar. Estaba segura de que no le había molestado el beso cariñoso que le había dado a su sobrina.

Apareció Marta con una bandeja con vasos y una jarra de limonada. Lucía se separó como un resorte de mí y fue corriendo a por un vaso. Fue la primera a la que Marta sirvió, después continuó con los demás.

La limonada estaba muy fresca y rica.

—¿Qué os parece si entramos a jugar a un juego de mesa? —sugirió Luis.

—Genial —respondió Lucía entusiasmada por la propuesta.

Ayudé a Marta a recoger los vasos y entramos todos a la casa. En poco tiempo Lucía ya había decidido a qué jugar. Entre todos había escogido el Pictionary, un juego de pintar.

Hicimos equipos, los chicos contra las chicas, y así jugando pasamos la tarde entretenidos. Se hizo la hora de cenar y Luis y Marta insistieron en que tomáramos algo para llegar a casa cenados. Prepararon embutidos, queso y una empanada que hicieron. No nos entretuvimos demasiado porque ya eran las nueve y media de la noche y debíamos volver.

Nos acompañaron hasta el coche.

Marta se me acercó y me entregó una bolsa con mi ropa.

—Al final se ha secado todo.

—Espera que me cambio y así te puedo devolver la ropa que me has prestado —dije al tiempo que me dirigía de nuevo a su casa.

—No hace falta, llévatela y ya me la devolverás otro día.

—Pero… —repliqué. Ya que no estaba segura de si volvería a verla.

—Piensa que así tienes una excusa para regresar a visitarme —añadió.

No sabía que contestarle; de todas formas, siempre podía decirle a Joaquín que se la devolviera por mí.

—Muchas gracias por todo —agradecí.

—Ha sido un placer y siento mucho la caída del caballo —se disculpó ella también.

—Ya no me duele nada —contesté, aunque era mentira.

Nos despedimos y nos marchamos. Lucía en seguida se durmió. Tomás se puso a escuchar música con unos auriculares mientras miraba por la ventada inmerso en el paisaje.

—¿Te lo has pasado bien? —me preguntó despreocupadamente

Joaquín.

—¡Genial!, Marta y Luis son encantadores —respondí.

—Son buena gente y grandes amigos de la familia —añadió.

—Me ha contado que estudiasteis juntos —comenté intentado entablar una conversación.

—Sí, veo que Marta te ha informado bien —dijo.

No sabía si había sido indiscreta al contarle eso, igual debía haberme callado y esperado a que él me lo contara. Seguramente pensaba que era una cotilla.

—Yo, lo siento, pensé… —intenté arreglarlo.

Joaquín me miró sorprendido por mi comentario y añadió:

—No tienes por qué disculparte, si me encanta que Marta te haya contado cosas, así me conoces mejor.

Quería que lo conociera mejor, eso me descolocó y me dejo sin palabras. Él mantenía una leve sonrisa en la cara por lo que deduje que también se había sorprendido por su propio comentario. Hicimos el resto del camino callados.

Cuando llegamos a su casa, Joaquín agarró a Lucía y la metió en brazos en casa. Tomás recogió las bolsas del coche y yo me dirigí a la casa.

—Claudia —me llamó Tomás. Me giré y lo miré—. Siento mucho que por mi culpa te cayeras del caballo —se disculpó.

Se le veía muy arrepentido y triste.

—No es culpa tuya, es que soy muy torpe y no debía haberme montado —indiqué.

Él me miró confuso por mi respuesta.

—Eres la primera persona que conozco que siempre admite las culpas, incluso si no son suyas —comentó. Hice un gesto de hombros como indicando que yo era así.

—Fue culpa mía y solo mía y te pido que me perdones —dijo Tomás.

—Pero… —intervine.

—Solo dime que me perdonas, no es tan difícil —insistió.

—Yo no tengo que perdonarte nada, no fue culpa tuya —repliqué de nuevo.

—Eres increíble, no puedes intentar siempre que la gente se sienta bien a costa de negar sus culpas y cargarlas como tuyas, eso no está bien —regañó.

—No tienes la culpa de todo lo que pasa a tu alrededor —intervino de nuevo.

Ese muchacho me estaba demostrando lo que yo hacía sin darme cuenta. Llevaba tanto tiempo admitiendo los errores de todo lo que pasaba a mi alrededor que deje de darme cuenta de que en verdad no eran todos por mi culpa.

—Sé que no te das cuenta y que lo haces sin mala intención, pero del accidente del caballo solo yo tuve la culpa y por ello te pido nuevamente perdón y deseo oírte decir que me perdonas —suplicó.

—Te perdono —respondí.

—Gracias. La gente tiene que sentirse mal por lo que hace, así se aprende a no volver a cometer los mismos errores —añadió antes de irse.

Ese muchacho era muy sabio y me había dado una gran lección de vida. Cuando hubo entrado en casa, lo seguí. Me fui al dormitorio y me tiré en la cama. Había sido un día muy intenso y accidentado. Sin darme cuenta, me quede dormida.

IV (el despertar)

Cambié de posición y una punzada de dolor me despertó. Sentía la espalda agarrotada y me dolía con cada movimiento. La caída del caballo al final me estaba pasando factura. La muñeca izquierda también la sentía dolorida, aunque no era nada comparado con el malestar que tenía en la espalda. Me costaba hasta incorporarme en la cama. Decidí que era mejor no moverme para ver si se me pasaba, pero no había manera: el dolor era intenso y no desaparecía.

Por un momento hasta dudé de si me había roto algo, aunque sabía que no podía ser porque Joaquín se hubiera dado cuenta al revisarme. Intenté leer un libro para olvidar el sufrimiento, pero no había manera, nada funcionaba. Tendría que aguantar como pudiera. No sabía qué hora era, pero debía bajar a desayunar si no quería que Joaquín se diera cuenta de que me sucedía algo. Quise levantarme de la cama, pero no pude: el dolor era demasiado fuerte. La postura con la que más cómoda me encontraba era tumbada, así que me recosté y aguanté en silencio.

Llamarón a la puerta y di mi permiso para entrar. Apareció Joaquín con un vaso de agua en la mano. Al verme debió intuir algo por su pregunta:

—¿Te encuentras bien?

—Sí —mentí.

—No es cierto y no debes aparentar ser fuerte ante mí, yo ya sé que lo eres —manifestó.

La verdad es que no sabía por qué lo hacía, creo que con el paso del tiempo había aprendido a fingir estar mejor de lo que verdaderamente estaba para así evitar que la gente me preguntara más. Pero ahora me daba cuenta de que no hacía falta hacerlo o por lo menos no con Joaquín.

—¿Te duele la espalda? —preguntó de nuevo.

—Sí —contesté esta vez con la verdad.

—Te he traído unos analgésicos para el dolor porque sabía que hoy te iba a doler mucho más que ayer —indicó.

—Gracias —contesté.

—Mi padre te traerá ahora el desayuno y después tomate estas dos pastillas, son para la inflamación y el dolor. Tienes que tomarlas cada ocho horas y siempre después de las comidas —explicó.

—Vale —respondí.

—Una vez que te las tomes notarás la mejoría en una media hora,

aunque sería recomendable que hoy guardaras reposo —propuso.

—Pero es que ya he pasado demasiado tiempo en la cama y quiero colaborar ayudando en lo que sea –repliqué.

Me sentía una auténtica gorrona, todo el tiempo recibiendo y sin dar nada a cambio. Empezaba a sentirme verdaderamente mal por aprovecharme de su gran generosidad.

—Mañana estarás mejor y, si de verdad quieres ayudarnos, hoy recupérate —pidió Joaquín.

Pensaba replicar, pero su intensa mirada reflejaba preocupación por mi bienestar y no era justo que tuviera que estar pendiente de mí con todas las cosas importantes de las que tenía que preocuparse.

—Está bien —cedí.

Mi respuesta le hizo sonreír de una forma muy dulce. Después se acercó para revisarme la muñeca. Se sentó al lado de la cama donde tenía la mano y con gran delicadeza procedió a quitarme el vendaje.

—Parece que por lo menos el esguince va mejor, la hinchazón va remitiendo —explicó. Yo ni siquiera lo miré, no podía apartar los ojos de él y de su preciosa sonrisa. Volvió a colocarme el vendaje y cuando acabó levantó la mirada hacia mí—. Intenta usar lo menos posible esta mano —indicó.

Asentí con la cabeza, pero no estaba prestando mucha atención a sus recomendaciones porque estaba inmersa observando detenidamente las facciones de su cara. Tenía una incipiente barba de unos días que estaba convencida de que rasparía al contacto. Sus labios eran carnosos y no sabía por qué, pero ansiaba besarlos y probarlos de nuevo. De manera instintiva, me mordí suavemente mi labio inferior. Al tiempo que notaba como me ruborizaba por mis pensamientos lascivos, pero no pude evitarlos. Siguiendo con mi indiscreta inspección llegue a sus ojos y me sorprendió comprobar que él también me estaba mirando. Sus penetrantes ojos castaños oscuros me habían descubierto, pero su mirada no era acusadora, ni siquiera ofendida, al contrario, su dulce mirada me hacía sentir que a él le gustaba que yo lo mirara así.

No sabría cómo describir lo que sentí, pero era como si de un sueño me despertaba y por primera vez me diera cuenta de lo tremendamente atractivo que era y lo intensamente atraída que me sentía por él. No solo por su gran físico, sino también como persona.

Un golpe en la puerta me devolvió a la realidad:

—Adelante —dije instintivamente.

Antonio entró con una bandeja.

Joaquín me soltó la muñeca, que no me había dado cuenta de que tenía todavía agarrada, y se levantó de la cama.

—Te he traído un poco de todo para que desayunes lo que más te apetezca —explicó Antonio al tiempo que dejaba la bandeja en la

mesilla de noche.

—Gracias —contesté mirándolo.

Al volver la vista hacia Joaquín, este se había movido y estaba a medio camino de la puerta de la habitación.

—Tengo que ir a trabajar y volveré en unas horas. Si necesitas algo, ya sabes que solo tienes que pedírselo a mi padre, intenta no moverte mucho y descansar la espalda —sugirió.

—De acuerdo —contesté.

—Adiós —se despidieron y salieron los dos juntos de la habitación.

Cuando me quedé sola estuve meditando sobre cómo podía haber sido tan atrevida observándolo tan descaradamente. Pero me había quedado fascinada por sus facciones y sin darme cuenta no pude quitar los ojos de él. Mi corazón se aceleraba de solo pensar en él y en su cercanía. Ansiaba su compañía y anhelaba sentir de nuevo sus tiernos besos. Estuve pensando en Joaquín durante un buen rato. Cuando por fin conseguí quitármelo de la cabeza el desayuno se había enfriado, pero aun así me lo comí. Después me tomé las pastillas y estuve mirando el techo de la habitación hasta que empecé a sentirme mejor. El dolor remitió bastante y por fin me levanté y fui a asearme.

Seguidamente me recosté en la cama y me puse a leer el libro para intentar despejar la cabeza. Estuve leyendo un montón de tiempo hasta que los ojos empezaron a pesarme y me acosté un poco.

Alguien me despertó. Al abrir los ojos vi a Lucía a mi lado.

—No has bajado a comer, ¿no tienes hambre? ¿Todavía te duele la espalda? Yo lo he pasado muy bien en el cole, he saltado a la comba casi toda la canción; además, hoy no tengo muchos deberes, así que cuando acabe podemos jugar a las muñecas —contó rápidamente.

Intentaba seguir su conversación o, mejor dicho, su pequeño monólogo, pero estaba algo atontada de dormir y ella hablaba mucho y muy rápido; además, intuía que lo que quería era contar todo lo que había hecho, así que la deje parlotear alegremente.

Empezó a contar todo su día: que si un niño le había dicho una cosa, que si la profesora la había felicitado por sus deberes… y otro sinfín de cosas que la emocionaban. La escuché en silencio asintiendo con la cabeza para que se diera cuenta de que la seguía. Estaba tan contenta charlando que no quise interrumpirla. Su pequeña distracción era refrescante.

Llamaron a la puerta y entró Joaquín.

—¡Así que estás aquí! —exclamó al ver a Lucía.

—He venido a contar a Claudia lo que he hecho en el colegio —contestó.

—¿Y seguro que le has contado todo? —dijo Joaquín. La niña asintió contenta y él me miró sorprendido y sonrió—. Ve a hacer los deberes —sugirió a la pequeña.

—De acuerdo, luego vengo —se despidió y salió corriendo de la habitación.

—Siento que te aburra con sus detalles, pero le encanta relatar su día en el colegio y a veces puede ser un poco agotador —contó Joaquín.

—No me ha aburrido en absoluto, su mañana ha sido mucho más emocionante que la mía y me ha encantado escucharla —contesté sinceramente.

Joaquín me sonrió de una forma tan dulce que me llegó al alma. Su mirada era intensa y aunque nos separaban unos metros había algo en el aire que nos atraía. Joaquín se acercaba lentamente a mí y yo lo esperaba ansiosa. Había mucha tensión en el ambiente.

Estaba a pocos centímetros de distancia de mí y su penetrante mirada hacía que mi corazón se desbocara y mi respiración se acelerara.

Llamarón a la puerta y toda la magia del momento desapareció. Joaquín detuvo su acercamiento y se puso serio.

—Traigo la comida para la enferma —rompió el silencio Antonio al tiempo que cruzaba la habitación con la bandeja y la dejaba en la mesilla—. Nos miró y preguntó al vernos tan incómodos—: ¿He interrumpido algo?

—No —contestó Joaquín.

—Espero que te guste la comida —añadió Antonio.

—Gracias —agradecí mirándolo.

—¿Joaquín puedes ayudarme con una cosa? —pidió a su hijo.

Este se separó de mi lado y asintió a su padre. Antes de marcharse se despidieron los dos. Me quede allí sola y desorientada por todo lo sucedido, estaba convencida de que Joaquín tenía tantas ganas como yo de que nos besáramos, pero después su mirada se tornó fría y distante. Eso me confundía.

Antonio descendió las escaleras seguido de su hijo. Cuando llegaron a la cocina:

—Sé que no debo meterme en tu vida, pero creo que lo que está pasando no está bien.

—¿A qué te refieres? —preguntó intrigado Joaquín.

—Ella está muy perdida y vulnerable y no debes confundirla más —comentó Antonio.

—Ve al grano —insistió Joaquín un poco molesto por intuir por donde quería ir su padre.

—Tengo ojos en la cara y veo lo que está sucediendo. Cuanto más tiempo pasa en esta casa más claro es —desveló.

—¿Qué es más claro? —preguntó enfadado Joaquín.

—Os estáis enamorando y no está bien —contestó al fin.

Joaquín pensó por un momento que su padre había perdido la

sensatez, pero poco a poco se dio cuenta de que lo que decía no era tan descabellado. A él le encantaba llegar a casa y poder gozar de la compañía de Claudia, incluso ansiaba el momento de verla. Además, no podía negar que la muchacha era hermosa y cada día que pasaba y los moratones y rasguños se curaban era más obvio.

—¿Y qué pasa si es cierto? —atacó.

—No te das cuenta, ella está huyendo y no sé de qué, pero no se quedará mucho tiempo una vez que se recupere. Además, ella es de la ciudad y más joven que tú, por lo que no creo que busquéis lo mismo en una relación. No quiero que os hagáis daño con un amor imposible —expuso Antonio preocupado por su hijo.

—Pero tú no sabes lo que ella quiere, ni lo que va a hacer, así que no te entrometas en nuestros asuntos —contestó muy enojado Joaquín al tiempo que salía de la cocina con dirección a la calle.

Estaba furioso con su padre por todo lo que había dicho. Igual su amor no era imposible y a ella no le importaría ese estilo de vida, además se llevarían unos seis años como mucho de edad y él no consideraba que eso fuera tanto obstáculo.

Paseo sin rumbo por el jardín dando vueltas a todo lo hablado. Las primeras dudas aparecieron en su cabeza. ¿Ella nunca había dicho a dónde iba? ¿Ni de qué huía? Realmente sabía muy pocas cosas de ella y eso lo molestaba. Pero era difícil sonsacarle información, de eso hacía tiempo que se había dado cuenta. Joaquín no estaba seguro de que Claudia se quedase con él si al final se enamoraban. Además, estaban sus sobrinos por medio y la pequeña Lucy le estaba cogiendo mucho cariño. Si después desaparecía, la niña lo pasaría verdaderamente mal y él también. Igual mantener las distancias con Claudia era lo mejor o por lo menos de momento. Por el bien de todos. Volvió a casa cogió su maletín de trabajo y se marchó. No pensaba volver hasta la noche.

Después de comer seguí leyendo. La tarde se me estaba haciendo eterna y me apetecía ver a Joaquín o por lo menos a Lucía para distraerme un poco, pero no vino nadie a excepción de Antonio a recoger los platos y después a traer la cena. Me sentía un poco decaída, pero era mejor mantenerme en la cama para así poder a la mañana siguiente levantarme.

Me desperté temprano con las primeras luces del alba. Me levanté y me asomé por la ventana. Me sentía más recompuesta y el dolor de espalda había menguado considerablemente así que decidí hacer algo útil. Me duché y me vestí con la última ropa limpia que me quedaba. Tenía que hacer sin falta una colada. Cogí mi ropa sucia y salí de la habitación con intención de pedir permiso para lavarla. Bajé las escaleras sin hacer mucho ruido porque me di cuenta de que todavía

seguían durmiendo. Cuando llegué a la cocina busqué la lavadora, estaba vacía. Metí mi ropa.

—Buenos días —una voz me sobresalto.

Cuando me giré encontré a Joaquín en la entrada de la cocina. Tenía el cabello mojado, se notaba que acababa de ducharse.

—Hola, quería lavar mi ropa, si no te parece mal —conté.

—Sin problema, el jabón está en ese armario. —Señaló con la mano.

—Gracias —contesté al tiempo que buscaba el jabón y llenaba el cajón de la lavadora. Puse el programa y la conecté. En seguida empezó la ropa a lavarse.

Joaquín se empezó a preparar un café. Yo lo miré y sentí distancia entre nosotros, pero no comprendía a que se debía.

—Hoy me encuentro mejor así que me gustaría colaborar con alguna cosa en la casa —rompí el incómodo silencio.

La luz del día entraba iluminando la ventana y pude visualizar el semblante serio de Joaquín.

—No hace falta que hagas nada —respondió sin ni siquiera mirarme.

—Pero quiero ayudar —repliqué.

—Si insistes habla con mi padre, él te dirá mejor en qué puedes ayudar—contestó al tiempo que cogía su recién preparado café y se alejaba de la cocina—. Adiós —se despidió dejándome sola y confusa.

¿Qué le pasaba? Parecía que no quería ni mirarme. Repasé mentalmente el día anterior y no comprendía qué podía haber hecho mal para que se enfadara conmigo y se distanciara de esa manera. Él, que siempre me había tratado bien. La tristeza y la sensación de soledad reaparecieron. ¿Me echaría de su casa? Esa idea empezó a rondarme por la cabeza. Ahora me encontraba mejor y el esguince tampoco era grave, por lo que podía marcharme, pero no quería. Aunque si me pedía que me fuera no podía negarme. Él había hecho todo por mí, me había rescatado, curado, acogido y no podía ni debía pedirle más. Una lágrima se me escapó. Me la limpié con la mano y me repetí mi mantra: «Tienes que ser fuerte».

No estaba segura del tiempo que me quedaría en esa casa, pero decidí que ayudaría en todo lo que estuviera en mis manos para así poder agradecer toda su ayuda y gratitud. Esa sería mi colaboración: ya que no podía darles dinero, trabajaría para compensarlo.

Empezaría por la cocina. Prepararía un gran desayuno y, dicho y hecho, empecé con ello.

.

Antonio se levantó a las siete y media de la mañana, entró en la cocina y se sorprendió al encontrarme allí toda ajetreada de un lado para otro. Colocando la mesa y el desayuno.

—Buenos días —saludó.

—Hola, espero que tengas mucha hambre porque tengo listo un gran desayuno —contesté alegremente.

—¿Nos has preparado el desayuno? —preguntó atónito Antonio.

—Sí, es lo menos que puedo hacer —contesté.

Antonio no esperaba que yo estuviera allí y le pilló totalmente desprevenido y sin saber que decir. Le indiqué que tomara asiento y le serví tortilla, beicon y zumo, también había hecho tostadas y pelado fruta. Todo tenía buena pinta y parecía que Antonio disfrutaba con el desayuno. Aparecieron al rato Tomás y Lucía a desayunar. La pequeña al verme se acercó a saludarme con un gran abrazo al tiempo que me decía:

—Me alegró de que estés mejor.

—Gracias. —La acaricie con la mano.

—¿Has hecho tú todo esto? —preguntó Tomás.

—Todo para vosotros —respondí.

—¡Vaya! —dijo.

Sonreí al verlos tan contentos y sorprendidos. Según iban acabando yo fui recogiendo y limpiando todo.

—Lo recojo cuando vuelva de llevar a los chicos al colegio —intervino Antonio al verme recogiendo.

—No, yo me encargo de limpiarlo todo —repliqué.

—Está bien —contestó y salió.

—Hasta luego —se despidió Lucía.

—¡Qué tengas un buen día! —le deseé.

Los vi marcharse con el coche y me puse a recoger. Después me percaté de que la cocina estaba un poco sucia y me puse manos a la obra para limpiarla. Iba más despacio porque todo lo tenía que hacer con una mano y eso me ralentizaba bastante. Acabó la lavadora y al ir a sacar la ropa me di cuenta de que también era secadora, así que aproveché y la sequé. Mientras, seguí barriendo y fregando el suelo. Cuando la secadora acabó, saqué la ropa y la subí a mi dormitorio. Allí la doblé y la coloqué bien ordenada en una silla, ya que no tenía cajones propios.

Cuando bajaba las escaleras hacia la cocina pensando en qué más cosas podía hacer para ayudar me di cuenta de que el salón necesitaba también un repaso. Cogí la escoba, la fregona y un trapo para limpiar el polvo y me puse manos a la obra. Entre una cosa y otra el tiempo pasó volando y dieron la una. Como Antonio todavía no había regresado y me imaginaba que ya no lo haría hasta recoger a los muchachos, decidí hacer yo la comida. Busqué en el frigorífico para ver qué se me ocurría cocinar. Encontré un pollo y decidí asarlo. De acompañamiento corté unas patatas, las hice en la freidora y además preparé una gran ensalada. Después coloqué la mesa. Estaba acabando de poner los vasos cuando oí la puerta y el alboroto de voces.

—Ahora preparo algo de comer, mientras dejad vuestras mochilas y lavaros las manos — dijo Antonio.

Entró en la cocina y se detuvo al comprobar que todo estaba listo.

—¿Has preparado la comida? —preguntó atónito.

—Hay pollo asado, patatas y ensalada —contesté alegremente.

Esperaba ansiosa su respuesta, puesto que no estaba del todo segura de cómo iba a tomarse mi pequeña intromisión en sus labores. Antonio seguía parado sin decir nada. Apareció Tomás a su lado preguntando:

—¿Qué vas a hacer de comer? —Y al oler la fragancia del pollo asado y ver la mesa preparada dijo—: ¡Genial! Todo está listo. —Y se sentó en su sitio.

Después apareció Lucía e hizo lo mismo.

—Antonio yo no quiero que esto te enfade, solo quiero ayudar y pensé en hacer la comida, pero si no te gusta o quieres preparar otra cosa… —intervine asustada por su impasibilidad.

—Es que me ha tomado por sorpresa y no estoy acostumbrado a esto —contestó al tiempo que se dirigía a su silla y se sentaba. Me alegraba de que no se hubiera molestado conmigo. Aun así, debía hablar con él para comprender mejor cómo actuar en el futuro.

—¿Esperamos a Joaquín para comer? —pregunté cuando estuvimos todos sentados.

—No, él no vendrá hasta la noche —contestó Antonio.

—Ah —dije entristecida. Tenía ganas de que probara mi comida y así demostrarle lo buena cocinera que era—. Serviré entones el pollo —dije al tiempo que me dirigía al horno. Cogí un trapo para poder sacar la bandeja y no quemarme.

—Espera —dijo Antonio mientras se levantaba y se dirigía hacia mí. Yo me detuve a la espera de que me dijera qué pasaba—. Saco mejor yo la bandeja —añadió.

—Gracias —contesté por su detalle.

La verdad es que no quería estropear la comida tirándola al suelo y existía la posibilidad al tener que llevar la bandeja con solo una mano. Antonio sirvió el pollo a todos y empezamos a comer.

—¡Está riquísimo! —expresaron con satisfacción Lucía y Tomás.

—Me alegro de que os guste —contesté contenta.

—Tienes buena mano con el pollo —comentó también Antonio.

Sonreí por su cumplido. Cuando acabamos recogí con la ayuda de Antonio mientras los muchachos se fueron a sus habitaciones.

—Gracias —dijo antes de marcharse.

—Ha sido un placer —contesté.

Me fui al sofá y puse la televisión un rato para distraerme. Me debí de quedar un poco transpuesta porque cuando abrí los ojos Tomás y Antonio hablaban en la puerta. Estaban listos para irse.

—Lucy vamos —llamaba Antonio a la pequeña.

—No quiero ir, me aburro —contestaba esta desde las escaleras.

—Al final voy a llegar tarde al entrenamiento —añadió Tomás.

—¿Os vais? —pregunté levantándome del sofá.

—Tengo que llevar a Tomás al entrenamiento de fútbol, pero Lucía no quiere venir —contó Antonio.

—Se puede quedar aquí conmigo —sugerí.

—¡Sí! —gritó alegremente Lucía desde las escaleras.

—Pues no sé —dudó Antonio sospesando mi ofrecimiento.

—Venga, abuelito, déjame quedarme —suplicó Lucía al tiempo que se acercaba a sus pies.

Antonio la miró y después a mí. Yo le sonreí encantada de quedarme con la pequeña y no estar sola.

—Está bien, pero pórtate bien, Lucía —recalcó Antonio.

—Por supuesto —contestó y salió disparada hacia mí.

—Volveremos hacia las ocho y media —informó.

—Perfecto —finalicé.

Cogieron la bolsa de deporte y se marcharon.

—¿Qué te apetece hacer? —preguntó Lucía en cuanto la puerta se cerró.

—Lo que tú quieras —contesté.

En seguida sacó sus muñecas y nos pusimos a jugar. También jugamos al parchís y a las cartas, por lo que la tarde paso velozmente. Cuando miré el reloj eran casi las nueve de la noche.

—Todavía no han vuelto —comenté preocupada.

—Seguro que se han encontrado con alguien —contestó distraídamente Lucía.

—Te parece bien que hagamos la cena para cuando regresen —sugerí.

—¡Sí! —contestó emocionada.

Fuimos a la cocina y miré en el frigorífico buscando qué hacer. Encontré pan de molde y decidí preparar unos sándwiches vegetales. Lucía me fue ayudando a tostar el pan, poner la lechuga, el atún, el huevo y el tomate. Cuando los tuvimos listos los pusimos en la mesa.

—¡Han quedado muy bien! —exclamó alegremente Lucía.

Yo asentí.

Oímos la puerta y Lucía fue corriendo a ver quién había llegado.

—Hemos preparado la cena y yo he colaborado —comentó emocionada.

Entraron Antonio y Tomás a la cocina insistidos por Lucía.

—¿Eso qué es? —preguntó Antonio al ver lo que estaba servido.

—Sándwiches vegetales —respondió Lucía.

Antonio puso mala cara, pero esperaba que se le pasara al probarlos.

—¿Joaquín? —pregunté.

—Llegará tarde —contestó Antonio.

Me dio pena que tampoco cenara con nosotros.

—Seguro que os gusta —animaba Lucía a su hermano y a su abuelo.

Tomás fue el primero en probarlos.

—Muy ricos —opinó.

—Bueno, habrá que probarlos —cedió Antonio al tiempo que cogía el suyo y lo mordía.

Lucía y yo lo observábamos atentas a su reacción.

—Pues sí que esta bueno —añadió.

Lucía y yo nos miramos llenas de satisfacción. Todos cenamos tranquilamente. Como no había mucho que recoger, en seguida todo estuvo limpio. Después cada uno se dirigió a sus respectivos dormitorios dando las buenas noches.

Yo también me despedí y me fui a acostar. Solo esperaba que Joaquín no tardará mucho en llegar y así pudiera probar el sándwich en buen estado. Si tardaba mucho, el pan se ablandaría demasiado y ya no estaría tan rico como recién hecho.

Me dormí rápidamente y no me moví hasta que empezó a amanecer. Me gustaba dejar las persianas abiertas y que la luz de la mañana me despertara. Hoy parecía un poco más tarde que el día anterior, pero estaba segura de que todavía me daba tiempo a preparar unas tortitas para el desayuno antes de que los demás se levantaran. Bajé con la ropa de dormir para hacer la masa y así no perder tiempo vistiéndome, además esperaba no encontrarme a nadie. No quería que me vieran dormir con la camisa de Joaquín. Todavía no me la había quitado porque me encantaba oler su fragancia por la noche, aunque sabía que eso no era lo apropiado. Me daba igual, porque me hacía sentir bien y segura.

Cuando llegué a la cocina olí el café recién hecho y supe que él ya se había marchado. La tristeza me sobrevino. El día anterior solo lo había visto por la mañana y esperaba verlo hoy en el desayuno, pero estaba equivocada. Se había ido. Me toqué la muñeca del esguince como intentando recordar su contacto en ella.

No quería estar triste por lo que despejé mi mente de esos pensamientos y me puse manos a la obra para hacer la masa para las tortitas. Una vez hecha tenía que reposar unos veinte minutos, así que subí a ducharme, vestirme y hacer la cama.

Cuando estaba bajando de nuevo a la cocina, oí el ruido del agua correr, por lo que deduje que empezaban a levantarse todos. Corrí por las escaleras y me puse a hacer las tortitas. Mientras se iban calentando preparé la mesa.

Antonio fue el primero en aparecer, seguido de Tomás y Lucía. Según llegaban se colocaban para desayunar.

—¡Tortitas! —exclamó sorprendida Lucía.

A todos les gustó el desayuno y me lo agradecieron. Cuando Tomás y Lucía se fueron a buscar las mochilas, Antonio me pregunto:

—Voy a ir a hacer la compra, ¿quieres que traiga algo?

—No necesito nada —respondí sin pensar demasiado en la pregunta.

—Puedo comprar algo que creas que necesitamos para comer —continuó.

Entonces lo entendí: me preguntaba si quería que comprara algo para que yo cocinara.

Busqué un papel por la cocina y apunté rápidamente un par de cosas que tenía en mente comprar si algún día iba al pueblo. Le di la nota.

Antonio la reviso y me asintió con la cabeza.

—Lo compraré, hoy llegaré tarde porque quiero aprovechar a quedar con un amigo —indicó.

—Vale —contesté.

En pocos minutos estuve sola. Recogí el desayuno y me fui al salón. Vi la chimenea llena de ceniza y me puse a limpiarla. Después cogí las mantas del salón y las lavé. La alfombra necesitaba también una limpieza y con un cepillo que encontré y algo de jabón la limpié. La verdad es que allí donde mirara encontraba otra cosa que poder hacer. Las lámparas necesitaban un repaso de polvo, así como los cuadros. Podía también lavar las cortinas. Tarea tras tarea pasé la mañana entretenida y lo mejor de todo es que me sentía útil.

Una vez que acabé con el salón, o por lo menos por ese día, fui a preparar la comida. Como sobró algo de pollo del día anterior hice croquetas. Encontré un sobre de sopa de primero. Así tenía lista la comida. Cuando llegaron Antonio y los muchachos todo estaba listo. Controlaba muy bien ya la hora en que volvían para tener todo preparado. Los niños se emocionaron al ver las croquetas caseras, incluso Antonio.

—¿Esperamos a Joaquín? —pregunté.

—Hoy tampoco vendrá a comer —contestó Antonio.

—De acuerdo, pues comamos nosotros —dije.

La comida fue muy amena y me encantaba verlos disfrutar con ella. Después, los muchachos se marcharon y Antonio me ayudó con los platos.

—Te he traído todo lo que has puesto en la lista —comentó.

—Gracias —dije.

—Eres buena cocinera —añadió.

—Yo no diría tanto, pero me gusta cocinar —conté.

—Se nota por todo lo que te esmeras —explicó Antonio.

Como habíamos acabado Antonio se marchó al salón a ver la

televisión y, como yo no sabía muy bien qué hacer, salí al porche a disfrutar de las vistas. Me senté en la silla y miré el bosque.

Lucía no tardó en aparecer y me pidió:

—¿Me ayudas a aprenderme una poesía para el cole?

—Claro.

Entramos en casa y la ayudé hasta que la memorizo. Era una chica lista y no necesito mucho tiempo.

—¿A qué quieres jugar hoy? —me preguntó cuando ya habíamos acabado.

—Qué te parece si salimos y jugamos fuera –sugerí.

—Genial —dijo eufórica por mi sugerencia.

Ese día hacía un sol muy agradable y me apetecía mucho disfrutar de él. En el jardín estuvimos jugando un montón de tiempo. Cuando empezamos a notar el frío entramos en casa.

—¿Qué te parece si hacemos galletas para desayunar mañana? —pregunté.

—¡Sí! —gritó eufórica por mí sugerencia.

Fuimos a la cocina y nos pusimos manos a la obra. Hicimos unas *cookies* deliciosas. La casa se llenó del olor a galleta recién hecha. Tomás bajo de su habitación y las probó.

—Están muy ricas —nos alabó.

—Como tenemos el horno caliente podemos aprovechar y cenar unas *pizzas*, ¿qué os parece? —pregunté.

—Una gran idea –contestó Tomás.

Nos pusimos a hacer la masa: mientras se acaba de hacer la última bandeja de galletas, estaría lista. Tomás quiso ayudarnos a preparar las *pizzas* y pasamos un maravilloso rato los tres cocinando.

—Abuelo, está la cena lista —llamó Lucía.

Este vino y no podía creerse lo que había para cenar. Se quedó estupefacto.

—A mí eso no me gusta —replico.

—¡Pruébalas!, son caseras y las hemos hecho nosotros —intervino Tomás.

A regañadientes se sentó y las probó.

—Pues no están tan mal —contestó.

Todos nos reímos. Cenamos sin Joaquín como parecía ser costumbre últimamente. Debía de tener mucho trabajo, ya que no le daba tiempo a volver a casa ni para comer ni para cenar. Recogimos la mesa una vez acabamos. Cuando los niños se despidieron y se fueron a acostar, Antonio me:

—Si quieres, mañana puedes subir con nosotros al pueblo y dar una vuelta por allí —propuso.

—Me gustaría mucho —respondí sonriendo de felicidad por su sugerencia.

Tenía ganas de salir de la casa y ese plan me encantaba.

—No estaremos mucho tiempo, una hora y volveremos —informó.

—Genial —dije encantada.

—Pues hasta mañana —se despidió Antonio y se marchó a su dormitorio.

Estaba emocionada por la pequeña escapada del día siguiente. Me costó un poco dormir, pero luego descansé perfectamente. Me levanté temprano y preparé el desayuno. Como el día anterior habíamos hecho las galletas, solo puse el zumo y la fruta para completar el desayuno. El café estaba hecho, así que Joaquín se había marchado a trabajar otra vez sin que yo pudiera verlo. Suspiré tristemente, cada día lo añoraba más. Intenté alejar esos tristes pensamientos acordándome que hoy iría al pueblo. Al poco tiempo bajaron todos a desayunar y cuando acabaron yo estaba lista para irme con ellos. Antonio tenía un todoterreno parecido al de Joaquín, pero un poco más nuevo. Los muchachos se sentaron atrás por lo que yo me coloqué en el asiento del copiloto. En unos veinte minutos llegamos a un pueblo. Dejamos a los chicos en el colegio e instituto y nos dirigimos a la plaza mayor. Antonio aparcó.

—Tengo que ir a hacer unos recados; si quieres, nos vemos aquí en una hora —expuso.

—De acuerdo —contesté.

Me paseé por el pueblo sin prisa. Disfrutando de todo lo que veía. Ojeaba las tiendas por el escaparate. En una pequeña mercería vi una preciosa diadema con una flor a un lado y me pareció perfecta para Lucía. Entré y se la compré. Aunque no disponía de mucho dinero me apetecía tener ese detalle con la pequeña. En mi paseo vi el cuartel de la Guardia Civil y me petrifiqué. Me imaginaba que no habían hallado el coche porque, si no, Mateo me habría encontrado ya. De repente el terror se apoderó de mí, empecé a hiperventilar y el latido de mi corazón se aceleró. ¿Y si me encontraba? Instintivamente me fui hacia atrás hasta chocar contra una columna. Me asusté al notar el contacto y me giré. La gente empezó a mirarme extrañada. Estaba llamando la atención. Salí corriendo. No estaba muy segura de si iba en la dirección correcta hasta que vi el coche de Antonio apartado. Cuando llegué intenté abrir la puerta para meterme dentro y sentirme a salvo, pero el coche estaba cerrado y lo único que conseguí con mi forcejeo fue hacer saltar la alarma del vehículo. Me asusté más y al alejarme me golpeé la espalda con otro coche aparcado al lado.

Antonio apareció seguido de Joaquín. El sonido de la alarma los había atraído y me miraban sorprendidos al verme allí tan asustada. Yo estaba apoyada sobre el otro coche terriblemente alterada y lo que menos quería era que me vieran en esa situación, tan aterrada. Intenté huir, pero Joaquín se me acercó y me abrazó fuertemente. Sentir su

cariñoso contacto hizo que mi miedo se esfumara y que poco a poco me tranquilizara. Después, dejé de oír el sonido de la alarma del coche y me concentré en el latido y la respiración tranquila de Joaquín. Mi respiración se fue regulando y mi temor se fue esfumando.

—Pero ¿qué la ha pasado? —Oí preguntar a Antonio.

—Papá, ¿por qué no te marchas y la llevo yo a casa? —sugirió Joaquín.

—Como quieras —contestó.

Al rato oí la puerta del coche seguido del ruido del motor. Yo no me atrevía a sacar la cabeza del pecho de Joaquín porque estaba muy avergonzada por mi infantil comportamiento.

—Ven —me dijo al tiempo que me separaba cariñosamente de su cuerpo y me daba la mano.

Me llevo a pocos metros de allí donde estaba su coche aparcado. Nos montamos y nos marchamos del pueblo. No me atrevía a mirarlo a la cara. Después de unos minutos, detuvo el coche.

—Te quiero enseñar un sitio —explicó.

Salí del coche, pero sin levantar la mirada del suelo. Joaquín me dio la mano y me guio por entre los árboles y la vegetación hasta llegar a unos riscos.

—Sentémonos aquí —indicó.

Obedecí sin prestar atención a mi alrededor. Estaba tan avergonzada que tenía ganas de llorar y lo que menos quería era que él me viera así. Sentí como Joaquín se sentaba a mi lado y el contacto de su brazo con el mío me gustó.

—Este es mi sitio preferido —expresó.

No pude evitar levantar la mirada y observar donde nos encontrábamos. Estábamos en lo alto de una montaña donde podíamos ver todo el valle, no podía creérmelo. La vista era impresionante. Se veían las montañas rodeando el pueblo, que yacía a los pies. Esto, iluminado por los rayos del sol, hacía de todo un idílico paisaje.

—Cuando me siento un poco mal vengo aquí y me doy cuenta de lo pequeño que soy en comparación con todo esto. Pienso en toda la belleza que hay y en lo afortunado que soy por poder disfrutarlo —contó.

—Es un sitio precioso —manifesté.

Me maravillaba con el paisaje y con la tranquilidad que desprendía el lugar. Todo ello me hizo pensar en las palabras de Joaquín. Era cierto que desde allí todo parecía menos importante, se respiraba la paz en el ambiente. Cogí una gran aspiración para llenar todos mis pulmones con ese aire tan puro y sentirme, aunque solo fuera un momento, libre, sin nada que me entristeciera ni atormentara, y lo conseguí por un leve instante. Pero fue tan pequeño que en seguida

pasó y me entristecí pensando en que igual no volvería a disfrutar otra vez de ese insólito lugar. Vi que Joaquín me observaba en silencio, sabía que se preguntaba muchas cosas sobre mí. Yo creo que intentaba comprenderme y conocerme mejor. A veces quería contarle cosas sobre mí, pero algo en mi interior me impedía dar ese paso.

Después de un rato en silencio me sentía mejor y, teniéndolo a mi lado, hasta más valiente. Él me había abierto su corazón enseñándome su lugar preferido y me sentía en deuda con él. Se merecía una explicación de lo que me sucedía, se lo debía. Aunque no sabía muy bien cómo empezar.

—Me asusté —dije. Él me miró expectante—. Creerás que soy una tonta por asustarme a mi edad por tonterías —intenté explicarme.

—Jamás pensaría eso de ti —intervino.

Su mirada era sincera y lo creí.

—Me marché de mi ciudad de una forma un poco… —conté. Me costaba encontrar las palabras adecuadas para contarle todo—. Rápida —añadí.

Él escuchaba en silencio, yo sabía que lo hacía para darme tiempo.

—Mi relación anterior no acabó bien —dije, aunque eso era quedarme corta. Después de decirlo fue como si un peso se me quitara de encima y me liberara un poco de mi carga. Así que conté un poco más—. Tenía que alejarme todo lo posible de allí y de él —añadí.

Joaquín me agarró la mano fuertemente y cuando nuestros ojos se cruzaron percibí la pena en su mirada. Sabía que él leía entre líneas y se imaginaba algo.

—No quiero que me encuentre —desvelé al fin mi gran miedo.

Solo pensar en él hizo que mi corazón se acelerara de terror.

—Aquí estás a salvo —me consoló Joaquín.

Y yo quería creer sus palabras. No pude evitar romper a llorar, pero esta vez de felicidad y porque me encontraba bien habiendo desvelado mis miedos por fin. Me abrazó fuertemente y su seguridad me hizo sentirme a salvo por primera vez en mi vida.

—No permitiré que te pase nada malo —susurró a mi oído.

Deseaba creer en sus palabras, pero una parte de mí seguía convencida de que volvería a ver a Mateo.

Nos quedamos abrazados durante mucho tiempo. La verdad es que me sentía genial en sus brazos, sintiendo su calor y disfrutando de su fragancia.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—La verdad es que sí —contesté porque empezaba a tener mucha hambre y sed.

—Te voy a llevar a un sitio fantástico para comer —informó.

Asentí contenta por la sugerencia. Nos levantamos y caminamos hasta el coche. Después nos dirigimos hasta el restaurante donde

íbamos a comer. Era un pequeño mesón con comida casera.

—Suelo venir a veces —explicó Joaquín mientras esperábamos a que nos atendieran.

Dejé que Joaquín pidiera por los dos, puesto que me recomendó dos platos que me apetecían.

—Me he dado cuenta de que cocinas muy bien —dijo mientras comíamos el primer plato.

—Me defiendo —respondí.

—Eso es más que defenderte, he probado todos tus platos e incluso recalentados estaban deliciosos —alagó.

—Gracias, me alegra mucho saber que te gustaron, aunque estaban mejor recién hechos —expresé.

—De eso estoy seguro, pero he estado ocupado estos días y no he podido ir a comer —se justificó.

Sabía que mentía, lo noté en su mirada, no sabía la razón, pero me imaginaba que sería buena. La comida fue muy amena y hablamos de temas banales. Cuando acabamos y nos dirigíamos al coche, Joaquín sugirió:

—Tengo que ir a una granja a revisar a un ternero recién nacido y he pensado que igual te gustaría acompañarme. No tardaremos mucho.

Acababa de invitarme a acompañarlo y no podía creérmelo. La verdad es que me apetecía mucho continuar con su compañía, me lo estaba pasando muy bien.

—Pero no quiero molestar —justifiqué.

—Para mí sería un placer, además creo que te lo puedes pasar bien —comentó.

—Estaré encantada de acompañarte —confirmé.

Nos montamos en el coche y nos dirigimos a la granja a la que se refería Joaquín. Estaba a unos cuarenta minutos de donde habíamos comido en mitad del campo. Constaba de varios edificios. Dejamos el coche cerca de la casa y bajamos. Joaquín se acercó y llamó a la puerta. No tardó mucho en salir un hombre de mediana edad.

—Hola, no te esperaba tan pronto —dijo al vernos.

—Tenía tiempo y he venido antes —contestó.

—Hoy te has traído a una guapa ayudante —comentó a Joaquín al tiempo que me miraba.

—¡Sí! —contestó Joaquín observando mi reacción.

Yo sonreí al escuchar la denominación que había empleado al referirse a mí, y no por el adjetivo de guapa, sino por describirme como ayudante. Lo cual no había negado Joaquín.

—Pues me parece muy bien, trabajas mucho y necesitas que alguien te ayude —comentó el hombre.

—Tienes mucha razón —confirmó Joaquín.

Mientras nos dirigíamos hacia el establo, el hombre contó:

—El ternero ha pasado buena noche y creo que tiene posibilidades de sobrevivir.

Entramos al establo y nos dirigimos hacia un pesebre donde al fondo se veía un pequeño ternero tumbado. En cuanto lo vi me dio pena verlo tan solo y desvalido.

—Tengo a las demás vacas pastando y tengo que ir a darles de comer así que te dejo mientras revisas al ternero. Sabes dónde está todo, siéntete como en tu casa —se despidió y se marchó dejándonos solos en el establo con el pequeño ternero.

Joaquín entró en el pesebre y se acercó despacio al animalillo. Con mucho cariño y cuidado lo fue revisando.

—¿Me puedes acercar el maletín? —pidió.

Entonces me di cuenta de que Joaquín lo había dejado en el suelo a mis pies. Lo recogí y se lo acerqué. Buscó y sacó un otoscopio y revisó los oídos del animal. Luego otro aparato para mirar los ojos que creo que se llama oftalmoscopio. Después comprobó el latido con un estetoscopio. Me gustaba observarlo trabajar. A mí siempre me había fascinado la medicina, aunque no estudié nada relacionado con ello, aunque siempre que podía intentaba aprender algo.

—Parece que todo va bien —diagnosticó al final de su exploración.

—¿Dónde está su madre? —pregunté.

—Fue un parto muy complicado y cuando llegué era demasiado tarde, aunque por lo menos conseguimos salvar al ternero, pero no a su madre —relató.

—¡Pobre! ¿Y qué va a ser de él? —pregunté preocupada.

—Si consigue alimentarse con el biberón tiene muchas probabilidades de sobrevivir, pero por ahora no lo coge —contó.

—Tiene que sentirse muy abandonado —opiné al verlo tan triste.

Joaquín me miró ante mi comentario.

—Pero tiene que ser fuerte y luchar por su vida, nadie más lo hará por él —replicó Joaquín.

—¿Y si no quiere y no tiene fuerzas? —insistí.

—Hay muchas cosas por las que seguir adelante —afirmó.

Me quedé pensando en ello. Por un instante parecía que nuestra conversación ya no mediaba sobre el ternero, sino que nos referíamos a mí. Y yo no estaba segura de tener algo por lo que luchar.

—Quédate con él que voy a buscar un biberón con leche para ver si tiene hambre —expuso Joaquín.

—¿Y qué hago yo? —pregunté preocupada al verme sola con el indefenso animal. No quería que le pasara nada estando conmigo.

Joaquín me agarró la mano y me acercó al ternero. Este seguía tumbado sin moverse.

—Solo quédate a su lado y acarícialo para que no se sienta solo —

indicó.

—Eso sí que puedo hacerlo —dije, aunque más para mí misma.

Estando tan cerca del animalillo sentí más su tristeza. Su mirada estaba perdida y se notaba que no tenía ganas de nada, y yo lo entendía. Estaba solo, se sentía perdido y triste. No estaba su madre para cuidarlo, ayudarlo y amarlo. Seguro que se planteaba dejarse vencer por la muerte, puesto que era lo más fácil.

—Tienes que luchar —dije al ternero al tiempo que acercaba mi mano a su cabeza.

Lo acaricié al principio con miedo, pero luego con ganas. Era una sensación agradable sentir su pelo en mi palma. Me atreví y le acaricié la cabeza. El ternero me miró.

» Sé lo que sientes y entiendo que ahora mismo no quieras levantarte, ni comer, pero tienes que hacerlo —hablé con él. Me acerqué más, hasta que mi cuerpo y el suyo estuvieron pegados—. Yo te entiendo, no encuentras una razón para continuar y dejarte vencer parece la solución más sencilla, y no voy a engañarte: la es. La vida tiene muchas cosas duras, pero también tiene cosas muy buenas —expliqué.

Sabía que él no podía responderme, pero me daba igual, me estaba escuchando. Seguía acariciándolo mientras hablaba con él.

» Puedes encontrar prados muy buenos e incluso una vaca bonita con la que tener familia —continué—. Ahora no te interesan esas cosas, pero cuando seas más grande lo harán —comenté—. Tienes que intentar comer, sé que tienes hambre y también que la desdicha te supera, te comprendo y no sabes cuánto —dije llorando. El pequeño ternero me lamió la mano y eso me hizo reír—. Parece que me entiendes —comenté sorprendida—. Por favor, sé fuerte, come, levántate y camina —supliqué—. Y no te detengas —lloré.

—La vida puede ser muy hermosa solo es que te ha tocado vivir unas cartas muy duras —dije apoyándome en el ternero y abrazándolo.

—A mí también —confesé.

—Pero sabes que yo cambié mi suerte y seguro que tú también puedes, y para poder conseguirlo no te puedes dejar vencer por los obstáculos del camino, aunque haya muchos —conté.

—La mitad de los días de mi vida quería morir y la otra desaparecer —confesé.

—Al final hui y no me arrepiento. Cada día que pasa me doy cuenta de que fue lo mejor que hice. Te aseguro que si comes y ganas fuerzas te darás cuenta de que merece la pena seguir luchando y jamás te arrepentirás —insistí.

—Lucha como yo —supliqué mirándolo a los ojos.

No sabía qué más decir al ternero, ni siquiera si habría valido la

pena hablarle, pero quería que entendiera que yo lo comprendía muy bien.

—Prueba a darle el biberón. —La voz de Joaquín me sobresaltó.

No esperaba que estuviera allí de pie y no sabía cuánto tiempo llevaría escuchando. Cogí el biberón que me facilitó y se lo acerqué a la boca. Al principio ni se movió, pero después lo agarró y empezó a beberlo.

—¡Lo ha cogido, está comiendo! —exclamé totalmente emocionada.

—Lo has convencido —comentó Joaquín sonriendo.

Lo contemplé un instante y supe que había oído mi conversación, aunque no sabía sí toda. El pequeño ternero se acabó todo el biberón y Joaquín lo ayudó a levantarse. Yo observaba sus pequeños progresos con cada pequeño paso y cada tropezón el ternero luchaba y volvía a intentar levantarse. Al principio se caía todo el tiempo, pero después se mantuvo sobre su patas y cuando se vio seguro ando por el redil. Estaba muy contenta y orgullosa del ternero. Me acerqué y lo acaricié como recompensa.

—Lo has conseguido pequeño —alagué al ternero.

—Le has salvado la vida —indicó Joaquín.

—No he hecho nada, todo lo ha hecho él —respondí sin apartar la mirada del ternero.

—Le has dado todo lo que necesitaba —explicó.

No estaba convencida de eso, pero me daba igual con tal de que el pequeño ternero siguiera hacia delante. Ahora me sentía con fuerzas renovadas. Me quedé en el redil acariciando y cuidándolo. Estuvimos con el ternero hasta que llegó el dueño.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó al ver al ternero caminando.

—Pedro, tienes un ternero muy fuerte —dijo Joaquín.

—Sí que lo es —respondió Pedro acercándose al animal.

Lo acarició y felicitó por haber superado las primeras veinticuatro horas.

—Presiento que serás un gran animal —susurró al ternero.

—Nosotros por ahora hemos acabado, vendré a revisarlo mañana para ver cómo sigue. Dale de comer cada cuatro horas para que coja fuerzas —indicó Joaquín.

—De acuerdo, así lo hare y muchas gracias por todo —nos agradeció.

—Por cierto, ¿cómo se llama? —pregunté.

—No lo he puesto nombre todavía —confesó.

—Pues ahora es un buen momento —intervino Joaquín.

—¿Qué nombre le pondrías tú? —me preguntó Pedro.

Pensé durante un instante y contesté:

—Titán, por toda la fuerza que ha demostrado.

—Me gusta Titán, pues así se llamará —confirmó Pedro.

—¿En serio? —pregunté sorprendida.

—Sí –indicó.

—Pequeño Titán, cuídate mucho y hazte grande y fuerte —me despedí del ternero.

—Si quieres puedes venir otro día a verlo… —sugirió Joaquín.

—Me gustaría —contesté alegremente.

Joaquín asintió con la cabeza.

—¿Queréis tomar algo en casa? —ofreció Pedro.

—Es un poco tarde y debemos regresar, otro día aceptaremos tu invitación —respondió Joaquín.

—Entonces, otro día; y, lo dicho, muchas gracias por todo —agradeció.

—Ha sido un placer —contesté.

Nos despedimos y nos marchamos en el coche. En una hora llegamos a casa. Entramos y allí en el salón nos esperaban Lucía y Antonio jugando al parchís.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó Lucía.

—Tenía que ir a curar a un animal y Claudia me ha acompañado —explicó.

Lucía se quedó expectante mirándonos y, al rato, dijo:

—Pues muy bien, así Claudia ha podido salir de casa, ya que se pasa todo el día aquí.

Me sorprendió la respuesta de la pequeña, no me imaginaba que se diera cuenta de esas cosas y menos que se preocupara por si yo salía o no de casa. Me acerqué y la besé en la mejilla. Fue un acto espontaneo que a la pequeña encantó.

—¿Quieres venir a jugar al parchís? —preguntó.

—Claro que sí —respondí.

Fui a jugar con ella y Antonio aprovechó para leer un libro.

—Voy a darme una ducha y después preparo la cena —comentó Joaquín.

Jugamos la partida y después fuimos a cenar. Mientras recogíamos la mesa, Joaquín me preguntó:

—¿Te gustaría mañana acompañarme hacer unas visitas?

—Me encantaría —contesté sonriendo por la emoción.

El cambio en su actitud era maravilloso. Quería que lo acompañara en su trabajo, por fin me sentía verdaderamente útil.

—Por cierto, ¿me gustaría revisarte la muñeca? —preguntó.

Le deje la mano izquierda y me quitó rápidamente el vendaje. La hinchazón había descendido notablemente, aunque todavía me dolía. El esguince se curaba bien.

—Se está curando muy bien solo tienes que continuar con la venda dos días más y luego tendrás que hacer algunos ejercicios para ayudar con la movilidad —explicó.

—Ok —respondí.

Cuando acabamos, nos despedimos y me subí a la cama. Estaba animada con la expectativa de acompañar de nuevo a Joaquín, además me apetecía volver a ver a Titán y comprobar que seguía bien.

V

Como todos los días me levanté a hacer el desayuno, aunque esta vez Joaquín estaba allí y me ayudó. Me gustó mucho prepararlo juntos. Los muchachos y Antonio bajaron a los pocos minutos a desayunar. Cuando todos acabamos, recogí con la colaboración de Joaquín los platos y las tazas.

Tomás y Lucía se despidieron de nosotros y se marcharon al colegio con Antonio. Subí a recoger mi cazadora y me preparé para acompañar a Joaquín a su trabajo. Salimos unos minutos después de Antonio y los muchachos. Fuimos a un par de casas a revisar a caballos, ovejas y cerdos. Entre visita y visita la mañana pasó rápidamente. Estábamos en la última granja recogiendo las cosas cuando cogí valor y pregunté a Joaquín:

—¿Crees que podríamos ir a visitar a Titán para ver cómo sigue?

—Te lo iba a proponer ahora mismo —contestó.

Le sonreí dichosa. Acabamos y nos despedimos. Nos montamos en el coche y nos dirigimos a la granja de Pedro. Miraba de soslayo a Joaquín mientras conducía. Era tan fácil estar con él, nada que ver con Mateo. Disfrutaba mucho con la compañía de Joaquín y cuanto más tiempo pasaba a su lado más me gustaba porque me hacía sentir bien en a su lado. Llegamos a la granja de Pedro y fuimos directamente al establo. Allí estaba el pequeño Titán de pie. En cuanto nos vio se acercó a nosotros. Abrí la puerta y entré a acariciarlo.

—¿Qué tal estás, pequeño? —pregunté.

—Tiene muy buen aspecto —contestó a mi lado Joaquín.

No me había percatado de su proximidad. Estaba tan cerca que notaba su respiración en mi mejilla.

—Es un ternero fuerte —alagué.

—¡Como tú! —comentó Joaquín mientras con su mano derecha acariciaba a Titán en la cabeza. Giré lentamente mi cara hacía Joaquín para ver su expresión. Su intensa mirada me traspasó el alma. Era tan dulce… y tenía ese brillo que me incitaba a besarlo. Abrió sutilmente los labios y no pude evitar hacer lo mismo. Noté cómo se acercaba despacio a mí, como dejándome tiempo a huir si así lo deseaba, pero no lo iba a hacer. Me mordí el labio inferior esperando ansiosa el contacto de sus labios. Joaquín al ver mi inocente gesto se acercó más rápidamente a mí. Nuestros labios se tocaron y al sentir su contacto

todo se aceleró dentro de mi cuerpo. El beso suave en seguida se tornó en apasionado. Él me deseaba tanto como yo a él. Sus manos me agarraron por la cintura acercándome a su cuerpo y yo aproveché para tocarlo. Mis manos recorrían tímidamente su cuerpo deleitándose con su musculatura. Mi cuerpo ansiaba su cercanía e instintivamente me acerqué más a él hasta sentir su calor. Nos besábamos como si no hubiera un mañana, como si solo estuviéramos él y yo. El tiempo se detuvo para nosotros. Gozaba con cada beso y cada caricia que Joaquín me daba y que hacían que me derritiera en sus manos.

—¡Ejem! —nos interrumpieron.

Nos separamos, yo más asustada que Joaquín.

—Hola, Pedro —dijo Joaquín.

—Hola —contestó este todavía un poco incómodo por habernos interrumpido.

Yo agaché la cara hasta el suelo y si hubiera habido algún sitio por donde huir me habría alejado corriendo. Me sentía muy avergonzada por la situación. No quería ni imaginar lo que Pedro estaba pensado de mí. Intenté esconderme detrás del cuerpo de Joaquín para que no viera lo sonrojada y acalorada que estaba. Y así recuperar un poco la compostura.

—Hemos visto la mejoría de Titán —comentó Joaquín como si tal cosa.

—Estaba pensando en sacarlo al campo—contó Pedro intentando no dar importancia a su interrupción.

—Mejor espera unos días a que esté más fuerte y luego podrás llevarlo con los demás —sugirió Joaquín.

—De acuerdo, lo que día el médico —respondió.

—Ahora mismo sí que aceptaría la cerveza que nos ofreciste el otro día —comentó Joaquín.

—Genial, vayamos a casa a tomarla —contestó Pedro que tenía ganas también de salir de ese incómodo aprieto.

Joaquín se giró y me cogió la mano. Yo no sabía que hacer ni que decir así que me deje llevar. Seguimos a Pedro hasta el interior de su casa.

—Estará la comida en diez minutos — una voz desde otra habitación de la casa.

—¡Mujer, tenemos visitas trae unas cervezas! —gritó Pedro desde la entrada de la casa.

Nos dirigimos al salón y nos sentamos Joaquín y yo en el sofá mientras Pedro lo hacía en un sillón. Al rato apareció una mujer con cervezas.

—Hola, Joaquín —saludó alegremente.

—Hola, Rosario, ¿qué tal estas? —preguntó Joaquín en el mismo tono afable.

—Bien, liada como siempre con las cosas de la casa y ¿quién es esta muchacha tan guapa? —preguntó acercándose a mí.

—Es Claudia, una amiga de la familia —contestó Joaquín.

—Hola —saludé yo.

—Mucho gusto —dijo ella.

—Esta es la muchacha que puso el nombre al ternero —comentó Pedro.

—Fue una sugerencia —intervine yo.

—Es un buen nombre y me gusta mucho —opinó Rosario.

—Tenéis un ternero muy fuerte —explicó Joaquín.

—Sí –afirmó Pedro.

—Porque no os quedáis a comer con nosotros, sería todo un placer —propuso Rosario.

Joaquín me miró a mi como pidiendo opinión, pero yo no hice ningún gesto. A veces me sorprendía mucho que pidiera mi consentimiento en las cosas: con Mateo jamás me había pasado, él siempre elegía todo por los dos.

—Será un placer acompañaros —contestó.

Así que nos quedamos a comer con ellos y la verdad es que disfruté mucho. La mujer era muy simpática y habladora por lo que la velada fue amena y divertida. Cuando acabamos nos despedimos de ellos y nos montamos en el coche. En el viaje de regreso a casa fuimos los dos en silencio. Cuando llegamos a casa, Antonio estaba saliendo por la puerta con Tomás y Lucía.

—Tomás tiene que hacer un trabajo con unos compañeros del instituto y mientras voy a llevar a Lucía al parque —explicó sus planes Antonio.

—De acuerdo —contestó Joaquín.

—Adiós —me despedí de ellos.

La verdad es que no me apetecía quedarme a solas con Joaquín porque me sentía un poco abrumada por la situación, pero no quedaba otra. Entramos los dos juntos a la casa. Allí en la entrada Joaquín me dijo:

—Voy a mi despacho que tengo que trabajar, si necesitas algo allí estaré.

—Vale —contesté.

Lo vi alejarse mientras yo permanecía quieta en la entrada de la casa. Agradecí el detalle de que me dejara un poco de espacio.

«¿Y ahora qué voy a hacer?», me dije para mí.

Fui a la cocina sin saber muy bien a dónde iba. No me veía con ganas de pensar en nada. Estaba aturdida por todo lo acontecido. El corazón se me aceleraba de solo recordar el beso e incluso la piel se me ponía de gallina. Necesitaba distraerme con algo y ya sabía con qué: iba a cocinar. Busqué los ingredientes necesarios para preparar

un bizcocho y también unas magdalenas. Aproveché el tiempo del horno para lavar las cortinas de la cocina. Eso me mantuvo distraída un buen rato. Cuando acabé de cocinar y estaba recogiendo todo apareció Joaquín.

—¡Qué bien huele! —exclamó desde la puerta. Su voz me sobresaltó—. Lo siento no quería asustarte —se disculpó.

—No pasa nada, es que no te he oído llegar —contesté.

—Bajaba a preparar la cena —explicó.

—Yo ya he acabado —dije.

—Si quieres, puedes ayudarme —sugirió.

No podía negarme. Sacó unas patatas y dos cuchillos. Me dio uno de ellos y empezamos a pelarlas. Después el procedió a cortarlas en gajos mientras yo seguía pelando las restantes. Cuando iba a dejar una de las patatas, él acercó su mano y nos tocamos. Sentir sus dedos en mi piel me turbaba de tal manera que me hacía perder el hilo de lo que hacía. Cuando acabé la última patata me lavé las manos y, al ir a coger el trapo para secármelas, Joaquín me agarró de nuevo la mano.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Notaba como su dedo pulgar me acariciaba dulcemente la palma y todo un escalofrío me recorrió el cuerpo. Sus caricias me hacían sentir muchas cosas que no podía explicar.

—Mírame —me dijo mientras me levantaba la barbilla con su mano derecha. Como iba a explicarle algo si ni yo misma me entendía—. Habla conmigo —insistió.

Un alboroto desde la puerta hizo que Joaquín me soltara y se separara de mí.

—Tengo mucha hambre —dijo Lucía al entrar corriendo a la cocina.

Aproveché el jaleo para escaquearme y subir a mi dormitorio.

—Todavía queda un rato —oí que contestaba Joaquín a la pequeña.

Cuando llegue a la seguridad de mi dormitorio seguía perturbada. El corazón me latía a mil por hora y no entendía los sentimientos contradictorios que sentía. Por un lado, deseaba estar con Joaquín y que me tocara y besara, pero por otro tenía mucho miedo. Casi pánico a que no funcionara y me abandonara, porque entonces estaría otra vez sola. Me había convencido de que estaba bien así, pero no era cierto, necesitaba tener a alguien, por eso había estado tantos años con Mateo, por el miedo a quedarme sola. Ahora me daba cuenta de ello. Me senté en el suelo y me acurruqué. Joaquín subió a llamarme para cenar, pero no bajé. No me veía con ganas, así que dije que me sentía un poco indispuesta. Esa noche fue muy larga y no descansé nada. A la mañana siguiente Joaquín llamó a mi puerta.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó.

—No mucho —contesté y no era mentira. Me sentía cansada y triste.

—¿Quieres acompañarme a hacer unas visitas? —sugirió.

—Prefiero quedarme en casa —respondí.

—De acuerdo —aceptó poco convencido con mi respuesta.

Me quedé en la habitación hasta que todos se hubieron marchado. Después bajé y desayuné. Como la colada estaba en la lavadora aproveché y la lavé. Después la recogí y la ordené por personas. Tenía cuatro montones de ropa que esperaba haber organizado bien. Fui por los dormitorios dejándola. Cuando entré en el primero, que era el de Lucía, vi que no había hecho la cama y que tenía un poco desordenada la habitación. La recogí y limpié. Después fui al dormitorio de Tomás, donde dejé la ropa encima de la cama y ventilé un poco. La habitación de Antonio era la más ordenada y limpia. Me faltaba la ropa de Joaquín y una habitación por entrar. Cuando entré me asombró comprobar que era un despacho. Había algo de ropa de cama en una silla al lado del sofá. Yo sabía que el dormitorio que ocupaba era el suyo, pero pensaba que dormía en uno de invitados y en una cama, pero me equivocaba: estaba durmiendo en su despacho y en un sofá. Me sentí tremendamente egoísta por haberle usurpado su habitación.

En cuanto llegara tendría que cambiarle el dormitorio. Dejé la ropa en otra silla y cotilleé un poco la estancia. Había un marco encima de su mesa donde aparecía con su padre y una guapa mujer que me imaginaba que sería su hermana. Ventilé y limpié el polvo de la estancia. Lavé la manta que usaba para taparse porque me olía a polvo y a guardada. Después la dejé otra vez en el despacho. Cuando salí me encontré con Antonio, que había regresado.

—Hola —saludé.

—Hola —contestó al pasar a mi lado.

—¿Claudia te puedo preguntar una cosa?

—Sí, claro —respondí.

—Esta tarde tengo que subir a Tomy a entrenar y a Lucy, que ha quedado con una amiga para jugar, y la cosa es que quiero ir al hospital a ver a un amigo. ¿Te importaría quedarte con la niña mientras juega? —preguntó.

—Por supuesto que no—contesté.

—Perfecto, pues nos iremos a eso de las cinco y media —indicó.

—Estaré preparada —confirmé.

La mañana paso rápidamente, hice la comida, vinieron todos, comimos y cuando me quise dar cuenta era la hora de marcharnos.

—¿Estamos todos listos? —preguntó Antonio desde la puerta.

—¡Sí! —gritó alegremente Lucía. Y era cierto, estábamos todos en la puerta esperando a irnos.

—Pasadlo bien y nos vemos a la vuelta —se despidió Joaquín.

—Adiós, tío —respondió Lucía.

Dejamos primero a Tomás en el entrenamiento y después aparcamos cerca de la plaza del pueblo.

—Volveré en dos horas más o menos —explicó.

—De acuerdo —respondí.

—Esperadme en el parque, que ya le he dicho a Tomás que venga después del entrenamiento y os recojo a todos —informó.

—Aquí estaremos —contesté.

Nos bajamos y Antonio desaparcó y se marchó. Lucía me llevó al parque donde había quedado con su amiga. En cuanto la vio salió disparada a jugar con ella, mientras yo busqué un banco y me senté a vigilarla. Cuando llevaban una hora jugando, Lucía se acercó a pedirme que jugara con ellas. No pude negarme y participé en sus juegos. Llegó la mama de su amiga a decirnos que se tenían que marchar. Así que, como todavía no habían pasado las dos horas, nos quedamos un poco más en los columpios esperando a Tomás y a Antonio. Estaba columpiando a Lucía cuando vi a un hombre a lo lejos, al lado de una cafetería, que me pareció conocido. Cuando me fijé más, mi corazón se aceleró, ese hombre que me observaba desde lo lejos se parecía a Mateo. Parpadeé un par de veces como si de una visión se tratara, pero no se desvanecía. El hombre estaba tranquilamente mirándome mientras fumaba un cigarro. Me empezó a costar respirar con normalidad. Lucía se dio cuenta de mi desasosiego y bajo de un salto del columpio.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupada.

Intenté mantener la calma, no podía haberme encontrado, seguramente no era él. Rogué al cielo.

—Estoy bien —contesté a Lucía, que me miraba asustada.

Cuando levanté la vista para mirar al hombre, este ya no estaba.

—Es que me había parecido ver a alguien conocido —le conté a Lucía.

La niña pareció convencerse con mi respuesta y no volvió a preguntar más. Poco a poco me recompuse. Cogí a Lucía y fuimos a buscar a Tomás, ya que no quería quedarme allí por si ese hombre volvía a aparecer. En mitad de camino nos cruzamos con Tomás, que se sorprendió de nuestro encuentro.

—Es que se ha marchado hace un buen rato su amiga y por eso hemos decidido venir a buscarte —me justifiqué.

Quedo convencido con mi respuesta. De camino al parque pasamos por la cafetería donde había estado ese hombre tan parecido a Mateo. Miré el suelo donde había tirado su colilla y pude comprobar con horror que era de un cigarro camel, que justamente era la marca de cigarrillos de Mateo. Eso me descolocó un poco, pero pensé que era otra casualidad, como que ese hombre de cabellos rubios y mirada fría se pareciera a Mateo.

No tardó en llegar Antonio y nos marchamos a casa. Me paseé el resto del día un poco nerviosa y hasta que no estuve en la seguridad

de mi dormitorio no me tranquilicé. Pasé una noche muy movida con pesadillas.

La mañana siguiente era sábado y Joaquín organizó una excursión por la montaña para ir a ver una cascada. Salimos temprano todos menos Antonio, que se quedó en casa. El viaje duró una hora y media más o menos hasta llegar a una pequeña explanada donde aparcamos el coche. Todos bajamos del vehículo para prepararnos para la caminata hasta la cascada.

—Espera, Claudia, tengo una cosa para ti —me dijo Joaquín.

Me acerqué hacia él, que estaba en el maletero del coche sacando las mochilas. Me dio un paquete envuelto.

—¿Para mí? —pregunté sorprendida por el detalle.

—Sí —contestó lanzándome una sonrisa.

Lo abrí y encontré unas botas de montaña.

—Muchas gracias, pero no tenías por qué hacerlo –agradecí.

—Quería regalártelas —indicó dulcemente.

Saqué las botas de la caja y me las puse. Me estaban geniales y eran muy cómodas.

—Son el mejor calzado para andar por la montaña —opinó.

Y era cierto, la caminata fue de unos cuantos kilómetros, pero valió la pena cada paso. Cuando llegamos a la cascada me quede sin palabras de lo bonita que era. Buscamos un buen sitio para almorzar con las mejores vistas. Una vez que recobramos las fuerzas emprendimos el camino de regreso al coche. Paramos a comer en un restaurante y después fuimos a visitar a Titán. El ternero estaba ya suelto con las demás vacas y tenía un aspecto estupendo. No regresamos a la casa hasta la hora de cenar. Cuando llegamos, todos estábamos cansados del tan ajetreado día, así que cenamos algo rápido y nos fuimos a descansar. Me di una buena ducha para relajarme un poco y después me coloqué la camisa de Joaquín que tanto me gustaba. Me sentía genial y me tiré encima de la cama. Entonces caí en la cuenta de que entre una cosa y otra se me había olvidado cambiar el dormitorio a Joaquín. Yo estaba disfrutando de una fantástica cama mientras él dormía en un incómodo sofá. Me levanté y fui a su despacho. Llamé suavemente a la puerta. Oí una voz, así que entré. Al hacerlo, me encontré a Joaquín semidesnudo cubierto solo por un pantalón caminando por la habitación. Me quedé petrificada deleitándome con su espléndido cuerpo. Mientras él no se había percatado de mi presencia, puesto que estaba hablando por el móvil.

—No te preocupes, no creo que sea nada; de todas formas, si mañana sigue igual, voy a revisarlo —hablaba por el móvil.

Y entonces se giró y me vio allí parada en la puerta de su habitación y con cara de tonta. Una picara sonrisa se le escapó de la cara, lo que

hizo que me sintiera más incómoda todavía. Intenté marcharme, pero él me hizo un gesto con la mano pidiéndome un minuto y esperé. Al verlo así mi cabeza no podía pensar con claridad. Tenía los músculos todos marcados y en su sitio. Tenía un cuerpo digno de ver. De repente me costaba tragar saliva y me sentía azorada por la expectativa.

—Hasta mañana —se despidió y colgó.

—¿Necesitas algo? —preguntó acercándose un poco a mí.

Me había quedado sin palabras. No conseguía articular ninguna. Era tan guapo y estaba tan bueno que me costaba concéntrame si lo miraba, y más sin camiseta.

—¿Claudia? —insistió.

—¿Podrías ponerte una camiseta, por favor? —supliqué.

Si seguía mirándole los músculos, los pectorales y los abdominales me iba a volver loca.

—Sí, claro —dijo y buscó una camiseta. Se la colocó velozmente y me miró expectante. Necesitaba un poco más de tiempo para dejar de imaginarme ese cuerpazo debajo de esa camiseta y dejar de babear para poder hablar.

—De todas formas, igual tú también deberías ponerte algo más que una camisa para venir a visitarme a mi dormitorio —añadió sensualmente.

Yo me miré de arriba y abajo y no pude comprender bien a qué se refería. La verdad es que mi cuerpo no tenía nada que ver con el suyo. Él era un príncipe y yo una rana. Cogí la manta gorda que el día anterior había lavado y me tapé con ella como si tuviera frío.

Él debió de entender mi desasosiego porque se me acercó y me agarró por la cintura pegando nuestros cuerpos. Su mirada escondía deseo.

—¿En qué puedo ayudar a esta preciosa mujer? —susurró, tan cerca de mí que me erizó la piel. Abrí la boca, pero no pude articular ningún sonido—. Se me ocurren muchas cosas que hacer juntos —me susurró rozando su nariz con la mía.

Al sentir ese precioso gesto instintivamente cerré los ojos y al volver a abrirlos Joaquín me miró con mucha dulzura. Me acercó más a él y yo no me separé. Podía sentir sus músculos pegados a mi pecho y eso me excitaba. Joaquín se acercó lentamente y me besó. Yo le devolví el beso. Joaquín intensificó su pasión y yo le respondí de igual manera. Me quitó la manta y me subió a horcajadas a él. Yo seguí besándolo sin importarme nada más que él y yo. Todo lo demás carecía de importancia en ese momento. Me deje llevar por primera vez por mis pasiones más ocultas. Le arranqué la camiseta y toqué sus músculos, duros y fuertes. Joaquín subió su mano derecha por mi muslo hasta el culo y cuando llegó allí me lo apretó. De una forma posesiva, pero a la

vez delicada. Me llevó al sofá y me recostó. Él se colocó encima de mí y con mucha habilidad, mientras me besaba, me desabrochó los botones de la camisa, dejando sin protección mis pechos. Los acarició, los besó y los chupó. Sentir sus labios por mi cuerpo me derretía, me sentía húmeda y dispuesta. Me quitó ágilmente la braga. Yo no podía creerme lo que me estaba pasando. Joaquín era lo mejor que me había sucedido en la vida y estaba conmigo en ese momento. Me besó el ombligo y yo enrosqué mis dedos en su cabello mientras ascendía besándome lentamente. Cuando llegó al cuello, me mordió el lóbulo de la oreja derecha. Y me susurró al oído:

—Eres increíble.

Después me miró, al tiempo que separaba un poco más mis piernas. Nuestros ojos no perdían detalle el uno del otro. Nos devorábamos con la mirada. Sentí como me penetraba lentamente y mi cuerpo sucumbía a todas las emociones. Aceleró sus embestidas poco a poco. Yo crucé mis piernas en su espalda para notarlo más adentro de mi ser. Necesitaba sentirlo plenamente. Nos sincronizamos el uno con el otro hasta convertirnos en uno. Cuando llegamos al clímax me faltaba el aire y tenía el corazón a mil. Jamás había sentido algo parecido con Mateo. Cuando Joaquín se quitó de encima se recostó a mi lado y me abrazó. Así nos quedamos disfrutando de nuestra cercanía. Joaquín nos tapó con una sábana.

Me desperté con la luz de la mañana. Al comprobar donde me encontraba y con quien, me sobresalté un poco. Joaquín me abrazó más fuertemente como ahuyentando mis miedos. Estaba muy a gusto a su lado, eso no podía negarlo, pero no podía evitar pensar que todo esto era una mala idea. Amaba a Joaquín, de eso estaba segura, pero no me veía con fuerzas de empezar una nueva relación y menos aún de tener que marcharme después si no funcionaba. Tenía mucho miedo de perderlo a él y a su familia. Ahora que había encontrado el amor no sabía cómo mantenerlo.

—Eres muy madrugadora —rompió el silencio Joaquín.

—Será mejor que me vaya antes de que se levanten los demás —opiné.

—No te preocupes, todavía es muy temprano —respondió. Me besó suavemente el cuello despertando en mí todo el deseo. Luego, siguió subiendo hasta mi lóbulo izquierdo, que mordisqueó juguetonamente —. Por cierto, cuando ayer viniste a verme ¿qué es lo que querías? —me preguntó.

Yo estaba embelesada con sus caricias y besos, por lo que me costó un poco asimilar su pregunta.

—Quería cambiarte la habitación —contesté.

—¿Y por qué quieres hacer eso? —interrogó.

Se movió e hizo que mi espalda tocara el sofá. Colocándose luego él

apoyado con su brazo derecho para mirarme bien.

—No es justo que yo disfruté de tu habitación y sus comodidades mientras tú tienes que dormir en un sofá —expliqué.

Me escuchó seriamente y después preguntó:

—¿Acaso te ha parecido incómodo el sofá?

—No —respondí sinceramente.

—Este sofá es cómodo y descanso muy bien, además también aprovecho para adelantar trabajo —contó.

—Pero estarías mejor durmiendo en la cama —insistí.

—Quiero que sigas usando mi habitación porque me encanta saber que estás allí —desveló.

Ante esa respuesta no sabía qué responder. Me había dejado sin palabras.

—De todas formas, si quieres puedo ir a dormir contigo —insinuó sensualmente. Noté como todos los colores subían a mi cara por su indecorosa propuesta. Rio al ver mi expresión y mi desasosiego—. Será mejor que me levante y me dé una buena ducha con agua fría —comentó.

Me dio un suave beso en la frente y se levantó ágilmente del sofá. Cuando se marchó de mi lado sentí frío, la falta de su contacto y del calor que desprendía su cuerpo se notó con su ausencia. Una pequeña punzada de pena me recorrió el cuerpo. Estando en su compañía me sentía completa y feliz, como nunca me había sentido. Me estaba dando cuenta de que cuanto más tiempo pasaba con él más miedo tenía de perderlo todo. Además, no sabía qué era lo que él sentía por mí y si sus sentimientos eran tan fuertes como los míos. Ajeno a todo, Joaquín cogió un par de prendas limpias y se fue al servicio. Me quedé un rato mirando la puerta cerrada y escuchando el sonido del agua de la ducha corriendo. Por un instante dudé en entrar con él y ducharnos juntos. La sola idea me excitó, pero la deseché, aunque un poco a mi pesar. No podía ser tan atrevida, además yo nunca lo había sido. Poco a poco y gracias a Joaquín ganaba confianza en mí misma y me sorprendía a veces haciendo o diciendo cosas que antes no se me hubieran pasado por la cabeza, incluso me salían impulsivamente. Era una nueva faceta mía que me gustaba, pero a la vez me asustaba un poco.

Me levanté y recogí todo, quería darme prisa antes de que Joaquín saliera de la ducha. Ahora mismo no me veía capaz de verlo de nuevo porque tenía todos mis sentimientos a flor de piel. En cuanto acabé salí disparada a mi cuarto. Estaba toda azorada y acalorada de solo pensar en la noche pasada junto a él. Una buena ducha de agua fría me haría entrar en razón y volver a la realidad, así que me duché. Cuando terminé, me vestí y bajé a preparar el desayuno. Joaquín se me había adelantado y estaba empezando a hacer café. En cuanto me

vio, me sonrió de una forma muy dulce. Al verlo tan feliz me di cuenta de cuánto me gustaba verlo así y de cómo lo amaba. No puede evitar quedarme mirándolo como una tonta, embelesada por él, hasta que al oír su voz volví a la realidad.

—¿Puedes ayudarme? —pidió.

—Claro —respondí y me puse afanosa a colaborar con la preparación del desayuno.

Los días y las semanas pasaban con la rutina habitual del colegio, las extraescolares y alguna salida acompañando a Joaquín. Cada vez me sentía más plena, feliz e integrada en la familia.

VI

Una tarde, mientras Lucía y yo jugábamos en el parque haciendo tiempo hasta que Tomás terminara su entrenamiento de fútbol, me sentí rara. Tenía una sensación extraña que me hacía estar inquieta y no comprendía a qué se debía. Al poco tiempo apareció Tomás y nos dirigimos al coche, donde habíamos quedado con Antonio. Cuando estábamos a punto de llegar, un hombre se nos cruzó y nos bloqueó el paso. Yo llevaba a Lucía de la mano y no me percaté bien de quién nos había interrumpido. Alcé la mirada y comprobé con horror que se trataba de Mateo.

Mi cuerpo empezó a temblar de puro miedo.

—¡Mira a quién he encontrado! —exclamó riéndose por mi desazón por la sorpresa. Me quede sin palabras y petrificada. De repente toda mi fuerza y valentía desapareció. Me volvía a sentir la joven desvalida de siempre—. Te fuiste de mi casa de muy malas maneras —continuó su monólogo. Tomás que se encontraba detrás de mí, intentaba mirar al caballero que hablaba tan familiarmente conmigo, pero como el sitio donde nos habíamos parado era muy estrecho, no conseguía verlo bien—. Creo que ya has jugado mucho a las casitas y debes volver —amenazó acercándose un poco más hacia mí.

Yo intentaba recuperar mi fuerza y mi valor perdido para poder gritarle que jamás volvería con él, que ahora era feliz, pero de mi boca no salía ni un leve sonido.

—Claudia, quiero irme a casa —interrumpió Lucía tirando de mi mano un poco atemorizada por la situación. Entonces con ese suave tirón de atención, al volver la mirada hacia la pequeña, reaccioné; ella me dio el valor suficiente para hablar:

—No voy a volver contigo.

—¡Sí que lo vas a hacer! —amenazó al tiempo que alargaba su mano y me cogía por el antebrazo izquierdo fuertemente. Lucía se asustó más y me agarró la mano derecha con todas sus fuerzas como intentando separarme de mi opresor.

—¡Suéltame! —pedí.

Mateo aprovechó mi negativa para apretar con intensidad y haciéndome mucho más daño. Tenía que salir de esa situación, pero no sabía cómo.

—¡Déjala! —gritó Tomás detrás de mí.

Como Mateo veía que no cedía y no me movía tiró bruscamente de mí y me lanzó al suelo. Conseguí soltar la mano de Lucía en mi caída para no tirarla a ella también, aunque la pequeña perdió el equilibrio y cayó de rodillas. Tomás se movió rápidamente y empujó con fuerza

a Mateo alejándolo un poco de nosotras.

—¡Márchate de aquí! —gritó enfadado Tomás.

—Sin ella jamás —respondió Mateo recomponiéndose del empujón. Mientras Tomás ayudaba a su hermana a levantarse del suelo, Mateo aprovechó para agarrarme del pelo y me elevó del suelo—. Deja de hacer el tonto o será peor —me amenazó mirándome a los ojos.

Su amenaza era real y sabía lo peligroso que era cuando se enfadaba demasiado, pero ver a los niños en medio de la pelea me daba fuerzas y el valor necesario para poder enfrentarlo, aunque también estaba aterrorizada con la posibilidad de que les hiciera daño. Yo era la adulta y debía comportarme como tal y defenderlos de Mateo. Fue la primera vez que no lloré por todo el daño que me estaba haciendo. El dolor se convirtió en resistencia.

—¡No voy a ir contigo a ningún sitio! —reiteré con todas mis fuerzas para que sonara lo más convincente posible.

Mateo cambio la expresión de la cara y me agarró del cuello.

—Vendrás por las buenas o por las malas —contestó.

Su presión se intensificó y empezó a costarme respirar. Intenté forcejear para liberarme, pero era inútil: él era más grande y fuerte que yo. Me estaba ahogando con tanta presión. Mis manos se fueron al cuello y le clavé las uñas e intenté soltar sus dedos. No podía respirar y notaba como la cabeza empezaba a abotagarse. Intenté zafarme, pero no conseguía que su presión se aflojara.

—Suéltame —dije con mi último hilo de voz.

Tomás, que tenía a su hermana agarrada a su pierna, no podía evitar ver cómo me ponía roja por la falta de oxígeno. Me estaba asfixiando delante de sus ojos. De repente se lanzó a por Mateo. Lo empujó y le golpeó para tratar de que me soltara. Mateo en vez de liberarme apretó más y de repente todo se volvió nubloso. Tomás atizó un puñetazo a la cara de Mateo, al que pilló por sorpresa, y eso provocó que me soltara. Caí al suelo y conseguí por fin que entrara oxígeno a mis pulmones.

Mateo al ver la resistencia y la fuerza de Tomás, que se colocó en medio para defenderme, se achantó un poco. Creo que no esperaba encontrar tanta oposición y menos de un chico joven.

—Como no te marches, pediré ayuda —amenazó Tomás al ver que no cedía en su empeño de golpearme y de querer llevarme con él.

Se veía la determinación en Tomás y, aunque solo era un niño, tenía el cuerpo desarrollado y podía hacer frente a Mateo. Este pareció dudar por un instante si continuar con los ataques o retirarse. Al mirar a los alrededores vio que empezaba a llamar la atención de los transeúntes y yo sabía que eso era lo que menos quería.

—Has ganado esta vez, pero volveré y la próxima vez no te va a salvar nadie —sentenció.

Yo le creí, siempre cumplía sus amenazas. Se alejó de nosotros rápidamente y yo suspiré tranquila. Me levanté del suelo y Lucía me agarró las piernas fuertemente para darme su apoyo. Incluso Tomás estaba preocupado por mi bienestar.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado.

Yo no quería inquietar más a nadie y le contesté:

—Sí —aunque no era cierto.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó directamente.

No me veía con ganas para contarle nada, por lo que respondí:

—No es nadie.

Tomás me miró más inquieto todavía, pero no insistió. Me coloqué bien la ropa y me tapé el cuello con la cazadora. Después retomamos el camino hasta el coche, donde Antonio, ajeno a todo, nos esperaba sentado dentro. Me alegré mucho porque, si él hubiera presenciado la escena, todo hubiera sido diferente. Cuando íbamos a entrar al coche les pedí a los niños:

—Por favor, no contéis lo que ha pasado a Antonio ni a Joaquín.

Lucía asintió sin más, pero Tomás no estaba convencido.

—Los problemas no desaparecen, aunque no los cuentes –respondió.

Sabía que tenía más razón que un santo, pero no quería que nadie interviniera. Mateo era muy peligroso y no era justo que ellos se vieran involucrados en todo eso. Suficientemente mal me sentía ahora por todo lo que habían pasado y presenciado los chicos. Lo que menos quería era implicar a más gente.

Tomás no dijo nada más y entró al coche. Yo después. No podía dejar de dar vueltas a la idea de que Mateo volviera a por mí. Estaba aterrada de solo pensar en volver con él y a su casa. Ahora que era tan feliz no podía volver a ese infierno, pero ¿qué podía hacer?

Cuando llegamos a casa, Joaquín estaba haciendo la cena. A mí con todo lo sucedido se me había quitado el hambre, me disculpé rápidamente y subí a mi dormitorio para que Joaquín no me preguntara nada porque entonces no podría retener las lágrimas y la tristeza que me embargaba. Joaquín, aunque levemente consiguió verme la cara y dedujo que algo me había sucedido. Antes de salir de la cocina le oí preguntar a Antonio:

—¿Ha pasado algo?

—Ha venido todo el viaje muy callada y decaída, pero no sé qué ha podido suceder –respondió.

—Igual está cansada —opinó Joaquín.

Cuando llegué a mi dormitorio, me encontraba muy inquieta. No quería volver con Mateo y tampoco podía quedarme con Joaquín ahora que me había encontrado. La única solución que se me ocurría era huir, pero la sola idea me mataba por dentro. No quería alejarme de esta familia y menos de Joaquín porque lo amaba como jamás

había amado a nadie. Lloré de pura frustración y de tristeza por tener que dejar todo lo que quería, aunque sabía que era lo mejor. Eso no me consolaba. Preparé mis cosas esa misma noche. Cogí papel y un bolígrafo, decidí escribir unas breves líneas de despedida para todos y en especial para Joaquín ante mi brusca escapada:

Querido Joaquín:

Siento haberme tenido que ir así, de una forma tan precipitada, pero créeme cuando te digo que es lo mejor. Muchas gracias por todo lo que me has dado y sobre todo por el cariño que he sentido de ti y de tu familia. Jamás me había sentido tan plena y feliz. Pero, sobre todo, muchas gracias por demostrarme que puedo ser amada. Nunca te olvidaré y ojalá puedas perdonarme.

Te quiere Claudia.

Las lágrimas me desbordaron. Besé la carta y la deje en la mesa para que fuera fácil encontrarla. Todavía era temprano y sabía que Antonio y Joaquín estaban despiertos, por lo que tendría que esperar hasta que fuera mucho más de noche para poder escapar sin que me vieran. Estaba azorada y no podía parar de pasear de un lado a otro de la habitación, pensando en cómo se iba a sentir Joaquín cuando encontrara la carta. Se merecía una despedida mejor, pero no era capaz de mirarle a la cara sabiendo que nunca más lo volvería a ver. Las horas pasaban muy lentamente y estaba cada vez más nerviosa. Miré el reloj: era la una de la madrugada. Bajé las escaleras con la bolsa dispuesta a marchar. Cuando llegué a la puerta principal oí un ruido y supe que Joaquín todavía estaba despierto. Escondí la bolsa a un lado del sofá y fui a verlo. Necesitaba con desesperación estar con él por última vez. No llamé a la puerta, sino que entré. La estancia estaba iluminada solo por una pequeña luz encendida al lado del sofá. Joaquín estaba recostado leyendo un libro muy tranquilamente. Unas ganas enormes de besarlo se adueñaron de mí. Me dirigí hacia él. Le quité el libro y su expresión de sorpresa me alegró y consiguió sacarme una sonrisa. Velozmente apagué la luz de la mesilla para que no viera mi tristeza reflejada en mi cara. Con la suave luz que entraba por a la ventana era suficiente.

—¡Qué fantástica sorpresa! —dijo felizmente y ajeno a todo.

Le besé con pasión para que no hablara más. Él me devolvió con la misma intensidad el beso. Lo acaricié, lo abracé y le besé por todas las partes saboreando todo su cuerpo. Quería recordar para siempre ese momento. Hicimos el amor de una forma tan bonita y pura que solo pensar que jamás podría volver a estar así con él me mataba. Me

abrazó fuertemente y todo mi miedo desapareció. Cerré los ojos disfrutando de esa sensación.

Cuando volví a abrirlos eran más de las tres de la mañana. Joaquín estaba profundamente dormido a mi lado, le besé por última vez los labios y me separé muy a mi pesar de él. Me vestí y salí muy silenciosamente del dormitorio. Rompí a llorar en cuanto cerré la puerta. Lo amaba tanto que solo pensar en alejarme de él me rompía el alma en mil pedazos. Se había ganado mi corazón para siempre y yo sabía que jamás conseguiría olvidarlo. Recogí la bolsa y salí de la casa sin rumbo fijo. Quería llegar al pueblo y coger un autobús a algún lugar lejano. Me sabía el camino de sobra y calculaba que en unas tres horas a buen paso podría estar allí. Emprendí el viaje sin retorno. Eché un último vistazo a la casa y caminé sin detenerme. Era muy de noche, pero la luna dejaba ver lo suficiente para poder guiarme por la carretera. Los pies me pesaban y no era de cansancio, sino de pena. Empezaba a amanecer, por lo que debía ir más despacio de lo que había planeado, tenía que acelerar el ritmo si quería llegar al pueblo antes de que Joaquín se despertara y notara mi ausencia.

Cuando llegué a la estación de autobuses compré el billete que hacía la ruta más larga y era para Galicia. El único problema es que tenía que esperar a las siete y media de la mañana a que saliese el primero. Me senté en las sillas y esperé. Había gente yendo y viniendo tan ajena a mi desasosiego, cada uno con sus cosas, que la situación me hizo sentirme muy poca cosa. Para mí marcharme era el fin del mundo, pero el mundo seguía girando. Se acercaba la hora y el autobús llegó. Sabía que debía marcharme, aunque no por ello era más fácil.

—¡Claudia! —Oí mi nombre.

No podía creérmelo. Me giré y allí estaba Joaquín todo acelerado.

—No deberías estar aquí —dije mirándolo sorprendida por su interrupción.

—He venido a buscarte y a llevarte a casa —contestó.

Su mirada era sincera y sabía de sobra que lo decía de corazón.

—No puedo quedarme —expliqué intentando que entendiera.

—Tomás me ha contado lo del hombre que te atacó y no debes huir por eso —indicó.

Me impactó que supiera lo ocurrido con Mateo. Aunque por una parte me alegraba, no quería que pensara que me marchaba porque me arrepintiera de lo que había ocurrido entre nosotros dos.

—Es lo mejor. Él no se marchará y no me dejará en paz —desvelé.

—No tienes de que preocuparte, yo te protegeré de él y de cualquier persona que quiera hacerte daño —se ofreció Joaquín acercándose más a mí.

—Pero no tienes ni idea de cómo es y lo peligroso que puede llegar

a ser –expliqué llorando.

—No me importa, si estamos juntos podremos con ello —indicó mientras me agarraba las manos.

Yo no estaba tan segura y no quería implicarle en todo eso, pero a la vez una parte de mí deseaba que me ayudara a salir de esa horrible pesadilla.

—No me perdonaría que os hiciera daño por mi culpa —desvelé mi temor.

—Tienes que confiar en mí y en que solucionaremos este asunto juntos —me pidió.

Claro que confiaba en él con todo mi corazón, pero no me parecía justo meterlo en ese enorme problema.

—Lo mejor es que me vaya —opiné.

—¡No! —gritó.

—¡Joaquín no lo hagas más difícil! —supliqué llorando.

—No lo entiendes, ¿verdad? No permitiré que te vayas porque te quiero y quiero estar junto a ti —se declaró Joaquín.

Su manifestación de amor me pilló por sorpresa y me descolocó. Él me amaba. Lo decía de verdad, sus ojos no mentían. Era la mejor noticia que me podían dar. Mi amor era correspondido.

—Yo también te quiero —desvelé para que supiera que yo sentía lo mismo. Aunque sabía que lo más fácil hubiera sido mentirle, pero había sido tan sincero y valiente declarándose que se merecía que yo fuera igual de sincera. Se acercó más a mí y me besó. Sellando nuestra declaración.

—Todo saldrá bien, te lo prometo —me dijo al oído mientras me abrazaba con fuerza.

—Creo que no es buena idea —contesté.

—Los dos nos queremos y nos merecemos esta oportunidad —insistió. Deseaba con todo mi ser decirle que sí—. Claudia, ¿quieres quedarte conmigo como pareja formal? —preguntó.

Yo lo miré, lo amaba y lo que más deseaba era quedarme junto a él, pero a la vez tenía miedo de, si no funcionaba nuestra relación, lo que pasaría después. Había tenido miedo durante mucho tiempo y me había propuesto dejar de tenerlo, por lo que debía arriesgarme y luchar por su amor. Me merecía intentarlo y también que me amaran.

—Quiero ser tu novia —respondí sonriendo.

—Juntos superaremos todo —dijo a la vez que me besaba.

Le creí. Me volvía a sentir segura a su lado, aunque no podía dejar de pensar en cuál sería el siguiente paso de Mateo y rogaba al cielo para que nadie saliese herido. Salimos cogidos de la mano de la estación y nos dirigimos al coche. Joaquín llamó a casa y con ellos. Solo llegué a oír que no volveríamos hasta la noche. Ahora vamos a ir a un sitio tranquilo. Condujo hasta un pequeño hotel en un pueblo

cercano. Entramos y pidió una habitación. Subimos a ella, que estaba en el segundo piso. Era una estancia muy acogedora con una gran cama, dos mesillas, una cómoda y un pequeño escritorio a un lado. La vista de la habitación era increíble, todo rodeado de árboles. Joaquín se sentó en la cama y me indicó que hiciera lo mismo.

—Ahora me vas a contar todo, no puede haber más secretos entre nosotros —pidió.

Y no me negué. No era justo que ocultará más las cosas ahora que Joaquín iba a estar implicado.

—No sé por dónde empezar —comenté.

—Por el principio —respondió Joaquín seriamente, pero a la vez siendo paciente.

—Lo conocí hace varios años y al principio no era así —intenté justificarlo mientras me levantaba y andaba por la habitación.

—No lo defiendas, ¿cómo lo conociste? —preguntó.

—Salí una noche con mis amigas de primero de carrera y él estaba en el bar donde tomamos algo. Se acercó muy simpáticamente y en seguida se ganó nuestra confianza.

—¿Qué carrera estudiaste? —preguntó.

—No acabé la carrera, pero me había matriculado en medicina.

— ¿Y por qué no la acabaste? —interrogó.

—Tuve que dejarla porque a Mateo no le gustaba que pasara tanto tiempo estudiando, ni en la facultad, ni con las amigas —expliqué.

—Te fue apartando de todos, ¿verdad? —indagó.

—Sí, aunque al principio no me di cuenta. Un día se enfadaba porque estudiaba mucho, otro porque no quería que me fuera de su casa y tenía que faltar a las clases. Poco a poco fui dejando los estudios de lado, hasta que no pude volver —conté asintiendo con los hombros.

—Continúa —pidió Joaquín.

—Perdí mi beca y tuve que dejar el piso que compartía con una amiga e irme a vivir con él. Al principio iba todo bien, pero luego se volvió más posesivo y celoso —expuse.

—¿Trabajaste en algo mientras vivías con él? —interrogó.

—Estuve un tiempo después de dejar la facultad sin trabajar, pero luego empezó a echármelo en cara y me buscó un trabajo de dependienta cerca de casa. Pero no pude trabajar mucho allí porque no le gustaba que cuando llegara a casa no estuviera allí esperándolo. Así que me quedaba en casa viendo los días pasar, aunque tenía libros para distraerme —expliqué.

—¿Te dejaba salir sola? —preguntó.

—Alguna vez —respondí.

—¿Cuántas veces? —insistió.

—Pocas y llegó un momento en que no podía salir si no era con él

—desvelé una verdad que hasta ese momento no me había parecido tan clara.

—¿Cuánto tiempo estuviste con él? —preguntó.

—Años y no quiero decirte cuantos, por favor, no me lo preguntes —sollocé.

Ahora que lo contaba en alto me daba cuenta de la vida más triste que había llevado y los años perdidos por no haber tenido el coraje suficiente para abandonarlo. Me senté a su lado decaída por mi descubrimiento.

—¿Se volvió violento? —me preguntó como atragantándose.

Le miré a los ojos, se notaba que estaba preocupado por la respuesta, pero a la vez la sabía. Agaché los ojos, no podía mirarlo y contárselo. Él, que era un hombre tan bueno y honesto, que jamás levantaría la mano a nadie. Sabía que era tan duro para mi decirlo como para él escucharlo.

—No es necesario que responda —dije intentando zafarme de la respuesta.

—¿Cuántas veces te ha levantado la mano? —inquirió.

—No quiero decírtelo —respondí.

Me agarró por los brazos y me miró seriamente a los ojos. Notaba su desasosiego y su dolor reflejado en su expresión. Lo que le contaba le dolía y no quería que sufriera pensando en mi infierno vivido.

—¿Te ha mandado alguna vez al hospital? —preguntó con dolor.

Bajé la mirada.

—¡Cuando lo coja lo voy a matar! —gritó enfurecido. Se levantó y paseó frenéticamente por la pequeña habitación. Estaba muy enfadado y se le veía amenazante. Yo no sabía cómo podía consolarlo y conseguir que olvidara todo lo que le había contado. No se merecía sufrir por algo que ya había pasado y no había remedio. Parecía un animal herido y peligroso. Me acerqué a él y lo detuve poniendo mis manos en su pecho. Él me miró y se calmó un poco.

—¿Cómo has podido aguantar eso tanto tiempo? —me preguntó entristecido.

—Pensé que así era el amor —desvelé.

—¿Pero…? —no pudo acabar la pregunta.

—Ahora sé que el amor no es así en absoluto. Tú me lo has enseñado —expliqué.

—Siento tanto todo lo que has tenido que pasar. —Me abrazó fuertemente.

Su calor, su cercanía y su amor me reconfortó. Todo parecía muy lejano en mi recuerdo al lado de Joaquín.

—Ahora estás a salvo —me consoló. Levanté la cara para mirarlo y le sonreí porque sabía que era cierto—. No permitiré que te pase nada malo y jamás nadie te volverá a poner la mano encima —prometió.

Lo besé por tan dulces palabras.

—Pero tienes que prometerme que no te marcharas de mi lado —pidió.

—No lo haré —respondí sinceramente.

Me besó de nuevo.

—Te quiero —me declaré.

—Yo te amo —me confesó él.

Nos besamos con pasión. Me levantó fácilmente en brazos y me recostó en la cama. Pasó sus suaves labios desde mi lóbulo hasta el pecho. Me quitó rápidamente la chaqueta y con su mano derecha me levantó lentamente mi camiseta, deleitándome con sus suaves cosquillas. Me la quitó y se detuvo. Lo miré a los ojos y vi una expresión fría. Levanté la cabeza y observé lo que estaba viendo. Tenía un moratón en el brazo derecho de cuando Mateo me había agarrado. Después me acarició el cuello donde también había unos pequeños moratones del intento de estrangulamiento. Le toqué la cara con mi mano provocando que la volviera para mirarme a los ojos y no a mis marcas.

—Ya estoy a salvo —dije.

Él sonrió a duras penas, me besó el brazo como curándome la magulladura e hizo lo mismo por el cuello. Yo me incorporé y le agarré la cabeza para que dejara de preocuparse por los moratones. Lo besé y me coloqué a horcajadas sobre él. Tenía ansiedad de sus besos y sus caricias, pero como él se había petrificado al ver los moratones decidí tomar yo la iniciativa. Pasé mis dedos por su cara, la frente, las cejas, los pómulos, memorizando cada detalle de su hermoso rostro. Me detuve más tiempo en los labios, primero en el superior y después en el inferior. Él entreabrió la boca y no pude más, lo besé. Nuestras lenguas bailaban al mismo compás. Le quité la camisa y me deleité con su esculpido cuerpo. Los dos estábamos muy excitados y con unos rápidos movimientos nos quitamos las partes de abajo hasta quedar completamente desnudos el uno junto al otro. Mientras le besaba me coloqué encima de él, sintiendo toda su hombría dentro de mí. Me hacía sentirme plena. Empecé a moverme lentamente saboreando cada embestida. No podía parar de besarlo y acariciarlo mientras lo sentía dentro de mí. El ritmo se fue acelerando, me sentía pletórica. Levanté la cabeza hacía el techo disfrutando de todas las nuevas sensaciones que estaba percibiendo. Joaquín me lamió el cuello y descendió hasta mis pechos, jugando con mis pezones. Con su ayuda aceleramos el ritmo y sentí como llegaba a saborear el placer. Cuando llegó, me encontraba plena y satisfecha. Nuestras respiraciones se fueron relajando y me abrazó. Nunca había sentido algo igual y me encantaba. Nos recostamos juntos en la cama. Joaquín nos tapó con una manta. Yo me acosté sobre él jugando con mis dedos con los pelos

de su pecho. Él me abrazó con su brazo derecho. En ese instante me sentía la mujer más feliz de todo el universo con él hombre de mi vida a mi lado. Estaba pletórica de amor. No sé cuánto tiempo estuve despierta hasta que el sueño me venció.

Sentí unas cosquillas en la tripa y me desperté. Al abrir los ojos vi a Joaquín besándome el cuerpo. Al verme despierta me sonrió pícaramente. Todo mi cuerpo se encendió y una gran sonrisa iluminó mi rostro. Subió besándome lentamente hasta mis labios y los devoró. Aunque hacía poco tiempo que habíamos hecho el amor, mis ganas no habían disminuido; al contrario, al sentir de nuevo su cuerpo, el mío reaccionó con la misma intensidad. Hicimos de nuevo el amor. Pensé, que jamás me iba a saciar de él. Nos quedamos recostados recuperando el aliento. Después de un rato en silencio, Joaquín:

—Voy a ir a por algo de comer y de beber para no deshidratarnos.

—Me parece una buena idea —respondí, ya que la verdad es que empezaba a tener hambre y sed.

Joaquín me besó en la frente y me dijo:

—Ahora mismo vuelvo. —Asentí en confirmación. Lo observé mientras se vestía para salir de la habitación. Cuando se disponía a salir añadió—: Será mejor que te pongas un albornoz porque como venga y sigas desnuda creo que se nos va a enfriar la comida.

Me hizo sonreír con su comentario.

—Yo me encuentro muy a gusto así —respondí pícaramente.

Joaquín se movió velozmente y me besó en los labios. Yo le acaricié la cabeza y él se fue recostando sobre mí. No podíamos parar de besarnos y amarnos. No pude evitar sonreír de solo pensarlo. Joaquín lo notó y se separó un poco de mí para verme mejor. Levantó sus cejas como preguntándome qué me estaba pasando por la cabeza.

—Si seguimos así, podemos morir de desnutrición —comenté graciosamente.

Joaquín se rio y añadió:

—Es cierto, será mejor que vaya a por algo ahora mismo.

Salió de la habitación y yo me quede mirando al techo. Estaba tan feliz que no podía creérmelo, todo parecía un sueño y era como si el tiempo se hubiera detenido en ese instante. Todo era felicidad y amor e iba aprovechar hasta el último segundo de esa dicha. Joaquín no tardó en regresar con abundante comida y bebida, que devoramos con avidez. Disfrutamos de todo el día juntos, sin distracciones. Solos él y yo. Podría decir que hasta que nos saciamos el uno del otro, pero no era cierto, podría haberme quedado con él así para siempre, pero debíamos volver. Cuando se hizo la hora de cenar, decidimos regresar a casa. Allí todos nos estaban esperando para cenar. Nos sentamos y disfrutamos de la cena en familia. Nadie nos preguntó dónde habíamos estado ni qué habíamos hecho y eso era fantástico porque si

alguien me preguntaba seguro que me ponía a reír como una tonta. No podía parar de sonreír y me sentía acalorada con solo recordar todo lo que habíamos hecho. Cuando recogimos, subí al dormitorio. Me desnudé y me puse la camisa de Joaquín para disfrutar un poco más de su olor y así rememorar el día tan maravilloso que habíamos disfrutado juntos. Llamaron a la puerta y cuando fui a abrir entró Joaquín. Me sorprendió verlo allí, pero a la vez me encantó.

—He venido a dormir con mi chica —indicó.

—¿Seguro que es buena idea? —pregunté un poco preocupada por lo que pudieran pensar los demás.

—Somos pareja y las parejas deben dormir juntas —explicó.

—Entonces me parece una idea genial —respondí encantada por estar en su compañía por más tiempo.

—Creo que habrá que comprarte un pijama, porque si te veo con esa camisa tan sexy todas las noches creo que no vamos a salir de esta habitación nunca —indicó pícaramente.

Sonreí de pura satisfacción por hacerme sentir tan deseada y sexy. Levanté mi dedo índice y le indiqué que fuera hacia mí. Él se acercó y me cogió a horcajadas y nos apoyamos contra la pared. Mientras nos devorábamos el uno al otro. Nuestra pasión no disminuía por más veces que lo hiciéramos; al contrario, cada vez necesitaba más y quería más. Esa noche fue increíble.

A la mañana siguiente, Joaquín tenía que trabajar, ya que había aplazado muchas citas el día anterior. Me ofrecí a acompañarlo y fuimos juntos. Intentaba ayudarlo en todo lo que necesitaba y la verdad es que su trabajo me gustaba y fascinaba. Además, me sentía útil ayudándolo y disfrutando de su compañía.

Pasaban los días y las semanas tranquilas y felices sin noticias de Mateo. Joaquín decía que igual se había cansado y se había marchado, pero yo no lo creía. Sabía que iba a reaparecer tarde o temprano y que volvería mi vida del revés. Todas las noches rogaba a Dios para que no regresara jamás y me dejara ser feliz junto a Joaquín y su familia.

Una mañana al despertarme me sentí un poco indispuesta y mareada. Incluso vomité el desayuno. Después mejoré un poco durante el día, pero a la mañana siguiente otra vez me encontré mal. Joaquín insistió en que fuera al médico para que me revisara por si estaba incubando algún virus y como el doctor era amigo suyo en seguida nos hizo un hueco. Cuando entramos en la consulta el hombre me saludo muy amablemente. Me indicó que me sentara en la camilla y me examinó. Me preguntó los síntomas y yo se lo expliqué. Me mandó recostarme en la camilla y me palpó la tripa. Mientras, Joaquín esperaba detrás de la cortina. Él hombre asentía mientras me palpaba, pero no comentaba nada. Cuando terminó me dijo que me vistiera y me dio un bote para que le diera una muestra de orina. Salí de la

consulta y volví con la muestra. Joaquín y yo esperamos sentados en las sillas en frente de su mesa mientras el doctor nos daba la espalda y analizaba la muestra que le acababa de dar.

—Como me había imaginado —dijo rompiendo el frío silencio.

—¿Qué tiene doctor? —preguntó Joaquín preocupado.

—Está embarazada —respondió.

Joaquín y yo nos quedamos petrificados con su respuesta.

—¿Cómo? —preguntó de nuevo Joaquín estupefacto con la contestación de su amigo el doctor.

—Hombre, creo que no hace falta que te explique cómo pasan estas cosas —dijo graciosamente.

Yo mentalmente empecé a hacer cálculos de cuando había sido mi última regla. Porque lo que menos quería era estar embarazada de Mateo. La sola idea me aterrorizaba. Miré a Joaquín porque seguro que él estaba pensando lo mismo que yo. Además, no iba a hacerse cargo de un hijo que no era suyo, no era justo.

—Hay que hacer más pruebas, pero para eso debes ir al hospital a que te hagan una ecografía para saber de cuantas semanas estas y cómo va el embarazo. Te voy a preparar los papeles ahora mismo —explicó el doctor mientras se ponía manos a la obra con el papeleo.

Mi cabeza estaba embotellada con la noticia y no conseguía recordar la fecha exacta de mi último periodo estando con Mateo. Todo era porque nunca me había preocupado mucho, ya que siempre la había tenido muy irregular. ¿Estaba embarazada de Mateo? Estaba claro que desde que llevaba con Joaquín no la había tenido. ¿Pero cuándo había sido mi última regla? No conseguía acordarme.

Cuando acabó los papeles Joaquín los recogió y le dio las gracias. Nos levantamos y nos marchamos. El camino a casa fue en silencio. Yo seguía cavilando y Joaquín estaba muy serio y callado. Empecé a temer que me dejara por esto y la verdad es que no podía culparlo. En el fondo sabía que todo esto era demasiado bueno para mí y mi temor a que todo acabara parecía que se acercaba. Me sentí triste y lo cierto es que estar embarazada debía ser una noticia para estar contenta. Llegamos a casa y me fui velozmente a mi dormitorio. Todo iba a acabar. Me tendría que ir y además hacerme cargo de un bebé. ¿Iba a ser capaz de todo ello? Daba vueltas por la habitación intentando poner orden en mi cabeza cuando entró Joaquín sin llamar.

—Tenemos que hablar —expuso.

Su tono de voz me asustó más aún, acaso iba a romper conmigo en ese instante.

—Lo siento —pedí perdón. Joaquín se acercó y me abrazó—. Yo no quería esto —continué.

—Tienes que estar contenta, tener un hijo es una bendición –comentó Joaquín. Lo miré evaluando su expresión—. Vas a ser madre

—expresó seriamente.

—No sé si estoy preparada —confesé.

—Lo estarás y serás una madre maravillosa —me consoló.

«Pero lejos de aquí», pensé para mí. «Lejos de ti». Rompí a llorar.

—¿Qué te pasa?, ¿por qué estas tan triste? —preguntó preocupado.

—Cómo voy a estar contenta si me vas a dejar —respondí enfadada porque no entendía mi desasosiego.

—¿Quién ha dicho que te vaya a dejar? —preguntó.

—¿No has venido a eso? —inquirí.

—Claro que no, vengo a darte todo mi apoyo. Te dije que te amo y que siempre cuidare de ti —manifestó.

—Estabas tan serio que pensé que me ibas a dejar —expliqué.

—Estaba así porque la notica me ha sorprendido, siempre he deseado tener hijos, aunque si te soy sincero hubiera preferido que primero nos casáramos —desveló.

—¿Quieres casarte conmigo? —pregunté estupefacta por la nueva noticia.

—Claro que quiero, pero estaba pensado en una forma bonita y especial para pedírtelo.

—Créeme que jamás olvidaré esta forma de decírmelo —contesté. A sabiendas de que recordaría ese instante el resto de mi vida.

—Entonces ¿aceptas casarte conmigo? —preguntó esta vez formalmente.

—Claro que quiero —respondí saltando a sus brazos y besándolo.

No me iba a dejar. Estaba tan dichosa.

—Juro que te amaré y te cuidaré hasta el último de mis días —me prometió.

—Y yo te prometo que seré siempre tuya —respondí sellando nuestra promesa con un beso.

Nos abrazamos durante un rato asimilando los acontecimientos. Nos acabábamos de comprometer, íbamos a ser marido y mujer. No podía sentirme más dichosa y feliz.

—¿Sabes? Ahora me doy cuenta de que no importa si primero vienen los hijos y después nos casamos, porque los vamos a querer y cuidar igual de bien —confesó.

—¿Y si el hijo no es tuyo? —pregunté con incertidumbre porque existía esa posibilidad.

—No me importa, porque yo lo voy a criar y querer como si fuera de mi sangre —explicó. Sabía que lo decía de corazón y que lo cumpliría.

—¡Cómo te quiero! —respondí y lo besé.

Me sentía un poco mal por haber pensado que nuestro amor no era tan fuerte para superar eso. Nos casaríamos y tendríamos un hijo, por fin iba a tener todo lo que siempre había anhelado con todo mi ser, mi

propia familia.

—Tendremos que contarles a todos las buenas nuevas —indicó Joaquín besándome la cabeza. Asentí con la cabeza. No me salían las palabras de pura dicha—. Estaría bien que lo hiciéramos con una buena cena para así festejarlo —comentó.

Yo lo miré, estaba tan contento como yo y eso me llenaba de satisfacción. Estaba haciendo planes y eso me encantaba. Le sonó el móvil y no tenía intención de cogerlo, pero yo le hice una señal de que aceptara la llamada. Respondió y le oí decir:

—Genial, mañana a las diez allí estaremos, muchas gracias por todo, Doc.

No quería inmiscuirme en su conversación privada, así que no pregunté.

—Era el Doctor, me ha dicho que ha llamado a un amigo suyo que es obstetra y nos ha dado cita para mañana a las diez para la ecografía —explicó.

—¿Mañana? —contesté sorprendida por la rapidez.

—Sí, cuanto antes comprobemos que todo está bien y te hagan las pruebas necesarias es mejor —explicó.

—Vale —respondí.

—Voy a preparar algo de comer, que los chicos vendrán en un rato, ¿te espero abajo? —comentó.

—En seguida voy —respondí.

Joaquín me besó en la frente y salió del dormitorio. Yo me quede sola asimilando todo. Aunque entonces no podía para de pensar en que el bebé podría ser de Mateo y que al día siguiente sabría la respuesta. Rogué al cielo que por favor fuera de Joaquín, él se merecía un hijo de su propia sangre. Pasé el resto del día dando vueltas a cuándo había sido mi última regla. Tenía un leve recuerdo de haberla tenido mientras estaba con Mateo, pero no estaba del todo segura, puesto que los últimos días vividos con él había sido horribles y la regla era la menor de mis preocupaciones en aquella época.

La noche fue un poco movida, tantas emociones vividas no me dejaban conciliar el sueño. Estuve dando vueltas durante unas horas hasta que el cansancio me venció. Joaquín en cambio dormía plácidamente a mi lado. Nos levantamos temprano para llevar a los chicos al colegio aprovechando que íbamos al hospital, aunque no dijimos nada a nadie sobre a donde íbamos esa mañana.

Cuando fue nuestro turno para pasar a la consulta, yo estaba muy nerviosa. El obstetra era un hombre muy simpático y me pidió que me desvistiera la parte de abajo y me recostara en la camilla. Después vino él y me hizo una ecografía transvaginal. Yo miraba la pantalla del ordenador para ver si conseguía distinguir algo. No es que tardara mucho en hablar, pero me pareció una eternidad.

—¿Veis esto? Es vuestro hijo —comentó señalando un pequeño punto blanco sobre un fondo negro. Joaquín me agarró con fuerza la mano y sonrió al ver al pequeño. Yo me quede tan impactada por el diminuto punto que iba a ser mi bebé que casi no podía con la emoción—. Está bien colocado y tiene el corazón fuerte, escuchad los latidos —contó y apretó un botón donde empezó a oírse un latido muy rápido.

—¿Ese es su corazón? —preguntó Joaquín.

—Así es, suena tan rápido porque así es como tiene que ser —explicó—. Ahora vamos a calcular por su tamaño de cuantas semanas estas —dijo mientras movía un puntero por la pantalla.

—No consigo recordar bien cuando fue mi última regla —intenté explicarme.

—No pasa nada, si eso es orientativo, lo importante es el tamaño que tiene el embrión ahora y es… —dijo mientras seguía mirando la pantalla.

—Estás de cuatro semanas y tres días —desveló.

Rápidamente mi cabeza empezó a hacer cálculos: el bebé era de Joaquín, no había ninguna duda. Lo observé para ver si él también había llegado a la misma conclusión que yo, pero estaba tan fascinado mirando la pantalla que supe que no le importaba lo que acababa de decir el doctor. Eso me encantó, pero a la vez quería que supiera que era su hijo de verdad.

—Ahora ya puedes vestirte y pasamos a la mesa, que te tengo que explicar los siguientes pasos y las medicinas que debes tomar —indicó el doctor.

Yo lo escuché, pero no podía apartar la mirada de Joaquín y de la felicidad que expresaba su rostro por la fascinación de ver al bebé.

—Vamos —le tuve que decir para que reaccionara.

El doctor nos explicó que debía hacerme análisis de sangre y orina, me recetó vitaminas y me dio la siguiente cita para volver allí. Los dos prestábamos mucha atención a todas las pautas que nos indicaba. Después nos dio una ecografía donde se veía al bebé que Joaquín no parada de mirar. Cuando salimos de la consulta me agarró fuertemente y me dijo:

—Gracias por darme un hijo.

Estaba emocionado que casi se le veían lágrimas en los ojos.

—A ti, porque este hijo es fruto de nuestro amor, ¿no te has dado cuenta? —pregunté.

Dudo un instante por lo que acababa de decirle, pero cuando se percató de ello me agarró y me volteó por el pasillo por tanta alegría que sentía.

—¡Nuestro hijo! —gritaba de felicidad.

Me encantaba ver lo ilusionado que estaba con la noticia. Yo sabía

que Mateo nunca habría reaccionado de esa manera, pero Joaquín era tan diferente… Y por eso lo amaba más aún. Era un embarazo no planeado y aun así le daba igual, estaba eufórico por ser padre y yo dichosa de poder ayudarlo a cumplir ese deseo. Formaríamos una familia llena de amor, no podía estar más feliz. Joaquín me abrazaba y me besaba la cabeza.

—Gracias —me dijo arrodillándose en el suelo y besándome la barriga.

—Pequeño o pequeña, te prometo que seré un buen padre —juró al bebé de mi tripa.

—Estoy segura de ello —respondí yo.

Me miró y sonrió con un brillo en los ojos de puro amor que me derritió el alma. Le coloqué mis manos en la cara y me agaché para besarlo dulcemente. Nuestras frentes se tocaron y estuvimos así un instante hasta que apareció una enfermera y se quedó sorprendida por nuestra muestra de afecto y porque estábamos en el suelo arrodillados.

—Sera mejor que nos vayamos a casa —comenté.

—Tenemos que ir a comprar algo especial para celebrar la gran noticia esta noche con la familia —recordó.

Era cierto, esa noche les contaríamos todo lo sucedido a Antonio y a los niños. Salimos del hospital y fuimos al supermercado a comprar lo necesario para hacer una cena de celebración. Después lo acompañé a una visita médica que tenía y que no podía aplazar. Una vez que acabamos, volvimos a casa. Yo quería preparar la comida, pero no me dejó, me pidió que fuera a descansar un poco y la verdad es que con tantas emociones y lo mal que había pasado la noche, lo necesitaba. Me fui a acostar y me desperté hacia la hora de comer. La comida fue tranquila, aunque sé que Antonio sospechaba algo porque no paraba de mirar a su hijo con cara de preocupación y es que a Joaquín se le veía dichoso y feliz. No podía disimular la alegría que sentía. Cuando terminamos fui a jugar con Lucía al salón y Tomás se fue a su dormitorio. Antonio se quedó con Joaquín recogiendo. Me imagino que quería preguntarle qué le sucedía y buscaba algo de intimidad, pero Joaquín no le desveló nada. La tarde transcurrió rápidamente y cuando me di cuenta estaba próxima la hora de cenar. Todos estuvimos muy distraídos y ocupados. Lo agradecí porque no estaba segura de poder mantener la sorpresa si alguien me hubiera preguntado. Joaquín salió de su despacho y se puso a preparar la cena, la cual le iba a llevar un buen rato, puesto que consistía en rodaballo a la brasa. En cuanto pude, fui a ayudarlo. Coloqué la mesa y preparé una buena ensalada de acompañamiento. Cuando todo estuvo listo, llamamos a cenar. No tardaron en aparecer los niños seguidos de Antonio. Nos sentamos todos en la mesa y fue Tomás quien rompió el silencio:

—¡Qué comida más fantástica habéis preparado!

Los demás asintieron con la cabeza. La verdad es que el rodaballo olía fenomenal y tenía una pinta sabrosísima.

—Gracias, es un menú especial —contestó Joaquín al comentario de Tomás y después me miró sonriendo con complicidad. Yo le devolví la sonrisa—. Antes de empezar a saborear esta comida, Claudia y yo queremos contaros algo.

Todos nos miraron sorprendidos por esa interrupción y se quedaron a la expectativa de que continuara hablando Joaquín. Este alargó la mano hacía mí y yo se la agarré. Después tiró suavemente de mí para que me acercara más a él y así lo hice. Sin soltarme la mano y mirando a la familia desveló sin miramientos:

—¡Nos vamos a casar!

Antonio se quedó en *shock* por la noticia y la pequeña Lucía gritó de alegría:

—¡Qué bien, voy a tener una tía!

Yo me alegré al ver lo contenta que estaba. Tomás fue el segundo que:

—Enhorabuena a los dos, me alegro mucho por vosotros —dijo de corazón. Se levantó y abrazó a su tío y después me abrazó a mí.

Joaquín miraba a su padre esperando a que dijera algo, pero se mantenía serio y callado. Pensé que necesitaría algo más de tiempo para asimilar el bombazo. Después de unos minutos, se levantó de la mesa y se marchó sin mediar palabra alguna. Joaquín cambió el semblante de su cara al ver ese detalle tan feo. Yo le apreté la mano y sonreí para quitarle importancia, aunque sí que la tenía y me dolía en el alma que Antonio hubiera reaccionado así. Empecé a pensar que no me querría tener de familia. Mientras, Tomás y Lucía eran ajenos a ese bochornoso momento. Ellos nos felicitaban y hablaban de las ganas que tenían de participar en una boda y más de su tío favorito.

—¿Y ya tenéis fecha? —preguntó Tomás llamando la atención de Joaquín.

—No, pero cuanto antes mejor —respondió.

—¿Me comprareis un vestido de princesa para la boda? —preguntó Lucía.

—Pues claro que sí, para que seas la más guapa —contesté yo a la pequeña.

Antonio volvió a la cocina y se colocó delante de nosotros. Joaquín lo miraba con una cara de enfado no disimulada y se notaba la tensión en su cuerpo por las venas marcadas de su cuello. Todos se percataron del ambiente hostil que reinaba entre los dos porque hasta los niños se callaron y se quedaron observando sus reacciones. Esperaban a ver qué iba a suceder entre padre e hijo.

—Vuestra noticia me ha pillado por sorpresa, llevaba tiempo

buscando el momento para darte esto, Joaquín, porque sabía que algún día encontrarías a alguien especial con quien compartir tu vida y veo que ese día ha llegado. Me alegro mucho por los dos y os deseo lo mejor, y sobre todo que os queráis y os améis como mi mujer y yo nos amábamos —se interrumpió al recordar a su difunta mujer. Entonces me percaté de que en las manos tenía una pequeña caja y la expresión y sinceridad de sus palabras me demostraban que no estaba disgustado sino feliz con la noticia—. Habrá momentos buenos y malos, pero siempre podréis contar el uno con el otro y así superareis cualquier obstáculo. Toma este anillo, que es el que entregué a tu madre el día de nuestra pedida y que siempre quiso que te entregara para que te diera tanta felicidad como nos dio a nosotros —desveló a la vez que le entregaba a Joaquín el anillo.

—Gracias, papa —respondió Joaquín y lo abrazó. Toda la tensión y el enfado se esfumó con la declaración tan sincera de amor de su padre.

—Te mereces haber encontrado el amor por todo lo que has sacrificado —le confesó su padre a la vez que le acariciaba la mejilla.

Antonio estaba emocionado y se le saltaban las lágrimas. Cuando se separó de su hijo se acercó a mí y me abrazó. Cuando nos separamos, me dijo:

—Tú te mereces ser feliz y con Joaquín lo serás, es un gran hombre.

—Lo sé —contesté.

—Os deseo lo mejor y a partir de este momento considérame como tu padre —añadió.

Ese comentario me derrumbó y rompí a llorar de felicidad. Él me abrazó de nuevo.

—Tranquila, mi niña, ya no tienes que preocuparte por nada, tú familia está aquí para lo que necesites. Ya no estás sola —me consoló.

—Yo quiero que le pongas el anillo de la abuela —sugirió Lucía.

Joaquín reaccionó y se arrodillo a mis pies. Con el anillo en sus manos preguntó:

—Claudia, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí quiero —contesté.

Él se levantó del suelo y me colocó el anillo en el anular izquierdo. Me quedaba perfecto y además era muy bonito, de oro, con una pequeña circonita en medio, sencillo pero elegante. Después nos besamos para sellar la proposición.

—¡Bien! —gritaron todos a nuestro alrededor.

—Ahora sí que ha sido una pedida en condiciones con anillo y todo —me susurró Joaquín al oído.

—Para mí valen las dos peticiones —le contesté sonriéndole.

—Bueno, habrá que comer antes de que se enfríe esta deliciosa cena —interrumpió Antonio secándose las lágrimas de los ojos.

—Antes de eso, queríamos deciros otra cosa —añadió Joaquín.

—¿Hay más noticias? —preguntó Antonio atónito.

—Solo una más, pero no por ello la menos importante —comentó Joaquín.

Todos nos miraban expectantes y sorprendidos de que hubiera más noticias que desvelar después del bombazo de la boda.

—¡Vamos a ser padres! —soltó de sopetón.

Se quedaron todos petrificados por el notición. Esta vez fue Antonio el primero en romper el silencio:

—Voy a ser abuelo otra vez.

—¡Sí! —afirmó Joaquín.

—¡Voy a tener una prima! —comentó alegremente Lucía.

—Bueno puede ser primo —corrigió Joaquín.

—¡No! Será niña para que podamos jugar juntas a las muñecas y a las casitas —afirmó muy seria Lucía.

—Me alegró mucho —comentó Tomás.

—Parece que les ha ilusionado mucho aumentar la familia —me confesó Joaquín mirándome alegremente a los ojos.

Todos se acercaron, nos abrazaron y besaron de nuevo para felicitarnos.

—Ahora sí que podemos empezar a cenar —finalizó Joaquín una vez que todos nos habían dado su felicitación.

La cena transcurrió hablando de la boda y del bebé. Cuando terminamos nos fuimos todos a acostar. Joaquín subió a la vez conmigo. Esa noche celebramos nosotros también la noticia de nuestro bebé y después dormimos plácidamente.

Joaquín quería organizar cuanto antes los preparativos de la boda para así poder casarnos lo más rápidamente posible. Esa premura no se debía al embarazo, sino a que deseaba ser mi marido y eso me encantaba. Las mañanas siguientes aprovechábamos los ratos libres que nos dejaba el trabajo de Joaquín para ir preparando las cosas de la boda. Fuimos primero a ver al cura, a quien le encantó la idea de que Joaquín se casara y nos dijo que se encargaba él de pedir todos los papeles necesarios para el matrimonio como favor personal a Joaquín y a su familia. Le agradecí el detalle porque no quería remover en mi pasado para buscar los papeles. Otro día, fuimos a una pequeña ermita que no estaba muy lejos del pueblo donde Joaquín quería casarse. El sitio era muy bonito en medio de los árboles y la ermita muy acogedora. Tenía un pequeño altar coronado por una cruz muy trabajada. Luego había unos cuantos bancos para los invitados que yo consideraba que eran suficientes, puesto que yo no tenía a nadie a quien invitar.

El miércoles por la tarde fuimos a ver dos lugares donde celebrar el banquete: uno era un gran restaurante sin nada en especial y el otro

un hotel rural precioso. El lugar no podía ser más idílico. Era un antiguo caserón totalmente reformado en medio del valle, rodeado de árboles y naturaleza. Tenía los jardines muy cuidados y adornados con estilo campestre. El salón donde celebraríamos nuestra boda se abría al jardín donde había mesas con farolillos. Además, podíamos quedarnos a dormir en el mismo hotel y eso me emocionaba.

—Este sitio me encanta —comenté a Joaquín.

—Pues entonces aquí celebraremos el banquete —respondió Joaquín.

—¿De verdad? —pregunté sorprendida por su rápida confirmación.

—Si a ti te gusta, con eso me vale —dijo y me besó.

—¿Cuántos invitados crees que vamos a tener? —pregunté por si el lugar era demasiado pequeño.

—Siempre he querido una boda íntima con los amigos y familiares más allegados. Si te parece bien —confesó.

—Me parece estupendo —contesté alegremente porque eso era lo que a mí también me gustaba.

—Solo queda ahora un asunto pendiente y es poner la fecha exacta —expuso.

—El mes de mayo siempre me ha gustado mucho —confesé.

Él sonrió encantado, puesto que solo quedaban dos semanas para que empezara el mes y yo sabía las ganas que tenía de que fuera la boda pronto.

—¿Qué te parece el 6 de mayo? —preguntó.

—Una fecha preciosa —respondí.

Me agarró y me besó de alegría.

—Entonces ya tenemos fecha para nuestra boda —gritó encantado.

—¿Crees que nos dará tiempo a tenerlo todo listo? —pregunté un poco preocupada, puesto que quedaban pocos días para entonces.

—Estoy seguro de que podemos organizarlo todo —afirmó dejándome en el suelo de nuevo.

—Voy a confirmar la reserva de este lugar y llamaré al cura para decirle la fecha escogida —comentó de nuevo y se marchó rápidamente, dejándome allí disfrutando del sitio.

Cuando volvió, me dijo que todo estaba reservado y nos fuimos a casa. Cenando contamos al resto de la familia los avances y la fecha del enlace. Al día siguiente se planeó ir a mirar los vestidos y los trajes de los hombres.

Como la fecha era muy cercana Joaquín llamó por teléfono a sus amigos y familia para invitarlos. En total seríamos unos treinta. Vendrían unos primos de su familia y los demás iban a ser amigos.

Después del colegio por la tarde fuimos a una tienda especializada en ropa para celebraciones. Tenía de todo, desde vestidos de novia a comuniones y trajes. La dependienta era una mujer muy simpática y

diligente. Una vez que nos preguntó que queríamos, sugirió que lo mejor era que el novio y la novia no estuvieran juntos en la misma estancia viendo sus respectivas prendas, para que no se perdiera la magia de ese día. Así que Lucía y yo nos fuimos a una pequeña habitación y la dependienta me entregó un gran catálogo de vestidos de novia. Mientras, los hombres se probaban los trajes en la estancia continua. La pequeña Lucía miraba también un catálogo con vestidos para ella que le había facilitado la dependienta. Estaba muy concentrada en su labor.

Después de un rato, apareció de nuevo la mujer, que volvía de estar con los hombres, y me preguntó:

—¿Ve algo que le guste?

La verdad es que los vestidos del catálogo eran preciosos y espectaculares, pero para mi gusto demasiado formales. Mi primera idea era llevar algo más simple y cómodo.

—Son todos muy bonitos, pero no veo nada que me convenza —dije la verdad.

—Cuénteme qué es lo que quiere y la ayudaré a encontrarlo —expuso amablemente.

—Quería algo más normal, un vestido largo con tirantes y que se entallara un poco y si fuera posible con algo de encaje —expliqué lo mejor que supe la imagen mental que tenía.

—Le voy a enseñar otro catálogo de vestidos que pueden encajar mejor con esa idea —dijo y salió disparada a por él.

—Yo quiero este vestido —rompió el silencio Lucía, la cual no había levantado ni una sola vez la vista de su catálogo de vestidos hasta ese mismo instante.

Miré el vestido que señalaba y era rosa pastel, con la falda con un poco de vuelo y un bonito fajín. Era un vestido lindo y estaba segura de que iba a estar preciosa con él.

—Es precioso y estarás espectacular con él —comenté.

La pequeña sonrió orgullosa por su buena elección. Cuando volvió la dependienta me entregó el otro catálogo. Lucía esta vez se acercó más a mí y juntas revisamos el nuevo folleto. La verdad es que en este sí que había vestidos de novia que se encajaban más con lo que quería. Cuando llevaba unas cuantas hojas pasadas sin encontrar exactamente lo que deseaba por fin vi el vestido de mis sueños. Tenía todo lo que yo buscaba: era sencillo, cómodo y elegante a la vez. Perfecto para nuestra pequeña boda campestre.

—Este es muy bonito —comentó Lucía también al verlo.

—¡Quiero este vestido! —exclamé a la dependienta.

—Perfecto. —Lo miró y comentó que mi iba quedar fantástico—. Lo voy a pedir ahora mismo y lo tendré por reparto urgente la semana que viene para que pueda venir a probárselo.

—Genial y, además, también queremos este otro —comenté señalando el vestido escogido por Lucía.

—Ahora mismo pido los dos —contestó y se marchó con los catálogos en las manos.

Cuando regresó, nos pudo confirmar que los vestidos estarían el miércoles de la semana siguiente. Me quedé muy tranquila al saber que llegarían tan rápido. Tenía muchas ganas de probármelos y verme por primera vez como una verdadera novia. Sentí que no podía parar de sonreír. Estaba muy emocionada. Lucía se me acercó y me dio la mano. Las dos salimos de la habitación en busca de los hombres. Llamamos suavemente y entramos. Al cruzar la puerta nos encontramos con Tomás vestido con un traje. Las dos nos quedamos impresionadas de lo bien que le quedaba.

—¡Estás guapísimo! —alagué.

—Gracias. —Se sonrojó.

—¿Has encontrado algo que te guste? —preguntó Joaquín.

—¡Sí! La semana que viene tendrán nuestros vestidos —afirmé mirando a Lucía.

—El mío y el de mi padre vendrán este viernes —contó Joaquín.

Estaba tan contenta de que todo estuviera saliendo bien que no me lo podía creer. Además, lo mejor de todo era no tener noticias de Mateo, igual por fin se había olvidado de mí. Rogaba a Dios que así fuera y que por nada del mundo me estropeara tanta felicidad.

—¿Vamos a ver el ramo de flores? —preguntó Joaquín sacándome de mi ensimismamiento.

—Claro —contesté alegremente.

Fuimos Joaquín, yo y Lucía a escoger el ramo a la floristería mientras Tomás y Antonio terminaban. Cuando acabamos con esos preparativos regresamos a casa a cenar y a dormir. Los días pasaban rápida y felizmente. Cada día estaba más cerca de casarme y me encontraba más eufórica. Además, se me habían pasado las náuseas matutinas y me encontraba con mucha energía. Una mañana mientras preparaba la comida, Joaquín me preguntó:

—¿Dónde quieres ir de luna de miel?

—No hace falta que vayamos a ningún sitio, yo me conformo con quedarnos aquí —confesé.

—Nada de eso, tenemos que hacer un buen viaje, tú y yo solos. ¿Qué te parece México? —me preguntó.

—Lo que tú escojas estará bien —contesté.

—Playita, piscina, buen clima… Además, podemos visitar muchos monumentos mayas y cenotes —contó.

—Por mí, bien —acepté.

Todo me valía porque lo único que ansiaba era casarme con él por lo que cualquier sitio me iba a encantar si estaba en su compañía Él y

yo solos. La única idea de pensarlo me excitaba y me emocionaba.

—Esta tarde me acercaré a la agencia y traeré catálogos para que escojamos —sugirió.

—Tendré que ir a hacerme el pasaporte —confesé.

—Voy a pedir cita urgente ahora mismo para ir los dos a hacerlos —comentó y se marchó.

Estaba acabando de preparar la mesa cuando entró Antonio. Decidí que era el momento para pedirle que me acompañara hasta el altar.

—Antonio —lo llamé para que me prestara su atención.

—¿Sí? —preguntó.

—Quería pedirte una cosa, ¿podrías acompañarme hasta el altar? Bueno, si no quieres, no pasa nada —comenté. Antonio tardó un rato en hablar, y empecé a pensar que estaba buscando la forma de disculparse y escaquearse—. Si no, da igual, voy yo sola y ya está. Olvídalo —dije y me di la vuelta tristemente.

—Estaría encantado de acompañarte ese día —contestó.

Me giré de nuevo para verle la cara y supe que de verdad estaba contento con mi petición y eso me alegró.

—Muchas gracias —agradecí y lo abracé.

—Para mí ya eres como una hija, te has ganado ese derecho desde hace mucho tiempo. Por eso estoy muy contento de que me lo hayas pedido; deseaba hacerlo yo, pero no me atrevía —contó.

Después me besó dulcemente la cabeza y nos quedamos abrazados un rato hasta que todos llegaron a comer.

Llego el día de la prueba del vestido y Lucía y yo fuimos a la tienda. La dependienta nos hizo pasar a una sala y nos trajo los dos vestidos. Solo vistos en la percha se veían preciosos. Decidimos vestir primero a Lucía que estaba ansiosa. Se lo colocamos y le quedaba genial. Parecía toda una princesita. Además, no necesitaba ningún retoque. Después llegó mi turno. Con la ayuda de la dependienta me coloqué el vestido. Luego me giré para mirarme al espejo. No me podía creer lo que mis ojos veían. La chica del espejo no parecía la misma que otras veces había visto reflejada. Estaba increíble y no solo por lo bonito y bien que me quedaba el vestido, sino porque parecía una mujer diferente. Ya no tenía la mirada triste y huidiza. Incluso mi postura, siempre un poco encorvada con los hombros caídos y las manos agarradas, había cambiado. Esa mujer del espejo parecía que no tenía miedo a nada y se veía segura de sí misma, incluso se notaba que era feliz. Todo ese descubrimiento me hizo romper a llorar. Joaquín había conseguido que yo recuperaba mi seguridad, mi vida y que fuera feliz. En tan poco tiempo y con amor había borrado mi triste existencia y me había dado una nueva que jamás habría imaginado poder tener. Ahora era como debía de haber sido años atrás, antes de Mateo. Esa joven del

espejo que había desaparecido paliza tras paliza, por las vejaciones continuas y por los miedos e inseguridades. Ahora había vuelto y me costaba reconocerme a mí misma. Esa nueva yo ya no era la joven de antes de Mateo, ni tampoco la asustadiza y acongojada, ahora era una nueva persona. Más fuerte que todas las anteriores, ahora era yo misma y no una sombra de mí.

La dependienta se me acercó toda preocupada y Lucía también al verme llorar.

—Si no te gusta el vestido, no te preocupes. Podemos buscar otro o arreglarlo, pero no llores —intentó consolarme la mujer.

Lucía en cambio me decía:

—No llores, estás preciosa. El vestido te queda muy bien.

Ninguna de las dos se percató de que no lloraba de tristeza, sino de pura felicidad. Lloraba por haber vuelto a ser yo y haberme dado cuenta en ese mismo instante. Lloraba por haber tenido la suerte de encontrar a Joaquín, el hombre más bueno, honesto y cariñoso del mundo. Lloraba por tener un bebé en mi cuerpo que me llenaba de pura felicidad. Lloraba por haber conseguido todo lo que jamás había llegado siquiera a imaginar: un hombre que me amara, una familia que me quisiera, un bebé y una boda. No podía parar de llorar. Necesitaba sacarlo todo.

Cuando la dependienta me trajo unos pañuelos y vi su cara de preocupación, le dije:

—Me encanta el vestido.

Por su expresión supe que quedo un poco confundida, pero luego sonrió y suspiró aliviada. La pequeña Lucía me abrazó las piernas y me sonrió. Cuando conseguí calmarme, me desvestí y me coloqué mi ropa. Quede con la dependienta en que volvería unos días antes de la boda para volver a ponérmelo por si había que retocar algo. Salimos y allí estaba Joaquín apoyado en un coche mirando interesado una revista. En cuanto lo vi salí corriendo hacia él y me lancé a sus brazos. Si no hubiera estado apoyado en el coche le habría hecho perder el equilibrio. Él me miró sorprendido por mi arrebato y, al verme la cara con los ojos y la nariz rojos, se preocupó.

—¿Ha pasado algo?

—Soy la mujer más feliz del mundo y es todo gracias a ti —expliqué.

Él me miro un poco sorprendido por mi declaración y dijo:

—Cariño, esta felicidad es toda gracias a ti por haberte cruzado en mi camino.

Lo besé con amor y él me devolvió el beso con igual intensidad.

Lo amaba por todo lo que me daba y por todo lo que me había dado.

VII

Con todos los preparativos listos, llegó el día de la boda. Estaba muy nerviosa por todas las emociones que me deparaba ese gran día. Joaquín y Tomás se habían ido a un hotel para vestirse e ir directos a la ermita, así mantendríamos el suspense y no nos veríamos hasta llegar a la iglesia. Lucía, Antonio y yo iríamos directos desde la casa una vez que estuviéramos preparados. Me costó mucho dormir esa noche, por los nervios y por no tener a Joaquín a mi lado. Me había acostumbrado a su cercanía y, al encontrarme la cama vacía y fría, añoraba su calor. Después de una noche movidita, me levanté y me duché. Desayuné poco, puesto que tenía el estómago cerrado por los nervios. A la media hora de haberme levantado, llegó la peluquera y la maquilladora. Una vez que acabaron su trabajo, me ayudaron a colocarme el vestido. Me sentía como una princesa. Me acerqué despacio al espejo, puesto que no estaba segura de cómo iba a verme maquillada, peinada y vestida. Cogí aire, me giré y me miré. La mujer del espejo estaba espectacular y no me podía creer que fuera yo. El conjunto de todo era perfecto, llevaba el pelo con un pequeño recogido en el cuello con unos pequeños mechones sueltos y una corona de flores que destacaba sutilmente. El vestido entallado favorecía mi cuerpo y el encaje le daba un toque elegante. El maquillaje resaltaba mis ojos verdes y un suave carmín quedaba a la perfección con mi sonrisa. No había nada que no me gustara y por primera vez en mi vida me veía y me sentía hermosa. Los ojos empezaron a nublarme la vista. Parecía toda una novia.

—¡Está impresionante! —comentaron las mujeres.

Lucía entró con su vestido nuevo y se quedó boquiabierta al verme.

—Pareces toda una princesa —opinó.

La verdad es que ni yo misma me reconocía y no podía estar más guapa. Habían hecho un gran trabajo.

—Muchas gracias, me habéis dejado fenomenal —les agradecí a las dos.

—Nosotras solo hemos realzado tu belleza —contestó la maquilladora.

Yo me volví a mirar al espejo a sabiendas de que el milagro de mi belleza era debido a su gran maestría con las brochas y el peine. La peluquera peino a la pequeña y una vez que estuvimos las dos listas bajamos a buscar a Antonio. Este nos esperaba dando vueltas al pie de la escalera. Cuando nos vio, quedó petrificado.

—¡Estáis increíbles! —alabó.

—Gracias —contesté.

Recogí el ramo de flores que me entregó Antonio y fuimos al coche. Ya había llegado la hora, y todos estarían en la ermita esperándonos.

El camino hasta allí no era largo, pero se me hizo eterno. Tenía tantas ganas de ver a Joaquín que el tiempo parecía ir más despacio de lo normal. Cuando llegamos a la ermita, todavía había invitados fuera, aunque cuando nos vieron aparecer se apresuraron a entrar. Antonio me ayudó a bajar del coche y me agarró del brazo para acompañarme hasta el altar. Nos paramos delante de la puerta de la ermita un instante.

—Allá vamos —dijo Antonio un poco nervioso por la emoción.

Con paso firme entramos en la ermita. Lucía iba delante abriendo la marcha toda feliz por su importante papel en la boda. Cuando vi a los invitados me puse un poco nerviosa, pero en cuanto me encontré con la mirada de Joaquín todo se esfumó. Estaba tan guapo esperándome en el altar que todos mis miedos y dudas desaparecieron. Él era el hombre de mi vida, me había sacado de las sombras y me había devuelto la luz. Mientras caminaba hacia él, no podía parar de sonreír. Estaba dichosa. Joaquín me miraba embelesado y eso me encantaba, puesto que demostraba que para él estaba preciosa.

Solo nos separaban unos pasos de distancia, pero me pareció una eternidad. Cuando por fin llegue a su lado, Antonio le entregó mi mano y después me beso en la mejilla. Yo le sonreí en agradecimiento. Joaquín me apretó dulcemente la mano llamando mi atención y al mirarle a los ojos vi reflejado todo su amor y me sentí la mujer más afortunada del mundo por haberle encontrado. El cura y todos los invitados se sentaron. La ceremonia fue corta y bonita. Para cuando me quise dar cuenta ya estaba casada y tenía una alianza de oro que lo atestiguaba. Los invitados nos dieron la enhorabuena y nos hicimos fotos con ellos. Después, todos nos desplazamos al hotel donde celebrábamos el banquete. El tiempo pasó rápidamente y llegó la hora del baile. Joaquín me cogió de la mano y me llevó a la pista.

—Déjate llevar —me susurro al oído.

—Por ti, siempre —contesté sonriendo.

Obedecí y me dejé llevar, nos movimos delicadamente al sonido de un bonito vals. Después, el resto de los invitados salió a la pista de baile. Se hacía de noche y el día tan maravilloso pasaba sin poder detenerlo. Fui a por un refresco y pude estar unos minutos sola. Aproveché ese pequeño instante para hacer un repaso mental de todo lo que había pasado en ese fantástico día. Nos habíamos casado, habíamos comido y bailado, el día llegaba a su fin, pero no estaba triste, sino al contrario ahora empezaba una nueva vida al lado de Joaquín y era como su mujer. La sola idea me emocionaba.

—¡Mujer! —Oí que alguien decía.

Cuando me giré, me di cuenta de que era Joaquín llamándome. Me encantó oír esas palabras salir de su boca.

—Marido —contesté saboreando cada silaba.

—El día está acabando y espero que lo hayas disfrutado tanto como yo, pero aún nos queda la noche de bodas —sugirió pícaramente mientras me besaba el cuello. Después subió lentamente y me mordisqueó sutilmente el lóbulo de la oreja acelerándome el ritmo del corazón.

—¡Ejem! —nos interrumpieron.

Era Antonio con Lucía de su mano.

—La voy a llevar a acostar, aunque no quiere, creo que ya es hora de que descanse de todas las emociones que ha vivido.

Yo miré a la pequeña; aunque parecía que tenía muchas energías, su cara demostraba que estaba agotada.

—Buenas noches, Lucía —le dije.

—Puedes llamarme Lucy porque ya eres de la familia —contestó mientras se le escapaba un gran suspiro.

Le sonreí y le besé en la frente. Después Joaquín hizo lo mismo. Antonio se llevó a la pequeña en brazos. La música sonaba a todo volumen y los invitados estaban disfrutando con el baile y charlando entre ellos. Todo el mundo parecía muy feliz.

Luis y Marta se acercaron a nosotros aprovechando que estábamos solos.

—¡Vivan los novios! —gritó Luis.

—¡Vivan! —contestó la gente.

—Ha sido una boda muy bonita —comentó Marta.

—Gracias —respondí.

Luis y Joaquín se pusieron a charlar animadamente. Yo miraba a los invitados hasta que Marta me volvió a hablar.

—Veo a Joaquín muy feliz y eso es gracias a ti —confesó.

La miré y dije:

—Es un hombre maravilloso y soy yo la afortunada por haberle encontrado.

—Los dos sois muy afortunados de teneros el uno al otro, os complementáis y hacéis una bonita pareja —añadió.

—Gracias por tus palabras —agradecí sinceramente sus amables comentarios.

—Desde que vi cómo os mirabais en nuestra casa supe que había algo entre vosotros, aunque no me imaginaba que fuera tan fuerte. Pero me alegro mucho por los dos y por Joaquín, que necesitaba a alguien con quien compartir su vida —confesó.

—¡Un brindis por los novios! —sugirió Luis entregando una copa de champán a cada uno.

Yo miré a Joaquín, puesto que mi intención era no beber de la copa por mi embarazo.

—¡Porque seáis muy felices! —brindó Luis.

Todos levantamos las copas y, cuando los demás bebieron, yo fingí

dar un sorbo.

Marta, que me miraba fijamente, se percató de mi detalle y se quedó pensativa.

—Hay que acabar toda la copa —insistió Luis mientras se bebía hasta la última gota de la suya.

Joaquín lo imitó. Marta seguía mirándome inquisitiva.

—Yo no quiero beber más —intenté zafarme.

—¿O es que no puedes beber? —preguntó directamente Marta.

Busqué a Joaquín para que me ayudará. Este me agarró y me acercó más a él. Me quitó suavemente la copa de las manos y explicó:

—No puede beber porque está embarazada.

Los dos se quedaron de piedra durante unos minutos. La mirada de Marta iba de Joaquín a mí y otra vez a Joaquín.

—Pues sí que os habéis dado prisa en aumentar la familia —rompió el silencio Luis dando una fuerte palmada a Joaquín en la espalda.

—Enhorabuena — al final Marta—. Me he quedado un poco sorprendida por la noticia, pero me alegro por vosotros —continuó.

Joaquín sugirió un nuevo brindis:

—¡Por nuestro hijo o hija!

Luis rápidamente buscó copas llenas y le entregó una a Marta. Brindaron por nuestra dicha. Joaquín me besó en la cabeza y después se dejó abrazar por Luis, que no paraba de felicitarlo.

—En poco tiempo has conseguido dar a Joaquín todo con lo que siempre había soñado. Una mujer e hijos. Es increíble cómo has cambiado su vida —explicó Marta.

No estaba muy segura en ese momento de si lo decía para bien o para mal. Aunque ahora empezaba a conocerla un poco mejor y estaba convencida de que estaba contenta por Joaquín. Lo que sucedía es que lo apreciaba mucho y deseaba su felicidad, por eso se preocupaba tanto por él.

—Solo quiero que sea feliz y sé que contigo lo será. Gracias por hacer a mi amigo tan feliz y dichoso —confesó con lágrimas en los ojos.

Su confesión y su amor hacia Joaquín me llegó al alma y se me saltaron las lágrimas. La abracé. Ella me devolvió el abrazo.

—Lo cuidaré y lo amaré —le confesé.

—Lo sé —contestó separándose de mí. Me limpió las lágrimas con su mano.

—Hoy es vuestro día y debéis estar felices. Perdona por haberte hecho llorar, no era mi intención, pero es que estoy muy contenta por vosotros —.

—Vamos chicas, venid a bailar con vuestros hombres —sugirió Luis.

Las dos aceptamos la sugerencia y fuimos con nuestras parejas. Cuando me acerqué a Joaquín y me vio los ojos rojos, preguntó

preocupado:

—¿Estás bien?

—Sí, solo lloro de felicidad —contesté.

Seguimos disfrutando de la fiesta hasta entrada la noche; después, los invitados empezaron a irse. Los fuimos despidiendo hasta que solo quedamos los que pasaríamos la noche en el hotel, incluidos Luis y Marta. Llegó la hora de irse a la cama. Joaquín y yo estábamos exhaustos de todo el día, pero aún nos quedaban ganas de celebrar la noche de bodas por todo lo alto. Cuando entramos en el que iba a ser nuestro dormitorio y cerramos la puerta, el silencio y la oscuridad nos envolvió. Joaquín fue a buscar la luz y yo le dije que no, puesto que con la que entraba por las ventanas era suficiente. Corrí más las cortinas para dejar entrar un poco más la claridad. Joaquín se me acercó por detrás y me abrazó. Los dos nos quedamos así contemplando la noche a través de la gran ventana. Apoyé mi cabeza suavemente en él y Joaquín aprovechó su mejor acceso a mi cuello para besármelo. De repente todo se encendió dentro de mí, anhelaba su contacto y sus caricias. Fue dándome suaves besos por el cuello. Me giré ansiosa por sentir sus besos en mis labios. La luz de la luna le bañaba la tez y su belleza era innegable. Sus profundos ojos demostraban todo el amor que sentía hacia mí, yo solo deseaba que mi mirada no dejara lugar a dudas de que yo le amaba de igual forma. Lo besé con pasión, él reaccionó con la misma fuerza. Me levantó en brazos y me llevó a la cama. Lentamente me quitó el vestido. Debajo me había puesto un bonito conjunto de lencería que lo dejo sin palabras.

—No me puedo creer que seas mi mujer —susurró mientras se acercaba y me llenaba de besos desde la tripa hasta el pecho.

Mientras yo me estaba deleitando con sus caricias, Joaquín intentaba quitarse la camisa con una mano y al no poder me incorporé y le ayudé. No podía dejar de mirarle intensamente a los ojos. Uno a uno le desabroché todos los botones y le quité la camisa, dejando al descubierto su fantástico cuerpo. Joaquín me acariciaba la espalda mientras yo lo desvestía. Sentí la necesidad de besarle el pecho y lo hice. Mis dedos recorrían sus músculos hasta llegar a su cabeza. Se la agarré lentamente con las manos y le besé con ansia. Él me levantó y me colocó a horcajadas encima suyo. Sentí toda su pasión y eso me excitó más. Joaquín me quitó el sujetador dejando libres mis pechos. Los chupó y besó haciéndome disfrutar con cada movimiento. Cada vez estaba más ansiosa y excitada por sentirlo dentro de mí. Lo necesitaba y notaba que Joaquín también. Me rozaba suavemente con él con cada beso que le daba hasta que ya no pudimos soportarlo más. Joaquín se abrió el pantalón y movió un poco mi braguita, consiguiendo el acceso necesario para hundirse dentro de mí. En

cuanto lo sentí empecé a moverme rítmicamente: al principio más despacio, después más y más rápido mientras nos devorábamos a besos. Cuando los dos llegamos al clímax, nos abrazamos durante un rato para recuperar el aliento. Después nos derrumbamos en la cama y nos dormimos abrazados él uno al otro.

La luz entró por las ventanas y me despertó. Me costó un rato ser consciente de donde estaba, pero en cuanto me acordé rodé hacia Joaquín, que seguía profundamente dormido. Lo besé suavemente porque no quería despertarlo. Me quedé un rato allí mirando la habitación; después, cuando ya no aguanté más tiempo quieta, me levanté. Fui al baño y me duché. Cuando salí del servicio, Joaquín seguía dormido. Tenía un poco de hambre, así que busqué algo por la habitación, pero no encontré nada que poder comer. Vi el móvil de Joaquín y miré la hora que era. Solo eran las diez de la mañana. Busqué la maleta que había traído para ponerme algo. Elegí un vestido azul con pequeñas flores y me puse unas bailarinas. Encontré la llave de la habitación en un mueble cerca de la entrada, la cogí y salí sin hacer ruido. El pasillo estaba desierto y en silencio. Todos debían de seguir durmiendo. Bajé hasta el salón donde había sido la fiesta, estaban recogiéndolo dos trabajadores del hotel. En cuanto me vieron me saludaron amablemente.

—¿Necesita alguna cosa? —preguntó el mayor de los dos.

—Tengo un poco de hambre —contesté.

—Ahora mismo le traemos el desayuno —respondió y los dos salieron hacia la cocina.

Me quede allí rememorando toda la fiesta vivida. Vi una sombra en el jardín y me acerqué a ver qué podía ser. Igual había alguien más despierto. Abrí la puerta de acceso al jardín y salí. Busqué por el jardín, pero no encontré a nadie. Me quedé allí disfrutando de la brisa hasta que unas voces dentro del salón me hicieron espabilar. Lucía y Antonio se habían despertado y estaban allí. Entré alegremente y dejé la puerta de acceso al jardín abierta para que entrara un poco de la fragancia de la mañana.

—Buenos días —los saludé.

—Veo que tú también has madrugado — Antonio.

—Ya no podía dormir más —respondí al tiempo que me acercaba a Lucía y la besaba.

—Yo tengo mucha hambre —comentó Lucía.

—Voy a decir a los camareros que traigan leche y galletas para ti —respondió Antonio al tiempo que se marchaba.

—¿Te lo pasaste bien ayer? —le pregunté.

—¡Genial! —gritó.

—Yo también, fue el mejor día de mi vida —confesé.

De repente la cara de Lucía cambió, su expresión demostraba miedo

y angustia. Yo no entendía a qué se debía ese cambio hasta que una voz detrás de mí me hizo estremecer.

—Así que fue el mejor día de tu vida, eso me duele mucho —espetó Mateo.

Me giré incrédula, puesto que no me hubiera imaginado ni en mil vidas que él podía estar allí. Cuando lo miré directamente pude darme cuenta de que su aspecto había cambiado, estaba más ojeroso y descuidado de lo que nunca había visto.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté sacando fuerzas de mi interior.

De repente notaba que toda mi fortaleza iba escapándose y todos mis miedos volvían otra vez. Mi pesadilla estaba cobrando vida y no sabía cómo despertarme.

—Ha sido un detalle muy feo no invitarme a tu boda —explicó.

Lancé una rápida miranda hacia donde se había ido Antonio deseosa de verlo aparecer, pero no regresaba. Mateo se movió velozmente y agarró a Lucía del cuello.

—Será mejor que vayamos a dar un paseo, aquí hay demasiada gente —indicó.

No sabía qué hacer, si esperar a que Antonio regresara y me ayudara con Mateo u obedecerlo y así evitar que hiriera a Lucía.

—¡He dicho qué te levantes! —ordenó, y yo instintivamente y sin poder evitarlo obedecí y me levanté como un resorte.

Apretó más a Lucía, que se quejó por el daño infringido. Yo la miraba angustiada, no quería que siguiera haciéndole más daño.

—Iré contigo; pero, por favor, déjala —supliqué.

Mateo no me hizo caso y arrastró a Lucía hasta la puerta de acceso al jardín que yo había dejado abierta minutos antes.

—No le hagas daño —volví a suplicar mientras los seguía sin saber qué hacer para conseguir que la soltara.

—Es mi seguro, así sé que no te escaparas y que obedecerás—explicó.

No sé si fue cómo lo dijo o su expresión al decirlo, pero me asusté.

—¿A dónde vais? —Se oyó una voz preguntar detrás de mí.

Cuando me giré, Tomás se acercaba a nosotros y al percatarse de mi expresión de ansiedad y la de su hermana corrió hacía nosotras.

—¿No es el tipo que te hizo daño? —preguntó cuando estuvo a mi lado—. ¿Y por qué tienes agarrada a mi hermana? —increpó mientras hacía un movimiento para intentar liberar a su hermana.

Mateo tiró de Lucía hacia atrás, pero Tomás ya la había agarrado del brazo derecho. Los dos se pusieron a forcejear con Lucía en medio llorando.

—¡Suéltala, Mateo! —grité yo.

El tira y afloja lo único que estaba consiguiendo es que la pobre Lucía llorara más por todo el daño que le estaban haciendo.

Instintivamente me lancé hacia Mateo y le hice perder el equilibrio y la soltó. Tomás aprovechó ese descuido y cogió a su hermana para alejarla de su captor. Cuando Mateo se recuperó me agarró del brazo sin que pudiera evitarlo.

—¡Déjala! —ordenó Tomás.

Mateo sacó de detrás de su espalda un cuchillo de grandes dimensiones. Yo vi el filo acercarse a mí y me quedé petrificada. Me colocó el afilado cuchillo en el cuello. Tomás y Lucía se quedaron tan sorprendidos que no podían articular palabra alguna.

—¡Es mía y me la voy a llevar! Más vale muchacho que no intentes ninguna tontería o le rebanaré el cuello —amenazó mientras me clavaba un poco el cuchillo y me hacía sangrar.

Mateo me guio hacia atrás y nos alejamos de ellos. Estábamos otra vez en la puerta que daba al jardín preparados para salir cuando vi a lo lejos una figura que me era familiar. Joaquín entraba en el salón en ese preciso momento. Pude ver la felicidad en su cara hasta que vio la horrible escena. Su expresión cambió y se volvió furiosa.

—¡Suelta a mi mujer! —ordenó a Mateo.

Este se asustó un poco por la fuerte voz de Joaquín, pero no me soltó. Lucía salió corriendo y se abrazó a su tío. Lloraba por lo aterrorizaba que estaba. Joaquín le palmeó la espalda para consolarla y después se acercó amenazante a Mateo.

—¡Es mía! —contestó Mateo, aunque pude percatarme de que en su tono de voz se notaba una pizca de miedo y eso me alegró.

—Ella jamás fue tuya —alegó firmemente Joaquín.

Tomás y Lucía se alejaron un poco de los dos por indicación de Joaquín. Un ruido de vajilla rota nos distrajo. Antonio había dejado caer toda la bandeja que llevaba al suelo y nos miraba con cara de estupor. Lucía fue corriendo con su abuelo mientras le explicaba con sollozos lo que estaba sucediendo. Tomás se quedó detrás de su tío apoyándolo como todo un hombre.

—Papá, llévate a Lucy de aquí y llama a la Guardia Civil —pidió Joaquín.

Este obedeció a regañadientes.

—Será mejor que te vayas Mateo, la Guardia Civil no tardará en llegar —amenazó Joaquín.

Notaba a Mateo nervioso por la forma en que respiraba y en como movía levemente el cuchillo, que se clavaba de vez en cuando en mi piel. Yo intentaba no moverme ni una pizca, casi ni tragaba saliva, para así evitar que el filo me hiriera más. Sentía la sangre deslizarse por mi cuello hasta el pecho; solo deseaba que no hiciera un corte definitivo y me despojara de todo. Ahora sí que deseaba vivir y no quería que me matara. La situación era cada vez más tensa y ya no parecía que Mateo tuviera las de ganar, puesto que Joaquín no lo iba a

dejar escapar si me hacía daño, de eso estaba segura. A Joaquín se le veía muy desafiante y firme, incluso aterrador por la expresión de odio que se veía reflejada en sus ojos. Si no le hubiera conocido bien, me habría dado miedo. Mateo se llevó la mano izquierda a la cara, estaba meditando su siguiente paso.

«Todavía hay tiempo», se decía para sí Mateo.

—Si la sueltas, te dejaré marchar —sugirió Joaquín.

—Ella se viene conmigo —contestó rápidamente.

—¡Ni lo sueñes! —dijo Joaquín amenazante.

—Si no es mía, no será de nadie —desafió Mateo al tiempo que me clavó más el cuchillo y un penetrante dolor me invadió, seguido de la sensación de más sangre recorriendo mi cuello.

—¡Como le vuelvas a hacer daño te mato! —gritó Joaquín y se acercó más a él con una mirada de amenaza y odio en los ojos que asustaría a cualquiera.

La situación era cada vez más insostenible y no veía ninguna escapatoria para mí. Sabía que Mateo no me iba a soltar por las buenas y estaba aterrorizada de que me matara en ese momento y por ende hiciera daño al bebé que crecía en mi interior. Una lágrima se me escapó de los ojos y decidí que iba a ser la última que derramaría por su culpa. No iba a permitir que me venciera esta vez, iba a luchar porque ya no era la misma chica aterrorizada de antaño que no tenía nada que perder, ahora lo tenía todo y debía pelear por conservarlo. Mateo intentó alejarse de Joaquín y empezó a cruzar la puerta que daba al jardín arrastrándome con él. En una milésima de segundo se me ocurrió una idea: la noche anterior habíamos tenido que avisar a los invitados del pequeño escalón que había al salir al jardín. Como Mateo iba de espaldas estaba convencida de que no se había percatado de su existencia, así que debía aprovecharlo. Cuando estábamos al lado del escalón, con un rápido movimiento, moví la cabeza hacia delante todo lo que pude, aunque para ello tuve que clavarme más el cuchillo, y golpeé con fuerza a Mateo en toda la nariz. Conseguí así que me soltará un instante y aligerara la presión del cuchillo justo lo necesario para apartar mi cuello de su afilada arma. Luego, este trastabilló con el escalón y aproveché para zafarme de él. Joaquín, que estaba muy atento a todos nuestros movimientos, en cuanto vio que estaba libre, se lanzó con determinación a por Mateo. Lo primero que le agarró fue la mano del cuchillo para así evitar que lo usara como arma, después le propinó un rápido puñetazo en la nariz y le provocó una gran hemorragia, aunque incluso con esas Mateo no soltó el cuchillo. Los dos empezaron a forcejear. Joaquín mantenía inmóvil con su mano izquierda la mano del cuchillo mientras le golpeaba en el estómago, las costillas y la cara. Tomás salió del salón, se acercó a mi lado y me abrazó mientras observábamos la pelea de los dos a una

distancia prudencial. En el salón apareció Antonio con dos camareros, pero al ver la escena se quedaron sin saber cómo intervenir, puesto que con el arma blanca en medio de la trifulca todos tenían miedo a ser heridos. Joaquín consiguió arrinconar a Mateo contra la ventana y con un fuerte empujón lo estampó contra el cristal. Un estridente golpe se oyó. Después le golpeó la mano del cuchillo varias veces con violencia contra el cristal hasta que consiguió que lo soltara y cayera al suelo. Una vez que el arma estuvo fuera de juego, Joaquín golpeó a Mateo hasta que consiguió que se rindiera y cayera al suelo medio inconsciente. Tomás fue rápidamente y alejó el cuchillo del alcance de todos con una patada. Los camareros salieron entonces e inmovilizaron a Mateo en el suelo. Yo estaba inmóvil y temblando mientras veía como transcurría todo. El miedo a que Joaquín saliera herido me paralizaba y atemorizaba. Ahora Mateo estaba vencido en el suelo y Joaquín recuperaba el aliento a su lado. Se giró y me buscó. Al verme, se acercó y me estrechó entres sus fuertes brazos.

—Menos mal que estás bien —dijo.

Después se alejó un poco y revisó mi cuello donde tenía los cortes, maldijo en alto. Antonio le acercó una servilleta del comedor y me presionó la herida. Yo miraba a Joaquín todavía asimilando todo lo sucedido; él estaba bien, no lo había herido. Todos estaban bien, incluso yo. Mateo no me había llevado y todo gracias a Joaquín. Me había defendido y me había salvado de una muerte segura. Ese hombre tan bueno que había sacrificado hasta su propio bienestar por salvarme. Cómo no iba a amarlo: era mi salvador, mi héroe y también mi marido. Lo querría siempre.

—No es grave, pero te quedará marca —explicó Joaquín.

—No importa, yo solo me alegro de que todos estéis bien y de que Mateo no te haya hecho daño —comenté rompiendo a llorar.

Joaquín me abrazó más y me besó para calmarme.

—Todo ha acabado al fin —me consoló.

Mateo se revolvió en el suelo y lancé la mirada hacia él, temerosa de que se volviera a levantar. Aunque no parecía que pudiera hacerlo, por lo golpeado que estaba. Joaquín me agarró la cara e hizo que le prestara toda la atención.

—Se va a pudrir en la cárcel muchos años, no debes volver a preocuparte por él, estás a salvo —me consoló.

Quería creerlo, pero me costaba, puesto que siempre había vivido con la sombra del miedo a Mateo, a que apareciera y me matará. Pero por primera vez yo había ganado, eso era algo que jamás me había pasado y, además, ya no estaba sola. Joaquín me había defendido y estaba segura de que lo volvería a hacer.

—Gracias —le agradecí.

Joaquín me miró sorprendido por mi agradecimiento.

—Eres mi mujer y siempre te amaré y te cuidaré —expresó con amor y después me besó en los labios sellando su promesa.

A los pocos minutos apareció la Guardia Civil y arrestó a Mateo, que seguía un poco atontado por la paliza. Nos tomaron declaración de todo lo sucedido y anotaron los nombres de los camareros y de Antonio como testigos. Tomás les entregó mi viejo móvil, que había arreglado y que me iba a regalar ese mismo día: serviría de prueba de las amenazas de Mateo y se usaría en el juicio. Los camareros facilitaron un botiquín y Joaquín me curó los cortes. La mayoría eran superficiales, pero había uno un poco más profundo que con unos puntos de aproximación se solucionaría.

La Guardia Civil nos indicó que debíamos acudir al puesto de comandancia para interponer una denuncia, aunque antes tendríamos que ir al hospital para que me revisaran las heridas y emitieran un parte de lesiones. Joaquín les dijo que en un rato iríamos, que necesitábamos unos momentos para recomponernos. Nos encontrábamos todos todavía muy nerviosos por el incidente. Los camareros nos sirvieron el desayuno, pero no teníamos ninguno apetito. Antonio se llevó a los niños a casa, puesto que era lo mejor: allí estarían más tranquilos y sería más fácil que olvidaran lo que acababan de vivir. Joaquín y yo permanecimos más tiempo en el hotel. Me insistió en que debía comer algo, aunque yo tenía el estómago todavía cerrado por los nervios y la tensión. Pero puse todo mi empeño por el bien del bebé. Luego subimos a la habitación, me lavé la sangre y me cambié de ropa. A continuación, nos dirigimos al puesto de la Guardia Civil. Allí estuvimos varias horas relatando lo sucedido y contestando a sus preguntas. Cuando acabamos, los agentes nos informaron de que se celebraría un juicio en pocos días así que el viaje de novios debía aplazarse hasta que este tema estuviera solucionado. Una vez que acabamos, allí nos fuimos a casa. En cuanto llegamos me fui directa al dormitorio; aunque era la hora de comer, quería descansar. Relatar todo lo sucedido había sido agotador. Crucé la habitación y me senté en la cama. Todo lo vivido con Mateo me vino a la cabeza y me sentía muy tonta por haber permitido tantos años los maltratos y las palizas. Él había conseguido que me pareciera todo normal y que tuviera tanto miedo como para no ser capaz de huir. Al final había conseguido el valor necesario para abandonarlo, pero antes había sufrido demasiado tiempo. Sin embargo, ya era inútil arrepentirse, puesto que ya no podía volver a atrás. Además, ahora tenía todo lo que había deseado y era feliz. Tenía una familia, un marido y un bebé creciendo en mi interior, sin contar que Mateo estaba en la cárcel, todo me llenaba de satisfacción. Rompí a llorar de felicidad.

Joaquín entró en la habitación y al verme llorar se acercó preocupado.

—Todo ha pasado —me consoló.

Lo miré con ternura.

—Estoy llorando de felicidad, soy muy feliz —conté.

Mi respuesta lo desconcertó, pero al rato su expresión cambió y me sonrió.

—Vamos a ser muy felices —añadió.

Los días pasaron con la rutina habitual hasta el juicio. Joaquín había buscado un buen abogado de un pueblo cercano acostumbrado a temas penales que nos defendería. Llegó el día del juicio y me tocó relatar como había sido mi vida con Mateo durante los años que habíamos estado juntos además del último ataque. Fue horrible rememorarlo todo, pero con solo mirar a Joaquín conseguí sacar fuerzas para continuar. Mateo en vez de sentirse culpable se regocijaba con su triunfo. Joaquín en cambio sufría con mi relato. Yo nunca le había contado tan detalladamente todo lo que había padecido para evitar eso mismo, su sufrimiento. Estaba tenso, tenía los puños apretados y la frente le sudaba de nerviosismo. Antonio, que estaba a su lado, tenía apoyada su mano en su mulso para contenerlo. Él también me miraba con una expresión de pena y angustia que nunca había visto. Acabé mi relato con mi huida y el accidente de coche donde me encontró Joaquín. Después, el abogado me preguntó por el día en que lo había visto en el pueblo cuando iba con los muchachos y luego tuve que contar el día siguiente a mi boda y cómo me había intentado matar con el cuchillo. Así lo hice. Mi abogado terminó y llegó el turno del de Mateo, que me preguntó:

—Y si tan mal dice que fue la vida con Mateo, ¿por qué no lo dejo?

Yo miré a Mateo, cogí aire y contesté:

—Porque pensaba que así era el amor.

Mi respuesta dejo a su abogado traspuesto y sin replica.

Como ya había acabado mi testimonio, volví a mi sitio al lado de Joaquín, que me abrazó y me besó la frente.

—No sabía todo lo que habías sufrido —dijo angustiado.

—Tú me has hecho olvidarlo todo —contesté para intentar animarlo.

Le pasé mi mano por su frente para quitarle el sudor y le acaricié el carrillo. Se le veía terriblemente triste y culpable. Necesitaba hacer que se sintiera bien y se diera cuenta de que el pasado ya no me importaba y que todo era gracias a él.

—Eres mi luz, desde el día en que abrí los ojos en mi coche y te vi —confesé.

Joaquín sabía que lo decía de corazón y me besó con fuerza.

—Tú eres mi vida —contestó él.

Le sonreí encantada por su respuesta y convencida de que lo decía de verdad.

El juicio transcurrió sin más, los testigos relataron todo lo que habían visto y sucedido. La defensa de Mateo no tenía argumentos para poder rebatir. Se dictó sentencia: como Mateo tenía antecedentes penales por una pelea anterior, ingresaría en la cárcel y allí pasaría diez años por todos los cargos y no solo el de intento de asesinato. Con ese veredicto, todos suspiramos felices y por fin pude sentirme segura. No debía volver a preocuparme por encontrármelo, puesto que iba a estar encerrado durante muchos años y deseaba que en ese tiempo se olvidará de mí, como yo pensaba borrarlo de mi mente.

Esperamos una semana más y nos fuimos al viaje de novios. Escogimos un sitio tranquilo, con unas magníficas playas y con todo incluido. Todo era descanso y disfrute. Me encantó pasar esos días sola con Joaquín. Fue reparador salir de España, con eso conseguí desconectar de todo lo sucedido y tomar más conciencia de mi nueva vida. Fue una luna de miel espectacular. Calor, sol, playa, piscina y, lo mejor de todo, Joaquín, para poder disfrutarlo junto a él. No necesitaba nada más. Fueron las mejores vacaciones de mi vida y sabía que no iban a ser las únicas. Mi vida había cambiado a mejor.

Me dio pena cuando acabaron, pero también tenía ganas de ver a los chicos y a Antonio. Cuando regresamos todos nos esperaban en el aeropuerto. Lucía en cuanto me vio, salió disparada a abrazarme y ese detalle me encantó. Después Tomás y Antonio hicieron lo mismo. Me sentía muy querida.

Todo era felicidad y amor. Los días se convertían en semanas y en meses. El tiempo pasaba rápidamente. Una noche me empecé a encontrar un poco inquieta, lo achaqué a que la cena me habría sentado mal. Tenía un malestar en el estómago, como retortijones. Aguanté en la cama todo lo que pude, pero como el dolor no cesaba, me levanté y bajé al salón. Paseé por la estancia y el dolor se intensificaba cada vez más y era más continuo, fue entonces cuando caí en la cuenta de que estaba de parto. Me encontraba empezando la semana cuarenta de mi embarazo y justo en dos días debía ir al obstetra para la revisión. Miré el reloj y empecé a calcular cada cuanto me venían las contracciones, tal y como me habían dicho en el curso de preparación al parto. Sabía que debía esperar a que fueran muy seguidas y que no cesaran en una hora. Esperé hasta que estuve convencida de que había llegado el momento y fui a despertar a Joaquín. Ya las tenía cada dos minutos y duraban cuarenta segundos.

El dolor era más intenso y molesto. Fui a la habitación y cogí la bolsa del bebé y la mía, que ya tenía preparadas. Luego, me dirigí a Joaquín y le susurré dulcemente al oído:

—Ha llegado el momento, papá.

Joaquín tardó en responder pero, en cuanto se dio cuenta de lo que acababa de decirle, se incorporó de un salto. Me agarró por los dos brazos y me dijo:

—¿Estás segura? ¿Ya viene?

—¡Sí! —contesté alegremente.

Me abrazó y me besó, después se levantó y se vistió todo lo rápido que pudo. Yo me cambié la ropa un poco más despacio, porque las contracciones me lo hacían más difícil.

—Voy a decirle a mi padre que nos vamos al hospital —informó.

—De acuerdo —contesté.

Joaquín se marchó rápidamente y volvió en seguida, mientras yo luchaba con la zapatilla para poder ponérmela.

Se acercó y me la colocó sin problemas. Me ayudó a levantarme de la cama y me dirigió hasta el coche, aunque antes cogió las maletas que yo había dejado en la puerta de la habitación.

—¿Lo tenemos todo? —preguntó.

—Todo —contesté.

Antonio apareció en la escalera y bajó a despedirse:

—Que vaya todo muy bien y en nada tendréis a vuestra hija en las manos —rompió a llorar con la emoción.

—Te llamaremos cuando haya nacido —le dije.

Me besó en la frente y salimos al coche. Hasta el hospital nos quedaba una media hora de trayecto. Aunque como era muy temprano, no había coches, por lo que llegamos muy bien. Las contracciones eran cada vez más dolorosas y hasta me costaba respirar cuando me llegaban. Intentaba mantenerme calmada, aunque estaba nerviosa por todo lo que estaba a punto de vivir. De camino al hospital Joaquín los llamó para que estuvieran preparados y en cuanto llegamos salieron a buscarnos. Nos llevaron a una sala donde comprobaron que estaba dilatada y que el bebé se encontraba bien. Todo lo demás pasó muy rápido y cuando me quise dar cuenta estaba empujando con todas mis fuerzas. Como estaba un poco incorporada pude ver cómo con el último empujón salía y después me la colocaron encima. Me dejaron a una cosita muy pequeña llena de sangre y que lloraba. Le limpié un poco con mi camisola los ojos y la cara, la pequeña bebé abrió los ojos y me miró. En ese momento me enamoré de ella y supe que la amaría y la cuidaría siempre. Joaquín se me acercó y me besó.

—Esta es nuestra pequeña —dijo muy emocionado.

—Es preciosa —contesté.

Estaba en el jardín con mi bebé en brazos, viendo jugar a Tomás, Lucía y Joaquín. Antonio estaba en la cocina buscando un refrigerio. El aire del campo me llenaba los pulmones, el ronroneo de la bebé mamando de mi pecho y las risas de los demás era todo lo que podía desear y más. Lo tenía todo y era tremendamente feliz. Toda la oscuridad de mi vida había desaparecido dejando espacio a la luz, a la felicidad y al amor. No podía haber soñado nada mejor. Disfrutaría cada día de la vida y atesoraría cada segundo de felicidad.

Había aprendido una gran lección: «Hay que vivir la vida y no verla pasar».

—

FIN